

A woman with dark hair, wearing a vibrant red coat, is shown from the chest up, looking upwards with her hands raised as if reaching for something. The background is a soft-focus bokeh of green and yellow, with several bright red maple leaves falling around her. The overall mood is nostalgic and serene.

Cuéntame una noctalia

MÓNICA GUTIÉRREZ

se

Grace vive en Londres y trabaja como cirujana de éxito en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad pero se siente sola. En vísperas de Navidad decide volver a su pueblo natal, una pequeña aldea de Transilvania, donde viven sus abuelos y su padre. Grace se reencuentra con su infancia, con una vida plena y feliz, con su familia. Pero además de los excéntricos vecinos del pueblo, la mula de Cesare, el cotilla del farmacéutico y los misterios de su padre y su hermana, Grace va a encontrarse con algo que no esperaba y que trastocará todos sus planes.

«Cuéntame una noctalia» es una historia divertida y llena de ternura que seduce por el encanto de sus protagonistas y por un entorno mágico, cálido, del que cuesta muchísimo marcharse.

Lector, puede que el pueblo de Grace no salga en todos los mapas pero la felicidad y el amor saben llegar a cualquier sitio.



Mónica Gutiérrez

Cuéntame una noctalia

ePub r1.1
Titivilus 11.11.15

Título original: *Cuéntame una noctalia*
Mónica Gutiérrez, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Óscar, mi amor

I

Mic-Napoca, Transilvania
Diciembre de 2004

Esta noche las estrellas se han borrado del cielo y el silencio es más denso que de costumbre. Hemos terminado de cenar y mientras mi padre cabecea frente al televisor el reloj de la repisa de la chimenea me mira burlón. El árbol de Navidad sigue con sus luces de colores encendidas y en la chimenea algunos troncos gruesos arden despacio. Mi abuelo lee a Homero con sus gafillas de concha, moviendo laboriosamente los labios silenciosos y secos. Lena aprieta entre sus manos blanquísimas un libro sobre embarazadas. La ilustración de la portada muestra a unas mujeres que parecen muy furiosas. Mi abuela me llama a la cocina.

—El aire es espeso esta noche —dice sin mirarme.

Y es cierto. La quietud se ha instalado en los umbrales de piedra de Mic-Napoca. Al otro lado de la ventana, un susurro inquieta a los gatos de Natasha. Me pregunto si Nicolai ya se habrá ido a dormir, si tendrá un peluche preferido al que abrazarse por las noches.

—Tú también vas a preguntarme por qué he vuelto, ¿verdad, *bună?*

Mi abuela no contesta pero la veo sonreír levemente en el reflejo de la ventana.

—A veces pienso que he vuelto solo para fastidiarlos, para no tener que darles la razón a todos los que murmuraron «no volverá» cuando me fui.

—Pero esa no es la razón de tu regreso.

—Sería idiota si esa fuera la razón y todos sabemos que Traian Bratianu no tiene idiotas en su familia. Los hubiese mandado fusilar.

Mi abuela se ríe despacito. Está muy guapa con su pelo blanco destacando a contraluz, como si fuese el aura de un hada muy vieja.

—Habrás dejado en Londres amigos y compañeros de trabajo —adivina.

—Les llamaré después de Navidades, para despedirme de ellos como se merecen. De momento, tengo apagado el móvil y solo mis jefes del hospital saben que no voy a volver.

—¿Te dejaron marchar?

—Claro que no —sonríó orgullosa y avergonzada al mismo tiempo—. Se lo han querido tomar como un año sabático. Ya veremos.

—¿Salías con alguien? ¿Cómo se llamaba aquel chico?

—Don. Me gustaba mucho, muchísimo, lo suficiente para pensar que... Estuve a punto de invitarle a pasar unas vacaciones aquí el último verano que vine.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé, *bună* ¿Cuánto es suficiente? ¿Cuánto no lo es?

Me gusta el sonido de los platos entrecrocando bajo el agua caliente, el movimiento circular de las manos hábiles de mi abuela. Carraspea un poquito, duda, y finalmente me mira con sus ojos acuosos de hada sabia.

—¿Sabes lo que es una *noctalia*?

Niego despacito, interesada en la historia, en cualquier historia que me ligue para siempre a la piedra bucurestina de esta casa, a las raíces sólidas y legendarias de los Bratianu, las que se hundían en los tiempos inmemorables cuando los turcos amenazaban nuestras murallas y Vlad el Empalador suspiraba por una princesa de mirada oscura y alma rebelde.

—Las *noctalia* son los cuentos que se explican desde siempre alrededor de un buen fuego. Para que sea una verdadera *noctalia*, deben darse tres condiciones indispensables: que sea de noche, que haga frío y que todos los que estén sentados escuchando estén cansados. Solo así la *noctalia* da consuelo, porque siempre encierra un mensaje de esperanza. Como un faro, una luz cálida, para los que están perdidos y exhaustos, en busca del camino.

La abuela aparta su mirada de mis ojos malditos y mira por la ventana, aunque no pueda ver nada más allá de las luces del patio, del merodeo de los gatos. La oscuridad se espesa todavía más y me sorprende caer en la cuenta de que hoy no se oye el aullido de los lobos. ¿Por qué estarán tan callados esta noche?

Mi abuela me lee el pensamiento, mi padre se duerme delante del televisor y mi abuelo sigue moviendo sus labios reseco deletreando a Homero. Lena pasa las páginas de su libro de embarazadas furiosas. Y entonces los vasos empiezan a tintinear en las estanterías de la cocina, tan ligeramente que al principio creo que me lo estoy imaginando. El temblor crece precediendo un ruido lejano, casi como de tormenta. Pero ninguna tormenta hace vibrar los cristales de la ventana de esa manera.

La abuela me mira asustada y se apresura a hacer la señal de la cruz mientras murmura algo sobre unos santos. Afuera el susurro crece como la marea en el Mar Negro, inunda con firmeza la oscuridad espesa y por fin entra en la casa. Cuando llego hasta el comedor mi padre está en pie, algo desconcertado, y toda la casa vibra con el fragor de lo desconocido. Lena ha cerrado el libro y se lleva una mano protectora a su abultado vientre.

El abuelo no aparta los ojos de Homero pese a que debe llegarle el ruido desaforado de nuestro ritmo cardíaco. Al fin se apiada de nuestra ignorancia y gruñe en voz alta.

—Son helicópteros. Pero no son rumanos ni rusos —se rasca una oreja y pasa una página del libro viejísimo—. Suenan como si estuviesen aterrizando en el campo de heno de detrás de la fábrica.

Y eso es todo. El abuelo hace muchos años que ha perdido su capacidad para sorprenderse. Murmura alguna cosa sobre que ninguna guerra merece más atención que las proezas de Ulises o la espera de Penélope y hace un gesto a su mujer de que le molesta con sus aspavientos de católica. Así que papá y yo salimos solos a la noche ensordecedora. La tierra tiembla y el pulso se nos acelera en las sienas. Mic-Napoca se despierta asustada, se encienden luces por toda la plaza

de la Biserică y algunos vecinos salen desconcertados por el ruido. Todos hipnotizados por el rugido de la oscuridad, por la reverberación del aire y de la tierra. Los primeros gritos nos sacan de nuestro estupor, papá y yo corremos a casa en busca de un maletín de primeros auxilios y sacamos el coche de la plaza en dirección al campo de heno en la parte más suroriental del pueblo. Podríamos ir a pie, pero así tardaremos menos y podremos tener transporte en caso de que haya heridos.

El lugar es una locura de reflectores y helicópteros, de soldados armados y cercas de madera, de gritos y ruidos, todo envuelto en una tormenta de heno volador por culpa de los rotores gigantes. De la panza de los monstruos aspadados saltan a tierra algunos hombres pintados de verde y negro.

Emil Cordeniu tironea de la manga de mi chaqueta. Lleva un buen rato llamándome pero es imposible oírle con tanto estruendo. Me señala dos cuerpos tirados en el suelo rodeados de algunos soldados. Mi padre ha desaparecido. De repente el mundo se ha vuelto del revés, la locura ha encontrado a Mic-Napoca pese a que no sale en todos los mapas y los oídos me empiezan a doler tanto como el estómago.

Las dos figuras tiradas en el suelo son Cesare con su brazo en cabestrillo y su nueva mula. Cesare no está más herido de lo que se encontraba esta misma mañana cuando le cambié los vendajes, excepto por una pequeña brecha sangrante por encima de su ceja izquierda, pero su mula se queja espantosamente. Los soldados gritan a Cesare y a la mula pero ninguno de los dos parece entenderlos. Gritan en inglés. Son americanos.

—Necesitan ayuda —les digo en voz tan alta como me permiten los helicópteros—. Están heridos. Soy médico —les enseño el absurdo maletín—. No les entienden, no hablan su idioma.

—Señora... —Uno de ellos se me acerca y me grita en el oído, pero yo ya estoy arrodillada junto a Cesare—. Señora, tiene que salir de aquí, manténgase fuera de la zona acordonada.

Pero Cesare no quiere saber nada de marcharse sin su mula herida, pese a la cox del miércoles, pese a su brecha sangrante. Supongo que los une la corriente de simpatía que un tozudo puede tener por otro. Conozco a Cesare desde que era pequeña y sé que no me queda más remedio que examinar la pata herida de su mula mientras un Apocalipsis americano ruge por encima de nuestras cabezas.

—Señora, por favor —el soldado me coge del brazo con la intención de arrancarme de allí.

—Déjeme atender al animal. Si conseguimos que se ponga en pie saldremos enseguida de su zona acordonada —se lo prometo en el mejor inglés londinense, sin el más leve rastro de acento de Mic-Napoca.

Uno de los reflectores pasa sobre nosotros. Los cabellos rojos de Cesare me recuerdan a Ulises, pero es demasiado tarde para envidiar la calma proverbial de mi abuelo así que me apresuro a tirar de la pata dislocada de la mula hasta ponerla de nuevo en su sitio. Y de pronto, la constancia de que puedo oír mis pensamientos me trae un terror mucho más definido. Los helicópteros se van de vacío, tras haber sembrado el campo de heno de soldados y artefactos militares. El ruido ensordecedor de sus motores se aleja por el oeste y por un momento parece que de nuevo vaya a ser posible el silencio.

Apenas a unos metros veo a nuestro *primar* junto a toda la representación de nuestra *polizei*, cuatro hombres en total en medio de la debacle de luces y gritos. Son cuatro hombres desarmados y en bicicleta, pálidos, delante de un despliegue que jamás habrían imaginado tener que

presenciar. El jefe de nuestra brillante *polizei* sostiene con desgana su porra en la mano derecha. Me reiría si no estuviese tan asustada.

La mula de Cesare sobrevivirá. Los soldados ayudan a retirarla de allí y nosotros les seguimos fuera del hormiguero en el que se ha convertido el campo. No sé cuánto tiempo he estado arrodillada junto a los heridos pero, cuando me levanto y doy por concluida la cura de primeros auxilios, estoy un poco mareada y tengo manchas de sangre y yodo en las manos, en la cara y en el vestido. Y estoy a punto de decirle alguna cosa amable al sargento cuando una mano invisible borra todas las estrellas del cielo y espanta el aire de la noche. Un estruendo recorre el espinazo de la tierra y la hace temblar. El aire vuelve convertido en el rugido de una bestia de otro mundo.

El cielo se ha partido en dos. Es lo único que puedo entender.

El rugido inhumano nos llega mucho antes de que podamos siquiera vislumbrar su silueta. Me reverbera en el pecho y me desordena los latidos. Cuando era pequeña mi abuela solía leernos a Lena y a mí fragmentos de la Biblia por si todavía podía salvarnos del agnosticismo científico de nuestro padre, por eso siempre asocio la idea del terror a las trompetas que anunciarían el fin del mundo. Pero esta noche comprendo que un avión de combate rompiendo la barrera del sonido en la oscuridad espesa sobre el campo de heno de Cesare, en Mic-Napoca, es mucho más terrorífico.

El ruido nos ensordece a todos mientras el impresionante avión de guerra nos sobrevuela a baja altura. Los soldados que me rodean por todas partes lo siguen con la vista. Se han olvidado de mi presencia. En realidad se deben haber olvidado de todo, incluso del sentido común, porque no entiendo qué intereses pueden haberles llevado a invadir un campo de heno de un pueblecito transilvano que no siempre ha salido en los mapas.

El caza vuelve a sobrevolarnos. Me tiemblan las rodillas y no logro encajar del todo mi mandíbula en donde debería estar. El único pensamiento coherente que me acompaña entre tanto ruido es el de que esta vez ni siquiera toda la piedra de Vladimir Drakul, el Empalador, será suficiente para protegernos. El cielo se ha roto y desborda nuestras murallas.

Debo llevar más tiempo del que creo que ha transcurrido en medio de una tormenta de heno, olvidada de todos, paralizada en medio de una noche sin lobos. Porque los cazas por fin se han marchado y, desde el único helicóptero que ha quedado en tierra, una figura se acerca. Quiero pensar que si mi sangre tuviera unos niveles más bajos de adrenalina y mi corazón latiese más despacio, no me impresionaría tanto la escena de una sombra desconocida perfilándose desde la lejanía. Quiero pensar que todo es culpa de mi estado de *shock* y de mi confusión. Pero esta noche sin luna no me hace concesiones.

Alto, enorme, cargado de cachivaches de guerra, empuña una pistola. Los reflectores agigantan su sombra en medio de la nada, la multiplican. Conforme se acerca puedo distinguir los rasgos de su cara, su pelo corto y oscuro, la línea acerada de una mandíbula apretada con fuerza, su espalda ancha, el balanceo militar de sus brazos. Me tiembla el mundo bajo los pies como debió temblar el telar de Penélope al regreso de Ulises. El helicóptero se eleva, se aleja.

Surge de la oscuridad, como el mismísimo señor de las tinieblas de las leyendas católicas de mi abuela. Surge de la oscuridad para robar el alma de los pobres e incautos mortales, y sigue acercándose. ¿Por qué los lobos están tan silenciosos esta noche? El tiempo se ha detenido y la noche se ha quedado fija en Mic-Napoca. Su mandíbula está apretada con rabia y sus ojos son de color azul oscuro. Oscuro.

Cuentan que Lucifer era el ángel más hermoso de Dios.

EL REGRESO

II

Mic-Napoca, Transilvania
Tres días antes

Buenos días, paisanos, os saluda Georghe Antonescu. Aquí Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. La temperatura para hoy es de 6 grados centígrados de media y los cielos estarán nublados la mayor parte del día. Os recuerdo que el señor Visi sigue teniendo las zanahorias de oferta y que el miércoles el mercado empezará una hora antes. El primar recuerda a todos los ciudadanos la necesidad de mantener limpias las calles de excrementos de perro y/u otros animales.

Mic-Napoca es un pueblo diminuto que no sale en todos los mapas pero que ha existido desde siempre. Situado en el noroeste de la región de Cluj-Napoca, en Transilvania, su nombre ancestral significa *pequeña Napoca*, en honor a la capital, supongo. No sé quién le puso ese nombre ni por qué lo hizo, seguramente fue alguien con un gran sentido del humor, porque Mic-Napoca es apenas una aldea de piedra medieval y trescientos veintitrés habitantes, contándome a mí. Piedra en el suelo, piedra en las casas, piedra en las murallas, piedra hasta en el cielo gris. A lo largo de la Historia se convirtió en la pequeña joya de nuestro temido príncipe Vladimir Drakul, el Empalador, que prometió defenderla mientras alentase del ataque de los turcos. La leyenda cuenta que el famoso monarca transilvano se enamoró del pueblo y de una de sus hermosas habitantes y lo amuralló de principio a fin para protegerlo. Lo cierto es que los habitantes de Mic-Napoca nunca sufrieron una invasión, pero se debió más a la poca importancia estratégica que representaban y a que no salían en los mapas de los turcos de la época.

Su plaza principal, la plaza de la Biserică, inusualmente amplia y porticada, no alberga ninguna estatua conmemorativa de ningún héroe. No estoy segura de que tengamos alguno y supongo que resultaría algo chocante poner al *Empalador*. Pero es una plaza hermosa, flanqueada por el Ayuntamiento, o *Casa del Primar*, el café *Sinaloa*, la biblioteca, la farmacia y la iglesia que le da nombre. Los miércoles sigue habiendo mercado, si no recuerdo mal, y es una suerte que

esté parada justo aquí porque conociendo las ansias de cotilleo de Emil Cordenu, el farmacéutico, mañana a estas horas todos sabrán que he vuelto.

Hace cinco años que no piso las calles de Mic-Napoca. Pero volver ha sido fácil, incluso aunque este pueblo de piedra siga sin aparecer en todos los mapas del nuevo siglo. Me fui a Londres cuando cumplí los dieciocho, para estudiar medicina. Podría haberme quedado en Cluj, donde tenemos las mejores universidades del país, pero mi padre y mi abuelo tenían cierta inquietud por haberse perdido la oportunidad de viajar y me gustaba pensar que yéndome realizarían en parte su sueño. Mentiría si dijese que no me fui feliz, con ansias de aventura y un salacot imaginario en la cabeza. Y todo fue tan bien, tan sencillo, que Londres me adoptó sin aspavientos y yo me dejé querer por aquella enorme ciudad de otoños neblinosos, inviernos de paraguas negros y primaveras fugaces.

Acabé los estudios, todos los estudios del mundo, estudié tanto que se me secó la imaginación y me salieron durezas en los codos. Pero disfruté y aprendí y conocí a un montón de personas estupendas y a estupendos profesionales. Me convertí en la reina de los quirófanos, sultana de cardiología, princesa de la cirugía, ángel de los moribundos, esperanza de los enfermos. Hasta que me venció el mortal enemigo de cualquier héroe de bata blanca: mi propia fragilidad.

Hoy que he vuelto a Mic-Napoca, dejo atrás una brillante carrera como cirujana del Royal Marsden Hospital y quince años como anónima londinense. A mi impecable inglés ni siquiera le queda acento.

Y aquí estoy, parada en un extremo de la plaza más hermosa del mundo, recién llegada del aeropuerto de Cluj, con dos maletas y cinco toneladas de cansancio, esperando a que Emil el farmacéutico deje de bizquear detrás de su escaparate y me reconozca. Pago al taxista, le deseo buen viaje de vuelta, y me pongo en marcha.

La casa de mis abuelos, mi casa, está a las afueras del pueblo. Es una enorme y extrañamente luminosa construcción de tres plantas en donde vive toda mi familia. Mi abuelo, Traian Bratianu, es descendiente de grandes terratenientes transilvanos y dueño fundador de la única fábrica de cerveza negra de toda la región. Mi abuela, Constanza, es su hada madrina y consejera, y mi padre, Petre, es médico. Su consulta está justo al lado de la casa familiar y la fábrica de cerveza del abuelo apenas a quinientos metros, junto al río que más añoran mis oídos de ninfa.

Mi madre murió cuando yo tenía catorce años y Lena siete. Todavía la echo de menos. A veces, cuando el recuerdo de su sonrisa, de sus hermosos ojos tan llenos de cariño, de sus abrazos, besos y caricias, se me hace insoportable envidia a mi única hermana porque ella apenas tiene memoria de un tiempo en el que fuimos una familia completa. Como si eso le pudiese resultar menos doloroso.

Mamá había nacido en Bucarest, en una familia desestructurada y hostil de la que nunca hablaba. Cuando llegó a la universidad se había convertido en un animalillo fiero y arisco, apasionada por el activismo político en la época más peligrosa del régimen de Ceacescu. Mi abuelo, de viaje de negocios en la capital y héroe anónimo de una resistencia cada vez más numerosa incluso entre las clases burguesas del país, la rescató de las garras de la policía inclemente del régimen una noche de revueltas estudiantiles. La llevó a su propia casa, en Mic-Napoca, porque no sabía qué hacer con ella. Y pese a los reproches de la abuela sobre la peligrosa costumbre de amparar a fugitivos políticos, la convenció para que se quedara un tiempo, al menos hasta que su foto dejara de aparecer en las comisarias del país, sin sospechar siquiera

que esa chica no tenía ningún otro sitio a dónde ir.

Y así se enamoró de mi padre, que volvía desde Cluj, donde estudiaba medicina, cada fin de semana. De sopetón, sin frenos ni prudencia, con sencillez y sin aspavientos, como lo hacía todo por entonces. Aprendió que la familia a veces se encontraba a la vuelta de un camino inesperado y que el hogar estaba allí dónde uno deseaba volver al final del día.

Y también así fue como todos se enamoraron de ella, hasta el punto de que cuando murió, mis abuelos sintieron con sinceridad que habían perdido una hija. Y nosotros nos quedamos solos para siempre, traicionados, sin esperanzas de redención ni de consuelo.

La abuela dice que cuando mamá entraba en una habitación la llenaba de luz, que las flores se abrían a su paso y que tenía el don de hacer olvidar el malhumor. Cuando el abuelo quería hacerla rabiar la llamaba Catalina la grande, zarina de todas las Rusias. Papá la llamaba cariño, amor mío y tesoro. Para Lena y para mí era mamá cada mañana, mami cuando algo nos dolía, ma para protestar, mamaíta en cada deseo, madre porque crecíamos.

Para papá, para Lena y para mí fue —sigue siendo— nuestro primer amor, completamente insuperable, pacientes eternos de una enfermedad incurable, con el síndrome agravado de su terrible ausencia. Por eso hoy que vuelvo a casa, lo hago como náufraga, huérfana y enferma crónica de soledad.

Pero he vuelto, pese al lastre.

Y aquí está la casa, justo como siempre ha estado. Una enorme construcción de piedra gris y tejado de pizarra, reparado cada año por Cesare de las inclemencias del invierno. Mi hogar, después de tantos años.

Antes de llamar a la puerta me detengo un momento. Si cierro los ojos puedo escuchar la tala en el bosque cercano, los gritos de los hombres en el campo y el salto de agua que discurre tan cerca por el canal de riego, vestigio olvidado de cuando el emperador Trajano pasó por este pedacito de la Dacia.

Falta una semana para Navidad. El invierno se vuelve frío en Mic-Napoca y aunque no han llegado las primeras nieves, más allá de los campos de cebada del abuelo, los Cárpatos están coronados de blanco y las aguas del Danubio transcurren tranquilas.

Nadie me espera y sin embargo la chimenea está encendida y habrá comida de sobra.

Me quito el guante de piel oscura de la mano antes de agarrar con fuerza la fría aldaba de motivos florales. La suelto con fuerza y aporreo la madera una y otra vez, eco de una impaciencia que no siento.

He vuelto.

La abuela abre la puerta y me abraza fuerte. Su reacción es tan rápida que por un momento temo que me haya confundido con cualquier otra y me entra risa. Huele a humo de leña y a guiso, y sigue siendo tan alta como la recordaba.

—¡Oh, cariño! Cuánto tiempo —me dice bajito en el oído—. Sabía que este año sí vendrías por Navidad.

Me mira inquisitiva, sonriente, y no dice nada más. Me coge fuerte de la mano y me arrastra dentro de la casa. Las maletas se quedan atrás.

—Traian —llama la abuela.

El comedor está casi en penumbra porque, pese a ser mediodía, la luz de diciembre es plomiza en Mic-Napoca. Junto al ventanal más grande e historiado del mundo, sin rastro de cortinas o

persianas, mi abuelo está sentado en su sillón gigante de cuero marrón. Tiene la cabeza gris inclinada sobre un voluminoso libro y le cuesta dejar de leer. Sin ganas, levanta la vista, endereza la espalda, se quita las gafas y me mira con el ceño fruncido.

—Gracia Maria Elizabetta Bratianu —me dice solemne, como si tantos años de destierro me hubiesen podido hacer olvidar hasta mi propio nombre.

Y entonces sonrío y los ojos se le humedecen y el libraco se cae de su regazo, olvidado.

—Qué alegría que hayas venido.

Hasta entonces no me doy cuenta de lo mucho que le he echado de menos. Voy a ponerme a llorar como la niña que vuelvo a ser en este comedor, así que prefiero acortar las distancias. Me acerco rápida, me arrodillo a su lado y entierro mi cara cerca de su esternón, justo en la línea de su cuello, en la sombra de su mandíbula, lo más cerca posible de ese olor a camisa limpia recién planchada, a rastros de humo de pipa, a un millón de recuerdos. Respiro hondo.

Mi abuelo me acaricia el pelo, hunde sus dedos sin miedo y llega hasta mi nuca.

—Te lo has dejado crecer. Estás muy guapa.

—Voy a buscar a Petre —dice la abuela desde la puerta—. Creo que ya ha acabado de pasar consulta.

—Abuelo —me apresuro a decirle en cuanto nos quedamos solos—. No he vuelto por las fiestas. Voy a quedarme.

Él me mira, atento. Sus ojos color avellana tienen una luz que nunca he visto en ninguna otra mirada. Al fin asiente. Parece contento.

—Bien.

—Quiero decir...

—Lo sé —me interrumpe—. Está bien.

—¡Gracia! —dice mi padre al entrar—. ¡Qué sorpresa! ¿Por qué no nos has avisado? Habría ido a recogerte al aeropuerto.

—*Tătic*.

Nos abrazamos y besamos brevemente. Aunque ha tenido años para practicar, sigue pareciendo asustado cada vez que me ve de nuevo. Cuando me mira a los ojos siempre sé lo que voy a encontrar, esa tristeza acusadora que no soporto. Apenas dura un instante, pero ahí está, como siempre, infalible. Aunque esta vez hay algo diferente que me consuela. Se recupera enseguida, se ríe. Y la risa le sube despacio hasta las cejas.

Me coge de las manos y sigue sonriendo. Parece de verdad contento de tenerme ahí delante.

—No te lo vas a creer —me dice entusiasmado—. Tu hermana llegará también en un par de días. Este año estaremos todos.

La abuela, que ha desaparecido discretamente, asoma la cabeza por el vano de la puerta con un cucharón en la mano y más colorada que de costumbre.

—¡La comida está lista! ¡Todos a la mesa! —nos grita mientras vuelve a desaparecer.

Mi abuelo recoge el libro del suelo y vuelve a ponerse las gafas. Por fin puedo ver el título. Es *La Odisea*.

—Eso también va por ti, Traian —vuelve a gritar la abuela.

Hace tanto tiempo que no oigo maldecir en mi lengua materna que me entran ganas de corear a mi abuelo.

III

Aquí Georghe Antonescu de nuevo, desde Radio Mic-N II, retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Las carreteras N-23 y C-18 en dirección a Cluj vuelven a estar abiertas tras el incidente de ayer con un camión de gasoil. Pero si tenéis que ir mañana a la capital recordad llevaros el paraguas. La señora Maria Ionescu ha puesto en venta su máquina de coser vieja y Emil Cordenu no abrirá esta tarde la farmacia porque tiene dolor de cabeza. Para urgencias, podéis acercaros a su casa.

Aunque el tiempo se ha detenido en las calles de Mic-Napoca, no sucede lo mismo con mi reloj. Después de comer, hacemos una larga sobremesa para digerir pacientes el pantagruélico *haiduc* —un guiso de col y nabos rellenos de carne, arroz y pimienta— de la abuela. Mi estómago protesta, lleno pero complacido, con ganas de olvidar largos años de comida inglesa. La cocina tradicional de la abuela es estupenda, aunque se ha ido suavizando en especias y sal con el tiempo. Tener un médico en casa hace muy difícil poder saltarse sus recomendaciones nutricionales.

El abuelo destapa su botella de *visinată*, un licor de cerezas amargas espantoso, y nos explica cómo va la fábrica de cerveza. Todavía es pronto para saber si la cosecha de cebada será buena este año, pero no puede ser peor que la anterior, ¿verdad? El ruido del corcho al salir de la botella de grueso cristal verde me gusta.

Habla del progreso de los comerciantes de la zona, del mercado, de la economía y de la política del país. Próximas las elecciones, mi abuelo vaticina el fin del presidente Iliescu y augura aires derechistas para el país, con tristeza pero sin el resentimiento belicoso de sus tiempos en la oposición del tirano.

Aunque en Mic-Napoca hace tiempo que tienen al *primar* Vernia, todos saben que quién realmente toma las decisiones importantes es Traian Bratianu. No creo que lo haga a propósito, pero cuando habla nadie puede dejar de escuchar. Quizás sea por su porte imponente de antiguo soldado o por su voz profunda e intimidatoria o porque descende de una larga familia de terratenientes progresistas e intrépidos o porque todavía lee a Homero y comprende la esencia de las cosas. Quién sabe. Pero si el abuelo sospecha que habrá un cambio de gobierno, así será.

Todos me preguntan a la vez por la vida de Londres, por los amigos, por mi trabajo en los

quirófanos.

—Por la mejor cirujana cardiovascular del mundo —brinda el abuelo. Y todos me miran orgullosos, coloradotes y felices.

—Por el regreso a casa —les respondo.

Papá remueve el café y a veces le sorprende un aire pícaro, de guardián de los secretos, como el gato que acaba de comerse al canario cuando nadie se percata. Me convengo a mí misma de que es solo la alegría de saber que pronto estaremos todos juntos, en esa misma mesa. Lena ha dicho que vendría esta misma semana.

La abuela no nos deja ayudarle con los platos así que recojo lo que puedo y me ofrezco a acompañar a mi padre a su consulta.

—Es jueves, no creo que tenga demasiadas visitas —me dice.

Aunque la consulta del médico de Mic-Napoca está en la casa contigua a la de mis abuelos, no tienen comunicación interior, ni siquiera por el patio. Salimos a la calle y nos recibe un viento frío pero suave que parece haber secuestrado a los habitantes del pueblo en sus casas. El cielo continua gris marengo, pero no parece que vaya a llover. Nos cruzamos con un hombre joven, guapo, en bicicleta. Lleva el uniforme de la *polizei* y no le recuerdo. Sé que en Mic-Napoca hay una breve representación del orden: cuatro policías y una administrativa. Y creía conocerlos a todos de las partidas de dominó de mi abuelo.

—Buenas tardes doctor... Y compañía —añade un poco inseguro mientras ralentiza el pedaleo.

—Buenas tardes, Gregor. Esta es mi hija, Gracia.

—Ah, la doctora de Londres —Gregor enrojece súbitamente y se detiene. Cree que nos merecemos una explicación—. Es que estuve en la farmacia comprando tiritas.

El cotilla de Emil sigue en plena forma.

—Hasta luego, Gregor. Vamos a pasar visita.

El guapo *polizei* saluda de nuevo, me dedica una breve inclinación de cabeza y vuelve a pedalear calle abajo.

—Es nuevo —comento mientras mi padre abre la consulta.

—Creo que lo trasladaron desde Timisoara.

—Debe haberse portado muy mal si lo han exiliado aquí.

La consulta ha sido reformada recientemente. La sala de espera es amplia y está amueblada con un montón de sillones, butacones y sofás, de diferentes colores. En un extremo está la mesa y el ordenador de Carola, la secretaria de mi padre, y al otro extremo las dos puertas del doctor: quirófono y despacho.

Inspiro reconfortada el olor a desinfectante. Cruzo la sala y abro el ventanal enorme que da al patio trasero.

—Podrías haberlo convertido en un jardín, o en un huerto para los abuelos. Y ponerle de esos gnomos de jardín que dan tanto miedo. Esos que esperan a que les des la espalda para mirarte fijamente.

Pero mi padre no me escucha, ha desaparecido en su despacho.

Desde aquí se ve el patio de los vecinos. Un niño pequeño, de unos cuatro años, juega con un montón de coches de colores y canta algo sobre una vaca amarilla. Su pelo rubio como un campo de espigas se mueve al compás de su cabecita mientras mueve los coches por una carretera

imaginaria. Es Nicolai. Vive con su abuela desde que sus padres se marcharon a Bucarest en busca de trabajo. Después de todo, el enorme paraguas financiero de la fábrica de cerveza no puede cobijarlos a todos, por mucho que le pese a mi abuelo.

Nicolai se sabe observado, es perspicaz como solo puede serlo un niño de cuatro años. Levanta la cabeza y me ve al otro lado de la verja, pero su expresión no cambia, ni siquiera deja de cantar. Sonríe y levanto una mano para saludarle. Seguro que le encantaría unos cuantos gnomos de jardín mirándole desde el otro lado del patio.

—Nicolai —le llama su abuela—. Entra a merendar.

Me saluda precipitadamente con su manita y vuelve corriendo al interior de la casa dejando un rastro de coches de colores en su jardín.

—Gracia, ven. Tenemos un paciente.

Cesare tiene setenta años, es uno de los agricultores que le vende la cebada a mi abuelo y siempre ha vivido en el pueblo. Tiene un caserón enorme con establos, pajar y cuadras a las afueras de Mic-Napoca. Lleva el brazo en cabestrillo porque la semana pasada una de sus mulas le propinó una buena coza y viene para que mi padre le cambie los vendajes y le eche un ojo al hematoma. No parece sorprendido de verme, como si nos hubiésemos encontrado esa misma mañana en la Biserică.

—Hola, doctora. Doctor...

Mi padre se pone manos a la obra y Cesare gruñe, refunfuña, se retuerce.

—Si se estuviese quieto —se queja el médico.

—Ah, es que me duele.

—Pues la próxima vez no deje que esa mula le patee el brazo.

—Ea, ¿qué le vamos a hacer? Sin es más tozuda que...

—Una mula —apunto muy seria.

—Pues sí, eso.

Papá me despide con un gesto de impaciencia y decido asomarme un ratito por la plaza. Me abrigo bien y disfruto del sonido de mis botas sobre los adoquines de piedra mientras camino. El pueblo entero se envuelve del olor de la madera quemándose en las chimeneas, del heno recién cortado, de las hogazas de pan de la *boulangerie*. Y a lo lejos, el aullido de los lobos inicia su canto nocturno con las primeras sombras del día que declina.

Dimitri Vernia, el *primar*, se apresura camino de su casa. Saluda al boticario y deja atrás la plaza, seguramente acuciado por la promesa de una cena temprana junto a su familia o una charla trascendental con mi abuelo, quién sabe. A sus espaldas, la oscuridad dibuja sombras en la fachada de las casas.

Sigo caminando hasta la fábrica de cerveza, solo insomne en la cosecha de primavera, pero iluminada incluso ahora, en este invierno recién estrenado. El río sale a mi encuentro, los primeros prados de Cesare y el umbral del bosque. El horizonte dibujado por los eternos Cárpatos transilvanos.

Cuando vuelvo a casa, tropiezo con mis abuelos en la puerta. Vienen risueños y acalorados, compartiendo alguna confidencia que les hace reír como chiquillos. Traen las mejillas coloradas y el pelo alborotado, un cesto lleno de manzanas y nueces, y la promesa de una taza de té caliente junto a la chimenea.

Mi habitación sigue detenida en el tiempo. Madera oscura en el suelo, alguna tabla que cruje,

madera clara en los muebles, paredes amarillas, madera veteada en el escritorio y las sillas, ventanas veladas por finos tules salpicados de brillantes estrellas, madera cálida en la enorme cama. Esta noche dormiré mejor que nunca, bajo las gruesas vigas de roble carpetano de un techo que me añora desde hace demasiados años. A los pies, sigue el arcón grande de la abuela, lleno de tesoros que no pude llevarme conmigo por miedo a que se convirtiesen en un lastre insoportable. Dentro, mis chales de lana, tejidos por tantas manos queridas. Un chal azul oscuro con margaritas, de mi bisabuela; otro blanco, de mamá; dos de color rosa, con capullos verdes, algo despuntados, de las manos siempre inquietas de mi hermana; uno verde y otro amarillo de mis tiempos de estudiante. Y mi preferido, el chal granate de flores grandes que tejió para mí la abuela un invierno de mucha nieve. El ganchillo hábil de sus manos derrochadoras de cariño protegido en una capa de papel de seda. Le quito el delicado envoltorio con un gesto preñado de dulzura y me envuelvo en el hermoso dibujo de lana granate. El diseño de las flores es precioso pero el calado es demasiado espaciado como para resultar de abrigo. No importa, es mi chal, mi regreso, después de tantos años de destierro.

El espejo me devuelve una mirada de color avellana tocada por las alas repentinas de una leve tristeza. El tiempo se me ha escurrido entre los dedos, como los granos de arena del reloj. Pesarosa, me escondo un poquito más en el chal y acompaso la respiración al silencio acogedor de la casa. Un reflejo de miel se ríe del castaño veteado de mi pelo desatado. Aquí no hacen falta recogidos, ni gorros de papel verde, ni excusas de practicidad. Aquí todo retoma su ritmo propio, se acomoda en un espacio generoso, acaricia la lana granate de un legado tan cálido.

Un lobo solitario aúlla no demasiado lejos. Quizás él también haya vuelto a casa para pasar el invierno.

IV

Buenos días, paisanos, os saluda Georghe Antonescu. Aquí Radio Mic-N II desde el pajar de Georghe. La temperatura para hoy es de 4 grados centígrados de media y bajando, pero la nieve se resiste a visitarnos este diciembre. Sed buenos y no aparquéis los tractores cerca de la plaza de la Biserică, que mañana hay mercado. Ah, y un saludo muy cariñoso a la hija pródiga de Petre Bratianu, la doctora Gracia Maria Elizabetta, nieta del señor Traian, que ha vuelto a pasar las Navidades entre las gentes que la vimos nacer, crecer, jugar y moquear, que también la vimos.

Lena ha llamado hace media hora para decirnos que llegará en el autobús de las once. En realidad no es el autobús de las once, sino el único autobús diario que llega de la ciudad, aunque a los habitantes de Mic-Napoca les guste simular que viven en un centro de comunicación neurálgico de la región ¿Quién no quiere estar en línea con los mejores fabricantes de cerveza negra del país? No nos ha dejado ir a buscarla a la estación de tren de Cluj, seguramente porque sabe lo poco que le gusta a mi padre conducir o quizás porque... Quién sabe, nunca he entendido del todo las excéntricas razones de mi única hermana.

Estamos esperando en la plaza, bajo un cielo claro y despejado. Pero el viento de diciembre es frío y trae el olor húmedo del bosque cercano. Todavía quedan unos minutos para que llegue el autobús y ya tengo los pies medio congelados. Debería haberme abrigado más, me da rabia haber olvidado la crudeza de este invierno. Mi padre propone tomar algo caliente y esperar en el *Sinaloa*. Me parece la mejor idea del mundo desde que Santa Claus inventó las chimeneas.

Es cosa sabida en Mic-Napoca que la mejor cerveza negra es la de mi abuelo, nadie se atrevería a contradecirle. Pero si andas en busca del mejor café, oscuro, aromático y cremoso, entonces tienes que entrar en el *Sinaloa*.

El *Sinaloa* es propiedad de Teresa, una mexicana simpática y cariñosa, de edad indeterminada, que lleva en el pueblo desde tiempos inmemoriales. Nadie conoce su historia, pero muchos son los que le han inventado un pasado. Teresa ni niega ni confirma, simplemente te mira con una sonrisa y toma nota de tu pedido. Siempre sales más feliz de lo que entraste cuando cruzas las puertas del *Sinaloa*.

—Has vuelto —me dice Teresa con su sonrisa de siempre en cuanto nos ve entrar en su

calentita cafetería. Y lo dice segura, rotunda. Un «has vuelto» tan definitivo que me hace sospechar de sus poderes de adivina.

Me sorprende con un abrazo fuerte y demasiado largo. Llevo toda una vida en Londres, los ingleses apenas se tocan, y todavía no estoy acostumbrada. Papá nos mira contento, orgulloso. Ahora que me doy cuenta, parece haber engordado un poco.

—Hola, Teresa. Te veo tan guapa como siempre. —Los ingleses tampoco echan piropos y temo sonar un poco forzada. Aunque es cierto, Teresa es guapísima y su edad sigue siendo un misterio tras esa perfecta piel color caramelo y ese pelo oscuro que antes llevaba largo y en trenzas.

—Te has cortado el pelo, te queda muy bien.

Ella hace un gesto con la mano para quitar importancia a mis torpes muestras de cariño.

—Un cortado para Petre y un *earl grey* con leche y azúcar para ti.

No estoy segura de que los trescientos veintitrés habitantes del pueblo pasen por aquí a tomar algo pero si así fuera no me sorprendería que Teresa conociese todos y cada uno de sus deseos.

—Sí —le contesto como una boba.

Ella nos guiña el ojo y se va a prepararlo todo.

El *Sinaloa* ha cambiado poco en todo este tiempo. El suelo y las paredes de madera, los sillones y las mesas bajas, la barra larguísima y oscura, las fotografías de las paredes de lugares y personas de Mic-Napoca. El tiempo se ha detenido en este café y eso me reconforta.

Teresa vino huyendo del horror y la tristeza, estoy segura. Nadie llega tan lejos y se esconde tanto si no le persigue algún monstruo. Pero ha sabido guardar la pena y el miedo tan profundamente en las bodegas de telarañas del *Sinaloa*, que no le ha quedado más remedio que llenar el café de cariño y sonrisas. Su alegría es contagiosa porque es sincera. Creo que de verdad se alegra de vernos. Y por eso su café es tan insuperablemente bueno. El problema es que yo siempre tomo té y el de Londres sigue resultándome motivo de nostalgia.

Papá espera a que Teresa nos sirva las bebidas mientras ojea la prensa del día. Cuando tenemos nuestras tazas delante, se inclina sobre la mesa y me coge la mano.

—¿Por qué quieres pasar consulta conmigo?

Ha llegado el momento de la verdad.

—Porque he venido para quedarme.

—¿De vacaciones?

—No, *tătic*, no son vacaciones. Me despedí del Royal Marsden Hospital, no voy a volver. Quiero vivir aquí, en Mic-Napoca. Con los abuelos y contigo. Bueno, pensaba buscarme mi propia casa, pero será en el pueblo.

Mi padre me suelta la mano y apoya de nuevo la espalda en la silla. Está sorprendido de verdad, no ha entendido nada. Empalidece, se toca su cabello canoso y se recoloca las gafas de montura dorada. No sabe qué decir.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con un hilo de voz.

Cualquier otro padre habría montado en cólera, habría vomitado un discurso sobre el prestigio del Royal Marsden Hospital, la brillante carrera en Londres y los perdedores que vuelven a casa de sus abuelos con 32 años. Pero Petre Bratianu no es así. Nunca he conocido a nadie que muestre tanto respeto por los demás.

—Es complicado.

Se siente traicionado. Sabe que con estas dos palabras le margino. Porque me ha visto hablar con el abuelo, porque, aunque disimula, conoce muy bien las miradas cómplices que intercambiamos en casa y sospecha que en realidad lo que le estoy diciendo es algo así como «tú no lo entiendes, pero el abuelo sí».

No puedo soportar su tristeza cuando me mira.

—¿Tanto me parezco a ella, *tătic*? —le digo con un nudo en la garganta y los ojos súbitamente llenos de lágrimas, sorprendiéndonos a los dos.

—¿Qué?

—A mamá, ¿tanto me parezco? Durante todos estos años, te pones triste cuando me miras. Pienso que la recuerdas, que la ves en mí y que no te dejas olvidarla.

—Nunca voy a olvidarla.

—Lo sé, no quería decir eso. —Qué torpe soy. Los londinenses estarían orgullosos de mí.

—Pero he aprendido a vivir con su ausencia. No me duele mirarte, al menos ya no tanto como antes. Sí que te pareces mucho, es cierto. Pero me mataría saber que te fuiste lejos de casa solo para evitar que me sintiera triste.

Ahora sí que he metido la pata. Estoy llorando. Las lágrimas me caen a borbotones, sin pausa. Goterones enormes que caen sobre la mesa, dentro de la taza de té intacto. Estoy llorando en el *Sinaloa*, seguro que hay una ley municipal que prohíbe eso.

Papá se apiada de mí. Extiende su mano y toca con timidez mi mejilla húmeda. No está acostumbrado a hablar de sentimientos y menos de los suyos. Pero pese a todo, me alegra verle tan entero, menos gris, como si todavía tuviese esperanza.

—Me alegro de que estés aquí, Gracia. Mi parte egoísta de padre se alegra muchísimo. Pero mi sentido común me dice otra cosa. ¿Qué ha pasado en Londres? ¿Qué puede ofrecerte Mic-Napoca?

—De momento, a los abuelos y a ti.

—De momento. Pero a la larga quizás eso no sea suficiente.

—Puedo pasar consulta contigo. Eres el único médico de Mic-Napoca, ya va siendo hora de que tengas algo de competencia —intento sonreír, pero creo que solo he logrado una mueca.

Mi padre guarda silencio, desubicado. Sigue preguntándose qué me ha pasado, de qué tengo miedo, por qué me escondo en Mic-Napoca. No estoy preparada para darle una respuesta coherente. Y él lo sabe.

—Creo que acabarás por volver a Londres. Aquí nunca tendrás un caso más complicado que el resfriado de Natasha o las coces de Cesare —concluye con una tímida sonrisa.

Pero Londres no huele a heno recién cortado. Londres sale en todos los mapas y no tiene las murallas de piedra transilvana de Drakul. Londres no tiene un Cesare más cabezota que su mula nueva, ni unas mujeres vestidas de negro que todavía a veces lavan las colchas de ganchillo a orillas de un afluyente tranquilo del Danubio, ni un boticario cotilla ni un *primar* títere de mi abuelo. Londres no tiene a Nicolai, rubio como el trigo, cantando algo sobre una vaca amarilla, con el telón de fondo de los Cárpatos cercanos.

—¡Por Dios! —Teresa se ha plantado delante nuestro por sorpresa—. ¿Tan malo estaba mi té? Me da una servilleta para que me limpie la cara y me planta delante un plato de galletas.

—Son de avena y chocolate. Las he hecho yo. Come.

Le sonrío poco convencida.

—Come —insiste—. Te sentirás mejor.

La puerta del *Sinaloa* se abre y una ráfaga de frío me alivia. Seguro que tengo las mejillas rojísimas, como dos manzanas de Blancanieves. Papá se levanta.

—¡Lena!

Mi hermana deja las maletas en la puerta y se acerca para abrazar a papá. Es más alta de lo que la recordaba y de repente ocupa mucho espacio con su enorme abrigo negro, su gorro de lana y una bufanda violeta. ¿Por qué no se me habrá ocurrido ponerme una bufanda? Bueno, yo soy la científica de la familia, Lena siempre fue la de las buenas ideas.

—Gracia.

Mi hermana me abraza —demasiados abrazos en tan poco tiempo para mi maltratada sensibilidad británica— y se ríe cuando ve mi cara de espanto.

—¡Estás embarazada! —le digo. Como si ella no se hubiese dado cuenta—. ¡Muy embarazada!

Lena se ríe. Está guapísima y enorme.

—Tendrías que haber llamado para que fuésemos a recogerte. O podría haberte traído Ivan, ¿dónde está Ivan?

Ivan es el ausente marido de mi hermana y, por la cara que está poniendo papá, habría hecho mucho mejor en no preguntar por él. Pero es demasiado tarde.

—No puede venir —sale del paso Lena—. Oye, vamos a casa. Me muero de ganas de ver a los abuelos.

Teresa se acerca sonriente, le da un beso a Lena y le pone en el bolsillo un paquetito de galletas de avena.

—Esto es lo mejor de volver a casa —le dice mi hermana.

V

¿Cómo se presenta la tarde, compañeros? Pues pasada por agua. La borrasca que amenazaba ayer el sur de Transilvania está ahora mismo sobre nosotros y tenemos lluvia para horas. Os saluda Georghe Antonescu, en Radio Mic-N II retransmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Recordad que para todos aquellos vecinos que sufran goteras, este año se pondrá a disposición el fondo común de reparaciones de invierno. Pasad por la Casa del Primar y se os informará. No se admitirán a trámite otras obras de fontanería no relacionadas directamente, como la instalación de un jacuzzi en casa del señor Cosmin.

—Todas las semanas hablando por teléfono, ¿y te olvidas de decirme que estás embarazada?

Lena se ríe y ataca con fruición el puré de patatas que acompaña el espeso y caliente *tocătură*, el estofado de cerdo de la abuela.

—*Bună*, esto está buenísimo —me ignora mi hermana.

—Gracias, cariño.

—En serio, Lena, no lo entiendo.

—Va, no te enfades, hermana mayor. Quería darte una sorpresa.

—Pero si no sabías que iba a venir. No se lo había dicho a nadie.

El abuelo me coge de la mano para apaciguarme, sin dejar de masticar el pedazo de pan que acaba de mojar en su plato de estofado. Supongo que me pide una tregua pero aún no sé si sigo demasiado enfadada como para concedérsela.

—Tú también querías darnos una sorpresa, ya ves.

—¿De cuánto estás?

—Adivínalo.

Mi hermana Lena, el desafío del mundo médico.

Podría ser cruel, podría preguntarle por Ivan. Pero decido que no es para tanto, ya hablaremos después, cuando estemos a solas.

—Ya has salido de cuentas —dejo caer con un hilo de voz.

Lena se sobresalta y los demás ponen cara de espanto.

—¿Cómo lo has sabido?

Me encojo de hombros y concentro mi atención en el estofado. Realmente está muy bueno.

Papá estalla en un arrebato de indignación ¿Cómo se le ocurre viajar cuando podría dar a luz en cualquier momento? ¿En qué está pensando? ¿Tiene idea de cuánto tiempo hace que él no asiste un parto? Es el turno de la abuela de poner paz. Pero ya no estoy escuchando. En el fondo, me alegra que estemos todos allí, alrededor de esta mesa, comiendo como si llevásemos una semana en ayunas, discutiendo por nuestros particulares y concisos casos de locura.

Afuera ha empezado a llover. Alguien ha encendido la lámpara que hay junto a la mesa porque pese a ser mediodía la luz del exterior no es suficiente. Truena.

Me siento culpable por haber puesto a Lena en un aprieto, así que le ofrezco salir un rato bajo el alero del patio, contemplar la lluvia como dos viejas melancólicas, y tomarnos la leche con cacao en el sofá de mimbre que la abuela se ha dejado allí pese a que hace tiempo que el verano se ha despedido de Mic-Napoca.

—El plan de viejas melancólicas me parece bien. Voy a por unas mantas —me dice.

Salgo al patio y dejo atrás los gruñidos de mi abuelo. Se queja de que le enfriamos la casa con tanto abrir las ventanas.

—Está lloviendo, por si no os habíais dado cuenta —gruñe con fingido mal humor mientras retoma la lectura de Homero.

En el patio de enfrente, Nicolai mira desconsolado la cortina de lluvia que nos separa.

—Hola —le grito para que pueda oírme entre truenos y aguas torrenciales.

—Hola, me llamo Nicolai —se presenta él también a gritos.

—Lo sé. Yo soy Gracia. Traian y Constanza son mis abuelos y Petre es mi padre.

—Mi abuela se llama Natasha.

Nicolai parece indeciso. Pero cuando ve aparecer a Lena con un termo de algo calentito y una caja de bollos de canela y magdalenas de arándanos, se pone en acción. Al poco, aparece corriendo por el patio con un paraguas enorme de color ciruela y salta sin dificultad la verja que separa nuestros patios. Se planta delante de nosotras, pliega el paraguas con dificultad y se encoje de hombros.

—Lena, este es Nicolai, nuestro vecino.

—Hola, Nicolai.

Mi hermana no le presta demasiada atención, está haciendo equilibrios con su taza humeante y una magdalena mientras intenta sentarse de manera cómoda. Tarea nada fácil para una embarazada de nueve meses.

—Tienes un bebé ahí dentro —señala Nicolai.

—Qué niño más listo —gruñe Lena.

Le lanzo una mirada de advertencia para que sea amable. Quiero llevarme bien con mi recién descubierto vecino. La última vez que estuve en casa de los abuelos, ni siquiera había nacido. Vamos a ser buenos amigos.

—Ven, quítate las botas y siéntate aquí conmigo, bajo la manta. Seguro que Lena te da un bollo.

Nicolai parece feliz, instalado confortablemente a mi lado, bien arropado por una de las mantas polares de la abuela, mordisquea como un ratoncito una magdalena de arándanos y vainilla, receta de Teresa, sin duda.

Lena sigue tozudamente en silencio, celosa de no tener toda mi atención. Pero la lluvia, el

calor de las mantas y nuestra proximidad sé que la reconfortan. Todos estos años separadas nos pesan. Pese a mi escalofriante factura de teléfono, testigo de nuestras conversaciones semanales, para mí Lena sigue siendo aquella niña voluntariosa y risueña que nunca se preocupaba por guardar un caramelo para el día siguiente. Una hermana pequeña que se quedó en Mic-Napoca cuando me fui, desconsolada durante meses, abandonada por todos. Recuerdo que me echaba en cara el haberla dejado sola allí. Y decía *sola* como si la casa se hubiese quedado vacía, como si papá y los abuelos también hubiesen desaparecido. Cuando el único vacío real era el de nuestra madre. Pero ese «*sola, es que me has dejado sola, Gracia*», tenía todo el peso de una chica de catorce años que ha perdido a la única persona que seguía abrazándola después de la pérdida de su madre.

Lena había ido a Londres a visitarme casi todas las vacaciones escolares, hasta que se casó con Iván y fueron a vivir a Bucarest. Ella trabajaba en una agencia de viajes y él en la construcción. Yo había coincidido pocas veces con Iván, para mí seguía siendo aquel joven asustado de la *Biserică*, un hombre taciturno y sencillo, que nos trataba a todos con deferencia y respeto, y que tenía un miedo desproporcionado al abuelo.

Dejo pasar unos minutos, unos sorbos de leche con cacao. Nicolai se las arregla para lucir un bigotito de azúcar glas. Mira distraído el jardín de la abuela mientras balancea una de sus piernecitas que asoma por debajo de la manta. Siento el calor de su menudo cuerpo junto al mío y pienso que no querría estar en ningún otro lugar del planeta.

Lena parece adivinar mis pensamientos porque deja de mirar los dibujos de las gotas de lluvia sobre los charcos y me sonrío. Tiene un bollo de canela mordisqueado en la mano y sus ojos se han vuelto grises como el cielo de Mic-Napoca.

—Vas a tener el bebé aquí, ¿verdad?

—Sí.

Le tiembla un poco la voz pero parece en paz consigo misma.

—*Tătic* conoce a uno de los gerentes del hospital donde me visitaba. Le pedirá a mi ginecólogo que nos envíe una copia del historial y todas las pruebas.

—Pues que sea pronto.

Lena se gira y me mira preocupada. Es seis años menor que yo pero ahora mismo parece muy joven, jovencísima.

—Ha sido un embarazo tranquilo y fácil. Seguro que el parto será igual, ¿verdad? —me pregunta esperanzada.

—Claro, todo irá bien.

Nicolai se mueve inquieto a mi lado. Ha terminado con su magdalena y parece que tiene nuevos planes. Se deshace de la manta a tirones, le ayudo a ponerse las botas, se pone en pie y ataca con ganas el cierre automático del paraguas ciruela.

—Tengo que ir a ver los dibujos —me dice muy solemne—. ¿Estás aquí mañana?

—Sí, nos vemos aquí. Cuando quieras.

Consigue abrir el paraguas y echa a correr hacia su patio. Antes de llegar a la verja, se da la vuelta y duda un instante. Regresa y me regala un beso húmedo y pegajoso en la mejilla.

—Vaya, la magdalena era mía y te pide una cita a ti para mañana. Lo tienes en el bote —se queja Lena cuando Nicolai desaparece dentro de su casa.

—¿Qué ha pasado con Iván?

—No va a venir —me dice sin mirarme—. Hace tiempo que no estamos juntos.

—¿Qué ha pasado?

—Se fue con otra.

—Oh, Lena...

Abrazo a mi hermana pequeña y lloramos las dos juntas, en silencio. Comprendo su dolor. La traición duele igual sea quién sea el ser amado que nos deja. No importa cómo se vaya, la pérdida es terrible en cualquier caso.

—No importa —dice al cabo de un rato. Se separa de mí y se limpia las lágrimas. Lena siempre ha sido la más valiente de las dos—. Hacía tiempo que nos iba mal, muy mal.

—¿Por qué no me contaste nada de todo esto? Del embarazo, de Iván.

—No lo sé. —Respira hondo y me mira con sinceridad—. Creo que no quería oír lo que tuvieras que decirme.

—Yo no te juzgaría y lo sabes. No lo he hecho nunca.

—No se trata de eso —sonríe—. Mi matrimonio iba muy mal y aún así quise tener un hijo, deseaba tener un hijo. Tenía miedo que me hicieras ver lo poco inteligente y práctico y negativamente emocional que era todo eso. Me moría de ganas de decírtelo, me sentía fatal al no contarte nada de todo esto, como si te estuviera mintiendo.

Me siento culpable. Estaba enfadada con Lena por no haberme hablado de sus sentimientos, de los cambios importantes en su vida, y yo he hecho lo mismo. La he juzgado. Le he ocultado información. Ni siquiera sabe por qué me he ido de Londres y, sin embargo, aquí está, a mi lado, pidiéndome disculpas. Le ofrezco el último bollo de canela de la caja.

—Toma, te lo mereces. Al fin y al cabo, yo me he quedado con el chico.

La sonrisa de Lena es preciosa. Una de las cosas más bonitas que he visto nunca.

La abuela abre el ventanal a nuestra espalda y nos sorprende.

—¿Por qué no entráis ya? Hace mucha humedad aquí fuera y necesito que me ayudéis a encontrar la decoración navideña.

—Ahora vamos, *bunǎ*.

Recojo las mantas y sacudo las migas mientras Lena se encarga de las tazas, el termo y la caja vacía.

—Hemos vuelto a ser pequeñas —me dice con cierto consuelo—. Otra vez a decorar el árbol con esas luces de papá que dan calambre.

—Me alegro de que estés aquí.

—Aquí estamos. Supervivientes de dos naufragios distintos.

La miro sorprendida.

—El abuelo habla como si fueses a quedarte por tiempo indefinido y papá parece preocupado. No importa —añade al ver que no le respondo—, ya me lo contarás cuando te apetezca.

Antes de entrar en la casa, tentadoramente iluminada y caliente, mi hermana me detiene cogiéndome del brazo.

—Oye, Gracia.

—Qué.

—Quiero que tú me asistas en el parto.

VI

Hoy tenemos una noticia triste, conciudadanos. Ion Perç, el abuelo de Marta y Antonia Perç, ha muerto esta mañana a la edad de 97 años, que el Señor lo tenga en su Gloria. La familia atenderá visitas de pésame a partir de las doce de mañana, después del entierro en Cluj. Os habla Georghe Antonescu, en Radio Mic-N II retransmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Un saludo muy cariñoso a la familia Perç.

Un aviso importante de última hora: Si os cruzáis andando por la calle a Cecile Raluca a altas horas de la madrugada no le despertéis. Su mujer nos informa de que es sonámbulo y resultaría peligroso despertarle. Por otro lado, si estáis a esas horas caminando por las calles de Mic-Napoca quizás os convenga pasar por la consulta del doctor Bratianu y que os trate ese insomnio.

Falta una semana para Navidad. Lena y yo hemos traído un montón de regalos para todos desde Londres y Bucarest, respectivamente, y estamos sonrientes y enigmáticas como el gato de Cheshire cuando la abuela saca el tema de las fiestas.

—Pues Petre, el abuelo y yo tenemos que ir de compras a Cluj, así que os toca a vosotras haceros con la lista de los comestibles.

Se acabaron las sonrisas.

—Pero *bunaaaaaaaaa*... —Nos quejamos al unísono.

La lista de la compra es larguísima, papá y los abuelos se llevarán el coche a Cluj, y solo hay un sitio en Mic-Napoca donde podamos encontrar absolutamente todo lo que viene escrito en ella: el colmado del señor Visi. Está en la otra punta del pueblo y a estas alturas estará lleno hasta los topes de *mic-napoquenses* haciendo sus compras navideñas. Significa horas de colas y charloteo, intercambio de recetas y variaciones de *mămăligă* y *pască*, interrogatorios de las señoras y escrutinio malvado del señor Visi.

—Podéis coger una de las rancheras de la fábrica —nos anima el abuelo—. Después de todo, es Navidad, ¿no?

La perspectiva de conducir una especie de camión descubierto, destartalado y humeante, por las adoquinadas calles del pueblo no nos anima demasiado. Lena quiere escabullirse alegando que

está muy embarazada.

—A tu bebé le encantará ir en ranchera. Le gusta el movimiento *traqueteante*.

—¿Y tú qué sabes? Esa palabra ni siquiera existe.

—Por eso soy médico, no filóloga. Por cierto, ¿es sobrino o sobrina?

—No lo sé. No quise saberlo.

—¿Y de qué color le has comprado la ropa?

Lena sonríe enigmática, me coge de la mano y me hace subir las escaleras hasta su habitación. Abre el armario grande y me muestra el contenido de los cajones. Hay camisetas diminutas, bodis tamaño hada, calcetinitos de gnomos, gorritos, manoplititas, jerseys de pitufo y pantaloncitos con patucos incluidos, todo pequeñísimo y multicolor. Nunca había visto tal cantidad de ropa de bebé junta. Se me hace un nudo en la garganta.

—Ah, vale.

No le he comprado ningún regalo navideño al bebé. Tendré que pensar en algo. Que no sea ropa.

—¿Y la cuna? —Me sorprende al ver el viejísimo mueble de madera blanca preparado con sábanas infantiles y suaves edredones.

—Es la nuestra, de cuando éramos pequeñas. La abuela la rescató del desván y el abuelo la montó y la limpió en una mañana. Hasta la ropa de cama es la nuestra. La abuela guardaba incluso algunos vestidos de lazos y puntillas.

—Entonces esperemos que el bebé no sea niña.

—Qué tonta, son vestidos preciosos.

—En Londres los llamamos *vintage*.

—Muy graciosa.

Las compras en el colmado del señor Visi son tan malas como Lena y yo habíamos temido. El señor Visi se ha dejado un bigotito al estilo hilera-de-hormigas-negras-bajo-la-nariz, y cree que le da un aire de galán italiano. En realidad, solo da risa y un poco de repugnancia. Está tan delgado y macilento como lo recordaba y sus manitas de rata manosean la comida de una manera que te quita las ganas de comértela. Nos saluda empalagoso y con ceremonia, como si se alegrase de vernos y nos rindiese pleitesía. Su mirada malvada de ojillos negros no deja de repasarnos tras sus gafas bifocales.

La tienda está atestada de compradores navideños y todos nos hacen un montón de preguntas bienintencionadas sobre nuestra visita a Mic-Napoca, el bebé de Lena, nuestra vida, nuestro trabajo, nuestra familia, nuestros sueños e ilusiones, nuestra talla de sujetador...

—Habéis venido por las fiestas, qué bonito detalle. Los abuelos y papá os echaban de menos.

—¿Dónde está tu marido, Lena?

—A ver si me paso por la consulta, Gracia María. Tengo dolor aquí, en el costado, desde...

—Pues a mí el doctor Petre me curó la ansiedad con unas hierbas buenísimas.

—Seguro que Constanza cocina un pavo para Nochebuena, ¿verdad? Qué pena que tenga que acercarse hasta Timisoara para la misa del gallo.

—Creo que tengo el dolor desde el miércoles. No, espera, no había mercado cuando le dije a Dimitri que me dolía. Sería el jueves.

—¿Qué nombre le pondrás al bebé?

—Claro, que el sacerdote ya podría hacer una excepción, pero con la mayoría ortodoxa, ya se

sabe.

—¿Cuándo vuelves a Londres? ¿Te gusta aquello? ¿Cómo se llamaba ese hospital tan famoso en el que trabajas?

—¿Cuándo viene tu marido, Lena? ¿Y tu hermana? A ver cuándo se decide y nos da una sorpresa, seguro que tiene un montón de pretendientes, la doctora.

—Es que es un dolor que no se me va, justo aquí, en el costado.

—Pídele que te recete esas hierbas tan buenas, lo curan todo.

—¿Qué va a cocinar la abuela por Navidades?

La mujer de Dimitri Vernia, el *primar*, quiere invitarnos a cenar una noche; la señora Prudence, amiga de nuestra abuela, nos regala una botella de vino; Natasha, la abuela de Nicolai, no deja de tirarnos de la manga del abrigo para que atendamos a sus elucubraciones religiosas; hasta Cesare pasa por la tienda un momento y se ofrece a ayudarnos a meter las cosas en la ranchera... Con su brazo escayolado.

María Cordenu, la esposa del farmacéutico, es la primera en salir de la tienda después de someternos a un intenso interrogatorio sobre los planes culinarios de la abuela para las Navidades. Remata cada frase con una risita medio histérica que me desconcierta. Convencida de nuestra inocente ignorancia, a medias derrotada por su salvaje interrogatorio, se le nota presurosa por compartir las noticias con su marido.

Hacemos tres viajes a la furgoneta hasta que conseguimos meterlo todo en la parte de atrás. Y cuando a Lena se le ocurre verificar la dichosa lista, descubrimos que nos hemos olvidado del comino y tenemos que volver. El asado de la abuela no nos lo perdonaría jamás.

Cuando salimos, creemos que de manera definitiva por hoy, la tarde se ha convertido en noche y unos leves jirones de niebla se desplazan tranquilos por la parte baja de las montañas. Lena se estremece con el aullido de los lobos y Gregor, el joven *polizei*, nos saluda desde su bicicleta al pasar. Me pregunto dónde están los otros tres. Supongo que la veteranía te excluye de patrullar en bicicleta en pleno diciembre.

Huele a invierno, siento el aliento helado del Danubio y el tacto suave de los dedos fríos de la bruma que avanza desde el bosque.

—Vayamos por el puente de piedra —le digo a mi hermana mientras me acomodo en el asiento del conductor—. Vamos a ver cuánto ha crecido el río.

Lena gruñe dándome su consentimiento. Está cansada y se le han hinchado los tobillos de estar tanto tiempo de pie. Veo que ha conseguido una zanahoria de entre el botín que llevamos en la parte de atrás.

—Lena, ¿no te parece que papá está como un poco misterioso?

—¿Papá misterioso? —Se ríe mi hermana.

—Sí, no sé cómo explicarlo. A veces parece distraído, como si estuviera pensando en algo estupendo que solo conoce él. Como si guardase un secreto que le hace feliz.

—Parece más contento. Me alegro por él.

—¿Y qué era eso que decía una de las cotorras sobre que papá le había recetado unas hierbas? ¿Qué hierbas, Lena? ¿Desde cuándo se ha convertido a la naturopatía?

Lena no va a seguirme el juego, parece taciturna, se encoge de hombros y hace cómo que no sabe de qué le estoy hablando.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien —me confiesa—. Tengo miedo de dar a luz.

—Por supuesto, es una cosa tan extraña...

—No te rías de mí, me asusta.

Paro la ranchera en medio del puente, sin temor a perturbar el inexistente tráfico de Mic-Napoca en esta noche fría. Hace poco que Cesare ha pasado por el mismo lugar con su carro y su mula, dejando tras de sí una leve estela de briznas de paja, doradas como el pelo de Nicolai, amarillas como la vaca de su canción infantil.

Todo está en silencio. Sobre nuestras cabezas un cielo oscuro, casi sin estrellas, a la media luna, recoge impasible la llamada de los lobos carpetianos.

—Vas a ser la mamá más guapa del mundo —le digo a mi hermana.

Ella me mira con atención. Mi bufanda roja subida hasta casi la nariz, mi pelo larguísimo de tiempo de destierro recogido en una coleta. Los pendientes de oro y perlas blancas de la abuela robándole algún brillo a la luz mortecina de esta noche. Los ojos verdes de mamá devolviéndole la mirada.

—No digas tonterías, Gracia. La guapa de la familia siempre has sido tú.

Llegamos a casa antes que los demás pero Lena está demasiado cansada para colocar la comida, así que se estira en el sofá con un cojín bajo los pies y me cede el honor de pelearme con la nevera, el arcón y la alacena. Guardo lo imprescindible, y preparo un té calentito para cada una. Antes de sentarme junto a Lena, me detengo un momento junto al equipo de música y pongo uno de los cedés de Cole Porter de la abuela. *Night and day* llena la habitación y me pone de buen humor. Es imposible no sentirse enamorada con esa música.

Nuestro árbol navideño artificial se ha quedado encendido. Me gusta que siga teniendo los mismos adornos de cuando éramos pequeñas, aunque muchos estén desportillados o medio fundidos. En lo más alto de sus ramas verdes, un delicado ángel de porcelana y alas de fina tela semitransparente parece mirarnos con sorna.

—Me encanta ese ángel —dice Lena adivinando mis pensamientos.

—Lo compró mamá las últimas Navidades antes de morir. Creo que ya estaba muy enferma, aunque tú y yo no nos diéramos cuenta.

—La recuerdo divertida y guapísima. Esas Navidades tuvimos mucha nieve y se tiraba con nosotras en trineo. Le tomaba el pelo al abuelo diciéndole que se le congelaría la cerveza en fermentación.

—Sí, es verdad. Yo tenía unos doce años y tú cinco o seis. Me alegro de que te acuerdes —le sonrío.

—Me gusta hablar de ella contigo. Ni papá ni los abuelos hablan nunca de ella.

—Son generaciones distintas, supongo. Su dolor es algo privado, lo llevan en silencio. No creo que hablen de mamá nunca, ni siquiera entre ellos.

—Al principio pensaba que se habían olvidado.

—Un día, antes de marcharme a la universidad, sorprendí al abuelo llorando. Estaba justo ahí, delante del ventanal del patio, mirando las montañas. Creía que estaba solo en casa y lloraba sin ruido. Creo que es lo más triste que he visto nunca.

—Debe ser espantoso perder a un hijo, no quiero imaginarlo. Los abuelos querían a mamá como si fuera su hija, la querían de verdad. No sé cómo la abuela pudo seguir adelante. Ni papá.

—Bueno —la consuelo— nos tenían a nosotras. Alguien tenía que cuidarnos. En todo este

tiempo que he estado fuera, que hemos estado fuera, creo que ha sido la abuela quien más nos ha echado de menos. Cuidar de dos niñas, y luego de dos adolescentes, debe mantenerte terriblemente ocupada. Fue madre por segunda vez.

—No sé. No debe ser fácil cuidar del abuelo.

La puerta se abre y tres figuras, enormes por la cantidad de abrigos, sombreros, estolas, bolsas, paquetes y bufandas, entran resoplando.

—¿Por qué no habéis encendido las luces? —Gruñe el abuelo.

—Y la chimenea está a punto de apagarse —se queja nuestro padre.

En cambio la abuela deja sus compras junto a la puerta, se acerca a nosotras y se quita el abrigo deprisa. Se sienta entre nosotras y nos sonrío cómplice mientras se reclina en el sofá.

—Aquí sí que se está bien —dice bajito—. El mejor lugar del mundo y Cole Porter.

Y justo ahí, en el mejor lugar del mundo, después de cenar, el cielo empezó a rugir sobre nuestras cabezas y todo se volvió del revés.

CAÍDOS DEL CIELO

VII

Buenas noches, Mic-Napoca, aquí Georghe Antonescu de Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Ante la imposibilidad de conectar desde el campo de heno de Cesare, un servidor ha venido corriendo hasta la estación para narrarles en primera persona lo que parece ser el desembarco de un ejército estadounidense de intenciones desconocidas. Las fuerzas vivas de Mic-Napoca hacen frente a esta situación de crisis con entereza mientras que...

El hombre oscuro y alto se aproxima sin prisas. Se detiene un par de veces para gritar algunas órdenes a los soldados que se le acercan en busca de instrucciones, y luego sigue caminando por entre el hervidero de actividad febril en el que se ha convertido el campo de Cesare. Apenas está a un metro de mí y me mira a los ojos, imperturbable. Enfunda su arma y calla. Si ahora mismo me sonrío y me dice «buenas noches» sufriré un ataque de histeria y me pondré a llorar.

—¿Qué es todo esto?

La tímida voz del *primar* Vernia se oye a mis espaldas, rompiendo el hechizo de los ojos oscuros que me inmovilizan. Creo que me he olvidado de respirar.

El recién llegado me libera de su escrutinio y busca a la persona que ha pronunciado la pregunta. Localiza al *primar* a mis espaldas y reconoce con un movimiento de cabeza a los hombres en bicicleta que lo rodean. Solo dos de nuestros *polizei* llevan el uniforme puesto y Gregor, el más joven, parece muerto de miedo, con los ojos demasiado abiertos como aparentar nada más que pánico.

—¿Es usted el gobernador?

Me giro para ver la cara de Dimitri Vernia. Está pálido y mueve las manos muy deprisa mientras habla.

—Soy el *primar* de Mic-Napoca.

Pero el *primar* de Mic-Napoca no habla inglés.

El soldado vuelve a preguntar, esta vez en ruso, pero Dimitri Vernia tampoco habla ruso.

—Está bien —dice tembloroso al reconocer el idioma—. Gracia, ¿por qué no está aquí tu abuelo? ¿Serías tan amable de ir a buscarlo?

Mi abuelo cree que Ulises merece más interés que una panda de norteamericanos jugando a la

guerra en nuestros campos de heno. Pero no voy a decírselo. Al menos, no en estos momentos. Aprieto con fuerza el maletín y me pongo al lado del *primar*.

—Señor, nadie aquí habla el suficiente inglés como para mantener una conversación. Y muy pocos van a entenderle en ruso.

Quizás nuestro pueblo no aparece en los mapas americanos, pero me niego a creer que en el siglo XXI sus sistemas de vuelo sean tan imprecisos como para hacerles creer que están en territorio ruso. Saben dónde están y, aún así, han querido aterrizar aquí. Debe ser una equivocación de algún tipo. O una broma muy cara.

Sus ojos azules como el más profundo de los océanos no reflejan absolutamente nada, pero me mira con tanta intensidad que siento flojas las rodillas. Finalmente me extiende la mano.

—Capitán Denninson, tercera división de Marines, ¿está usted herida? —dice señalando con la otra mano mi ropa manchada.

Dimitri Vernia me da un codazo con disimulo y finalmente acierto a estrecharle la mano tendida. Es grande y cálida, podría quedarme así toda la noche.

—Eh, no. He atendido a... A una persona y a su mula. Soy la doctora Bratianu.

—Habla muy bien mi idioma, ¿va a hacernos de traductora, doctora?

Su voz es profunda, seria, como si estuviese hablando del fin del mundo. Tengo la sensación de estar en un sueño muy extraño. Pero el Armagedón bien puede empezar en un campo de heno a las afueras de un pueblecito transilvano, ¿verdad?

—Gracia, ¿por qué no vas a buscar a Traian? —me insiste el *primar* en voz baja. No confía demasiado en mis dotes diplomáticas. Hace bien.

—Sí. No. Verá, iré a buscar a mi abuelo. Él habla muy bien en ruso, y también pasó algún tiempo en el ejército. Se entenderán.

Consigo soltarme de su mano y echo a andar en busca de nuestro coche ¿Dónde está mi padre? Antes de salir del círculo luminoso de los proyectores, la voz del capitán suena muy cerca, a mis espaldas.

—Doctora, ¿su abuelo es el gobernador? —pregunta esperanzado.

—Bueno, algo así.

Solo que aquí no tenemos gobernadores, capitán. Esto no es California.

El coche no está. Cesare, que ya ha metido su mula en el granero y está a punto de marcharse me dice que se lo ha llevado mi padre.

—Los soldados nos están echando a todos, nos piden que volvamos a dormir. Y tu padre se ha llevado a Teresa a su casa —me informa el señor Visi con sus manitas de rata adecuadamente enfundadas en unos guantes de lana marrón.

Nuestra casa está cerca, así que no me lleva más que unos diez minutos volver. Cuando llego, la abuela y Lena me acribillan a preguntas.

—Luego os cuento. Vengo a por el gobernador.

—¿Quién? —Se extraña Lena.

Mi abuelo, que sabe más que nadie pero le gusta hacerse de rogar y las entradas teatrales de héroes salvadores, cierra con fastidio su libro y se quita las gafas de concha simulando un cansancio que sé que no siente.

—Abuelo...

—¿Tengo que ir?

—Deberías ir. Hay un montón de marines en el campo de heno de Cesare. Ni el *primar* Vernia ni la *polizei* entienden una palabra de lo que les dicen y hay un tal capitán Denninson que necesita hablar con el gobernador. Tú verás.

El abuelo sonrío divertido y se pasa la mano por su abundante pelo blanco.

—Parece interesante —se burla—. Una invasión americana, ¿quién lo iba a decir? A estas alturas de nuestra democracia ¿Crees que puedo decirles que soy el *sheriff*? Eso de gobernador me suena un poco burócrata.

—Abuelo...

—Sí —me tranquiliza—. Ya voy.

Mi abuela le trae el abrigo, zapatos, guantes y bufanda. Él se viste con calma mientras murmura alguna blasfemia contra los militares del mundo.

—Abuelo, de verdad, el *primar* Vernia da mucha lástima —le confieso—. Y Gregor, el policía nuevo, va en bicicleta y lleva un chisme de esos en la mano.

—¿Una pistola? —Se sorprende.

—No, un palo de goma.

Le oímos reír mientras sale de la casa y se adentra en la noche accidentada de Mic-Napoca.

Todos se han quedado dormidos, incluso mi padre ha sucumbido al sueño pese a su propósito de acompañarme en la vigilia. Pero la casa no está totalmente quieta: cruje, se despereza, susurra, recoge el eco del reloj de la repisa de la chimenea.

Han pasado más de cuatro horas desde que el campo de heno de Cesare se llenase de soldados, de reflectores y caos. No puedo dejar de ver la escena de la llegada del hombre oscuro en mi cabeza, una y otra vez, como un viejo fotograma encasquillado en su proyector. El capitán Denninson, recién desembarcado en la playa de mis pesadillas.

Me he dado un baño caliente para quitarme el frío, las manchas de yodo y el susto, y me he puesto el pijama. Estoy sentada junto a la chimenea, en la enorme butaca del abuelo, intentado leer algo sobre Penélope y su telar que he encontrado en la *Odisea* abandonada. Los lobos, tan cerca, en el bosque a pie de las montañas, siguen silenciosos.

La puerta se abre con un pequeño crujido seco y el abuelo entra despacito, cuidadoso en no despertarnos.

—*Sheriff* —le digo.

Sonríe, se quita el abrigo y todas las defensas contra este frío de diciembre, y se acerca a la chimenea. Parece contento. Le brillan los ojos y tiene las mejillas rojas. Una sombra de barba blanquecina le salpica la mitad de la cara.

—Siéntate. —Le ofrezco su sillón preferido y me hago un ovillo sobre la alfombra, justo a sus pies.

—No me dejarás irme a dormir hasta que no te cuente qué está pasando —afirma.

—Penélope espera —le digo interpretando lo que espero que suene a algo muy épico.

—Pero yo no soy tu Ulises.

El abuelo se sienta y me mira complacido.

—Son unos veinte hombres, además del capitán. Marines de los Estados Unidos. Dicen que están en misión de reconocimiento, que tienen permiso de maniobras en la zona y que pensaban inspeccionar las minas cerradas de Timisoara. Cinco de los soldados son ingenieros. Ah, y también tienen médico y enfermero militares.

—Pero están lejos de Timisoara.

—Sí, lo saben. Tuvieron problemas con algunos helicópteros por las bajas temperaturas y algo de un fuerte viento del norte. No querían abortar una misión tan sencilla, así que improvisaron un aterrizaje en unos campos que creían abandonados y efectuarán las maniobras desde aquí. Con el amable permiso del *primar* Vernia, por supuesto.

—Por supuesto.

—Les hemos ofrecido alojarse esta noche en la *Casa del Primar*. Las salas son amplias y tienen chimenea. Mañana podemos solicitar voluntarios para alojar a algunos soldados en casas particulares y en la pensión. Pero el capitán Denninson lo ha rechazado amablemente. Dice que a estas horas sus hombres ya habrán montado las tiendas en el campo de heno. Parece que nuestro buen Cesare les ha dado su beneplácito, siempre que no molesten a sus animales.

—Con este frío.

—Ah, la dura vida de los marines —mi abuelo me acaricia el pelo, distraído—. Voy a por un vaso de leche caliente, no creo que vaya a dormir mucho a estas alturas. Está a punto de amanecer y me duelen todos los huesos.

—Ya voy yo, abuelo —le digo levantándome.

Preparo un par de tazas de espeso chocolate caliente y rescato un paquete de bizcochos de las provisiones dulces de la abuela, muy mermadas desde que está Lena en casa.

—Gracias, cariño. Esto es mucho mejor que un vaso de leche, ¿eh? —me dice el abuelo cuando le llevo nuestro pequeño banquete de madrugada.

—¿Habéis comprobado que es cierto? ¿Qué tienen los permisos para aterrizar aquí? Pensaba que esas cosas eran más complicadas. Los incidentes diplomáticos y todo eso.

—Esto no es Londres, ni siquiera es Bucarest, y se avecinan aires de cambio. No creo que me equivoque demasiado si pronostico que el nuevo gobierno que entre tras las elecciones no tarde en aceptar el ingreso en la OTAN. Quizás estas maniobras no sean más que un pequeño adelanto de nuestro país. Estados Unidos tiene un conflicto grave en Iraq y precisará de nuevos socios en su cruzada. No hemos llamado a Bucarest para preguntar nada, quizás lo hagamos mañana. Tengo un amigo en Cluj.

—Querrás decir que tú moverás los hilos para informarte —le apunto.

—Bueno, ¿qué importancia tiene? Quizás en Mic-Napoca todavía no tengamos fibra óptica, ni siquiera buena cobertura para los móviles, pero hasta el capitán Denninson sabe que tenemos teléfonos. Su coartada tiene que ser sólida, no son tan estúpidos.

—¿Su coartada?

—¿Qué quieren inspeccionar en las minas de Timisoara? Ahí no hay nada.

Mi abuelo toma un sorbo de su chocolate humeante y mira pensativo el menguante fuego de la chimenea. Me pregunto si estará pensando en el horror de Timisoara, cuando por orden de Ceacescu el ejército abrió fuego sobre los civiles que se manifestaban en contra del giro brutal del régimen en sus últimos años de mandato. Mi abuelo, que había ayudado activamente a muchos disidentes a escapar del país en esos últimos años —aparte de por su firme y más que demostrado convencimiento político sobre la libertad y la democracia heredados de sus autores griegos, nunca supe si para combatir el aburrimiento o por un extraordinario sentido de la aventura—, y que seguía profundamente implicado en el movimiento de protesta, acabó por sucumbir a las súplicas desesperadas de mi abuela y consintió en quedarse en casa mientras Timisoara, y luego Bucarest,

encendían la mecha de indignación que terminaría con el culto personal del dictador.

—No, ahí no hay nada —concluye—. Y tampoco hay ningún viento del norte esta noche. Están en Mic-Napoca porque querían aterrizar en Mic-Napoca.

—¿Pero por qué? ¿Y por qué no dicen la verdad?

—O quizás sí que la dicen. Quién sabe. Ve a dormir.

—Ya estoy durmiendo —susurro mientras subo las escaleras camino de mi habitación.

VIII

Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Georghe Antonescu les desea muy buenos días. Parece ser que las mulas de Cesare tendrán compañía en los próximos días, pues nuestros visitantes americanos se quedan. No sabemos cuánto, no sabemos por qué, pero han llegado en son de paz y como tal debemos tratarles. Atentos todos a las próximas instrucciones de nuestro primar, si es que se decide a darnos instrucciones. Por el momento, convecinos, deberíamos olvidar la reunión clandestina de ayer por la noche, donde salió a relucir, quizás con demasiada precipitación, lo reconozco, términos como «resistencia» y «guerrilla».

Estoy en el quirófano. El paciente está dormido y todo preparado para empezar. Es una intervención sencilla, un *bypass* en un corazón cansado. Todo va bien. Hasta que la enfermera de mi izquierda empieza a mover la cabeza ligeramente, al compas de una canción sobre una vaca amarilla.

Abro los ojos y me encuentro la cara de Nicolai, cantando a escasos centímetros de la cama, inclinado sobre mí. Me regala una sonrisa preciosa, con hoyuelos, y deja de cantar, complacido a saber con qué. Su aliento huele a natillas.

—Han llegado tus trastos —me dice.

En esa sonrisa bailan los ángeles.

Me levanto intrigada, me pongo la bata y bajo al comedor de la mano del duendecillo rubio.

—¿Hola?

Amontonadas junto a la puerta de la calle hay un montón de cajas precintadas de color naranja. Son «mis trastos», los restos de mi naufragio londinense.

—Han llegado hace un rato —dice Lena asomándose desde la cocina—. Son todas tus cosas —me reta acusadora.

—No sé dónde vamos a meter todo eso, Gracia —se queja la abuela desde la cocina—. En serio.

—De momento, lo llevaré todo al garaje —la tranquilizo—. Luego, me buscaré una casa donde vivir —reflexiono en voz baja.

—¿En serio? —Se interesa Lena—. Entonces vas a quedarte de verdad.

—Toma —elijo una de las cajas que menos pesan y se la paso a mi hermana para que me ayude a trasladarlo todo.

—Podríamos vivir juntas. Las tres. Una versión europea de las chicas Gilmore.

—¿Las tres?

—O los tres.

—Yo también quiero ayudar —se ofrece Nicolai.

—¿Se sabe algo más de la llegada de los americanos?

Lena se encoge de hombros.

—Yo no los he visto, pero Natasha dice que han montado una especie de campamento de color caqui en los campos de Cesare. Seguro que el abuelo sabe más cosas porque se ha ido esta mañana temprano. Ha venido a buscarle el *primar* con unos hombres de Bucarest.

Llenamos el garaje de cajas naranjas esquivando el silencio acusador de mi abuela. Terminado el traslado, Lena decide dar un paseo hasta la colina de Danae y visitar la ermita. Después ha quedado con mi padre para hacerse una ecografía y otras pruebas en Cluj. Creo que papá intenta convencerla de que dé a luz en un hospital. Hace muchos años que ninguno de los dos asistimos un parto y, en mi caso, siempre ha sido por motivos quirúrgicos de emergencia. Pero Lena es cabezota y dice que somos los mejores médicos que conoce. Los mejores del mundo. Aquí, justo aquí, en Mic-Napoca, a su disposición. Totalmente rendidos a su sonrisa de madre primeriza.

Afuera luce un sol sin nubes y la mañana parece engañosamente cálida con tanta luminosidad.

Me ducho, me visto y paso por la cocina en busca de café y galletas. La abuela no está especialmente generosa esta mañana, parece enfurruñada, y Nicolai y yo tenemos que compartir el botín.

—¿Por qué está aquí Nicolai? —le pregunto.

—Su abuela le ha pedido a Lena si podía cuidarlo un rato, mientras hace unas compras. Hoy hay mercado.

Lena no parece haberse tomado en serio sus labores de canguro.

—¿Y tú no has ido?

—Esta mañana temprano. Son más de las doce —me dice haciendo especial hincapié en «las doce».

—¿Y el abuelo?

—En la fábrica.

Me parece una buena idea ir a hacerle compañía. Todavía no he visitado la industria de Mic-Napoca.

—Pues voy a acercarme y le recojo para comer.

—Yo voy contigo —se apunta Nicolai.

—¿Puedo llevarlo?

—Sí, pero volved no más tarde de las dos o Natasha se enfadará.

Nicolai sabe ponerse solo el anorak pero, pese a sus protestas, le ayudo con el gorro y los guantes. Me gustan sus manoplas. Son azules y tienen soles sonrientes bordados de color ámbar.

La fábrica de cerveza negra de Mic-Napoca es una enorme construcción alargada a las afueras del pueblo. Por supuesto, es de piedra bucarestina. La mayor parte de los procesos de fabricación de la cerveza —tostado, malteado, fermentación, envasado— se llevan a cabo en las naves

subterráneas que mandó construir el abuelo a principios de los años ochenta, pero en las gigantescas salas de la superficie, convenientemente estabilizadas y sin humedad, es donde se encuentran las enormes tinajas de grano. Por eso al entrar, siempre huele a cebada fresca, independientemente de la época del año en la que estemos.

En primavera, el patio y la antesala bulle de actividad. Camiones y camiones de cebada descargan el cereal día y noche, sin interrupción, y sus propietarios pululan felices como abejas industriales. Encantados de volver a encontrarse allí con las manos llenas de facturas e índices de todo tipo, saludándose entre ellos como si hiciese un año que no se veían, felicitando a mi abuelo y a sus operarios por la calidad de su cerveza, por la diligencia del proceso, por los precios siempre justos de sus cosechas.

El abuelo también revive, como su fábrica. Sale del letargo invernal, deja sus libros antiguos, y se convierte en un torbellino de actividad presente a cada paso del proceso. Le gusta hablar con los granjeros, probar los granos de cebada, tomar muestras y esperar los resultados de los análisis con el personal de planta, comer con los operarios y reírse con los chistes de sus trabajadores. Resucita del armario sus camisas más viejas, sus pantalones más gastados, y cumple turnos de hasta once horas hasta que la cosecha de primavera de media Transilvania ha pasado por las puertas de arco de sus patios y va camino de convertirse en la cerveza negra más rica y cremosa del país. Cansado y feliz, recuerda el tiempo en el que empezó su periplo con el experimento temeroso de la cebada de Cesare y un puñado de amigos y vecinos que pusieron su fe y sus ahorros en la visión espumosa y oscura de mi abuelo.

A las puertas del invierno, la fábrica parece aletargada. Funciona, pese a todo, al ritmo del zumbido incesante de los climatizadores, tras el susurro subterráneo de la maquinaria escondida. Me encantan los techos abovedados y el interior de piedra roja de las paredes. A Nicolai le fascina que sus botitas repiquen en los suelos de madera de la recepción. Después de saludar y preguntar a la simpática recepcionista, encuentro a mi abuelo en su despacho. Pero no está solo.

—Perdona, abuelo, no nos han dicho que estabas reunido.

—No pasa nada —dice poniéndose en pie e invitando a sus interlocutores con un gesto a hacer lo mismo—. Ya habíamos terminado.

Así se rematan las reuniones. El impecable estilo de Traian Bratianu, sin lugar a réplica.

—Pero, Gracia —me advierte mi implacable abuelo—, si pudieras acompañar al capitán Denninson a dar una vuelta por el pueblo te lo agradecería mucho. El *primar* Vernia necesita hablar unos minutos más con estos señores del gobierno y me parece muy feo dejar al capitán sin buena compañía.

Después de todo, quizás la visita a la fábrica no haya sido tan buena idea como me ha parecido esta mañana.

El capitán Denninson estrecha la mano de los presentes mientras intenta ganar tiempo para no parecer demasiado sorprendido por el elegante despido de mi abuelo. Le acaban de echar de la reunión y, como es el único militar en activo presente en la habitación, ni siquiera puede discutir las órdenes o apelar a su rango castrense.

—Claro —susurro bajito.

El imponente capitán sale del despacho cerrando la puerta a sus espaldas y nos mira algo ausente, todavía haciéndose a la idea de que acaban de sacarle de la reunión de una metafórica patada en el trasero. Desde la poca distancia que nos separa, me sorprende respirando hondo en

busca de algún olor que me rescate.

—Después de todo —me dice guiñándome un ojo—, su abuelo sí que es el gobernador.

Mi estómago hace una pirueta poco adecuada para mi edad y siento las piernas flojas. Me desprendo de la mirada azul oscuro de este hombre terrible y echo a andar apretando la mano de Nicolai. El duendecillo rubio juega a saltar las baldosas mientras tararea su canción sobre una vaca amarilla. Si no me sujetase fuerte a su alegría infantil podría elevarme del suelo.

El capitán Denninson se pone su enorme parca militar, se ajusta el cuello del abrigo y mete las manos en los bolsillos. Salimos al sol engañoso de diciembre, todo luz y nada de calor.

—Esta es una de las calles más largas de Mic-Napoca —le digo en mi papel de guía turística—. Por aquí llegaremos a la plaza de la Biserică, donde se celebra el mercado y están los edificios y comercios más importantes del pueblo. Y esta es la casa de mi abuelo.

En honor del capitán debo decir que se para a contemplar la hermosa construcción de dos plantas y parece sinceramente complacido con lo que ve.

—¿Usted también vive aquí? —me pregunta mientras seguimos caminando.

—Sí. Acabo de llegar.

—De Londres —me interrumpe.

—Sí.

—Me lo ha explicado su abuelo. Se siente muy orgulloso de usted.

Pero no me hace la pregunta que todos tienen en mente. Este hombre, que bien podría estar hecho con la misma piedra bucurestina del suelo que pisamos y las murallas que nos protegen, no va a resultar previsible. Hubiese sido demasiado sencillo.

—Anoche, ese hombre pelirrojo con el brazo en cabestrillo vino a ofrecernos su pajar para dormir.

—Ese es Cesare, el propietario de las tierras en donde ahora está su campamento.

—En el cambio de guardia de las seis de la mañana mis hombres han sorprendido a un hombrecillo calvo y delgadísimo curioseando por detrás de las alambradas.

—Es Emil Cordenu, el farmacéutico. Suele ser... algo cotilla. Pero inofensivo.

—Entendí que me ofrecía medicamentos, pero no estaba seguro, podía ser el camello local.

Su sentido del humor me sorprende. Me resisto a sonreír, no se lo merece.

—De camino hacia la fábrica de su abuelo, una señora de dimensiones respetables empezó a gritarme muy enfadada. Un señor con un bigotito ridículo intentaba tirar de ella y apartarla de mi camino. Con poco éxito.

—Esos son los señores Visi, los dueños del único colmado del pueblo. Pero no sé porque se ha ganado usted su enemidad.

—Me salvó su *polizei* —me dice muy serio—, en bicicleta.

Se me escapa un bufido de risa que intento disimular ajustándome la bufanda sobre la boca.

—Debemos parecerle muy pintorescos —le acuso sin darle tregua.

—No crea. Nací en un pueblecito de Washington, en Geinte Heighs, donde ser peculiar era un deporte nacional obligatorio.

—¿Cuándo tiene previsto marcharse? —Le lanzo una mirada fugaz y le sorprendo mirándome con una intensidad que fundiría las primeras nieves de los Cárpatos.

—Se trataba de una operación corta, apenas un par de días. Pero las órdenes han cambiado. Esta mañana hemos recibido a una delegación de Bucarest y nuestros gobiernos han acordado una

colaboración algo más... interesante.

—Ya.

—¿Cinismo, doctora Bratianu? No le pega —me riñe, severo.

Enrojeczo hasta las orejas. Y Nicolai no viene en mi rescate. Acaba de encontrarse un tesoro en el suelo y se detiene para observarlo de cerca, por si mereciese la pena recogerlo.

—Mira —me dice feliz.

Su tesoro es una piedra redonda y negra. La coge, me la enseña y se apresura a guardarla en uno de sus bolsillos. Después lo piensa mejor y se atreve a mostrársela al capitán.

Denminson y Nicolai superan la barrera del idioma con el código universal del brillo inocente de unos ojillos infantiles y la sonrisa de un extranjero en tierra extraña. La súbita ternura del capitán me pillta desprevenida. Tropiezo con mis propios pies. Y este hombre, que parece estar en todas partes con su mirada oscura y su sonrisa inesperada, me coge del brazo apenas sin mirarme. Por suerte, hemos llegado a la plaza de la Biserică y el café *Sinaloa* me parece, más que nunca, una verdadera tabla de salvación.

—¿Le apetece tomar algo caliente, capitán?

Asiente con un gesto seco y cruzamos la plaza camino de la promesa de un refugio para mi desconcierto. Nicolai me ha traicionado y cuelga feliz de uno de los brazos del capitán. El hombre parece encantado de llevar una mochila rubia como los campos de trigo en verano, y balancea su preciosa carga con despreocupado ritmo. La risa del duendecillo podría curar cualquier enfermedad de este mundo.

El capitán Denminson tarda en entrar en el *Sinaloa*. Está admirando mi hermosa plaza como se merece. Si sigue así, tendré que solicitar al *primar* que considere hacerle una estatua de héroe.

Nicolai se mete detrás de la barra, en busca del gato de Teresa, y nosotros nos sentamos lejos de la puerta, dispuestos a desenvolvernos de tanta ropa de abrigo, tentados por los riquísimos aromas de la pastelería de la anfitriona.

Teresa está en la cocina pero nos mira atentamente y asiente.

—Bien, doctora, explíqueme su teoría.

—¿Sobre qué?

—Sobre qué hemos venido a hacer aquí un comando de ingenieros de la marina sin traductor.

—No es mi teoría, es la de mi abuelo. Y, si tiene el placer de conocerle un poco durante estos días, sabrá que él raramente teoriza. Suele estar en lo cierto.

Me pregunto hasta qué punto conoce el pasado activista de mi abuelo, si han hablado sobre política o estrategias militares o relaciones internacionales. Me pregunto si estará cansado de ser siempre el malo de la película, el que toma la decisión de disparar primero, al que todos señalan como el invasor. Si tendrá las manos tan manchadas de sangre que ya le resulte indiferente o si será creyente, como la abuela, y tema ir al infierno de los que han arrebatado vidas. Me pregunto si preferiría volver a aquel ejército norteamericano de la II Guerra Mundial que era recibido con respeto y admiración, que todavía mantenía con éxito la ficción de defensores de la libertad; si está cansado del desprestigio actual, de encogerse de hombros y aguantar el chaparrón, porque no son más que hombres al servicio de los intereses de un país, de una economía.

El capitán de mirada oscura, sentado frente a mí, me hace un gesto para que continúe hablando. Nuestras manos están tan cerca que casi siento su roce.

—En unos pocos meses habrá elecciones y un cambio de gobierno en Bucarest. Los nuevos

aires traen, entre otras cosas, una posible entrada en la OTAN. En las minas de Timisoara no hay nada.

—Su abuelo dijo, literalmente, que esa zona era una reserva natural para coyotes por... ¿cómo era? Ah, sí, «por obra y gracia de un ministro hipertenso y con pretensiones ecologistas».

—Aunque quizás sí que sea un accidente que hayan aterrizado en Mic-Napoca, desde luego lo de las minas era una excusa. Si a estas horas no ha llegado ni un solo soldado de la base militar de Cluj y en cambio he contado hasta cinco burócratas bucarestinos en el despacho de mi abuelo, es que ustedes han conseguido lo que querían al llegar aquí sin avisar. Aunque no soy capaz de relacionar el tema de la OTAN con su presencia, anoche mi abuelo adivinó sus intenciones.

—Impresionante. —Pero no sonrío. Ni siquiera ahora.

Teresa aparece de la nada, nos saluda contenta y pone sobre la mesa lo que ha decidido que necesitamos. Para Denninson un café con mucha leche, coronado con espuma cremosa, y un cruasán. Para mí un té de bergamota y un bollo de canela. Nicolai me mira desde debajo de la mesa contigua con su milagrosa sonrisa manchada de chocolate y el gato de Teresa entre sus bracitos infantiles. Es imposible acordarse de que afuera hace tanto frío.

—Yo no he pedido...

—En el *Sinaloa* nadie pide, Teresa adivina —le susurro con rapidez antes de que meta la pata—. Podría cambiar el pedido pero sería una afrenta espantosa, algo nunca visto en este café desde hace cinco siglos.

El capitán me mira impasible y duda antes de llevarse su tazón de café con leche a los labios.

—Sabe que los americanos tenemos miedo de ese café europeo espeso y negro como el alquitrán, ¿verdad?

—Pruebe lo que le ha traído Teresa, capitán.

Denninson obedece y da un largo sorbo a su taza. Visiblemente complacido, me mira feliz y se atreve a morder con ganas su cruasán.

—Cole —me dice con la boca llena.

—¿Cómo?

—Me llamo Cole, doctora, es el nombre que me puso mi madre. Tengo cuarenta y cinco años, me retiraré el próximo año del servicio activo de la marina, pero si me llamara Cole sería capaz hasta de olvidarme de que los hombres que me esperan en los campos de trigo de Cesare no habían ni nacido cuando yo hacía la instrucción.

Vuelve a atacar su cruasán y su taza de café. Cuando Nicolai se acerca en busca de provisiones, acierto a darle la mitad de mi bollo y un beso distraído en su cabeza dorada.

—Es el mejor café que he tomado nunca. Y el mejor cruasán, también.

Teresa aparece para recoger sus alabanzas. Otra de sus misteriosas habilidades es que sabe hablar inglés. Con acento mexicano, por supuesto.

—Gracias, chicos.

—Teresa, ¿estás bien?

—Claro —se sorprende ella.

—Es que anoche, en medio de la locura del desembarco de los marines, el señor Visi me dijo que mi padre te había acompañado a casa en coche.

Apenas por un instante, tan breve que casi me parece haberlo imaginado, Teresa esconde un gesto de niña sorprendida en medio de una mentira. Pero una sonrisa enorme borra toda sospecha

de sus rasgos suaves, de su piel color caramelo.

—Claro, no pasa nada. Me sentí un poco indispuesta, seguramente por el susto y tu padre fue tan amable de acompañarme. Tú parecías tener la situación bajo control.

Cole me mira confundido.

—Se refiere a Cesare y a su mula.

—Ah, esa situación.

Salimos del *Sinaloa* de buen humor, casi como viejos amigos, reconciliados con el frío de Mic-Napoca, camino de la casa de mis abuelos. Casi es la hora de comer y Natasha se enfadará conmigo por haber dejado que Nicolai tome dulces antes del almuerzo.

El capitán Demninson, Cole, nacido en un pueblecito de Washington llamado Geinte Heighs, a punto de jubilarse del servicio activo de los marines de los Estados Unidos, me acompaña hasta mi puerta. Parece cómodo, pese al silencio que compartimos los tres.

Se despide de Nicolai con un saludo militar, que el pequeño le devuelve alborozado y me mira con esa visión de rayos X que tan útil debe resultarle cuando pasa revista a sus tropas. De repente, estamos tan cerca el uno del otro que podríamos ponernos a bailar.

El hombre oscuro que ayer aterrizó en los campos de trigo de Cesare prende su mirada azul oscuro en mis ojos de ninfa desterrada y sonríe como si recordase el sabor a mantequilla caliente del cruasán de Teresa. Despacito, para no asustarme, acerca su mano a mi mejilla y me coloca un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. Su gesto me deja sin aliento.

—Te veo más tarde, Grace.

Sus pasos se llevan el eco de cualquier otra Troya, cualquier otra, pero no la guerra escrita en el libro antiguo que mi abuelo sostiene por las noches.

IX

Buenas tardes, os saluda Georghe Antonescu, en Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Hoy se cumplen cuatro días de ocupación americana y para hablar del asunto nos visita...

—No digas eso, hijo, esto no es ninguna ocupación.

—Hoy nos visita el primar Vernia para explicarnos la situación.

—Y para avisar a los ciudadanos de este honrado pueblo que los precios de las frutas y verduras de venta en el mercado de la Biserică deben ser los mismos para autóctonos y visitantes americanos. La Casa del Primar ha detectado que algunos puestos de comestibles venden a precios abusivos a los soldados norteamericanos y desde hoy eso va a considerarse delito contra el comercio libre, con su correspondiente sanción.

—Se rumorea en la capital que estamos a punto de ingresar en la OTAN, ¿le preocupa que cuando esto suceda los americanos nos hagan pagar caro el timo de las frutas y las verduras?

La noche antes de Navidad, después de una cena temprana, todos nos ponemos guapísimos y acompañamos a la abuela a Cluj para la misa del gallo. La abuela es la única católica apostólica romana en un pueblo católico apostólico ortodoxo. El abuelo, al que a veces todavía sorprendemos blasfemando contra los dioses griegos del mismísimo Homero, se siente orgulloso de la tozudez religiosa de su mujer. Pero creo que es más una cuestión de amor que no de fe: Constanza le prometió a su madre que no abandonaría la iglesia de sus antepasados.

Tampoco es ningún secreto que mi padre y el abuelo se llevan a matar con el único sacerdote del pueblo. Supongo que en el caso de mi padre se debe a su belicoso agnosticismo pero no tengo ni idea sobre las razones de la malquerencia y ojeriza del abuelo. Quizás, el ancianísimo sacerdote de Mic-Napoca, más digno de compasión que de rencorosas discusiones, sea el único capaz de resistirse todavía a los designios todopoderosos del abuelo, no lo sé.

Pese a la noche inhóspita y fría, las calles de Cluj se resisten a quedarse vacías. Paseamos un poco cerca de la iglesia preferida de la abuela pero finalmente sucumbimos al dolor de pies de los zapatos elegantes y nos recogemos en un café cercano para tomar algo caliente.

Papá está guapísimo con su abrigo largo, su americana negra y una camisa azul nueva. Incluso lleva corbata y sonríe sin sombra de tristeza. El abuelo parece menos gruñón que de costumbre. Aunque le hayamos obligado a dejar a Homero en casa creo que se siente satisfecho desde que tiene reuniones diarias con los americanos y la delegación de Bucarest. Se ha otorgado el título de intermediario en prevención de conflictos internacionales y nos da largas charlas políticas sobre el futuro de las relaciones entre las naciones del planeta. El capitán Denninson ha venido a sacarlo de su aburrimiento y sé que el abuelo va a echarle muchísimo de menos cuando se vaya.

Estoy preocupada por Lena. Papá dice que todo va correctamente pero si no da a luz en los próximos cinco días, soy partidaria de no alargarlo más. Esta noche parece una reina de las nieves, envuelta en su abrigo blanco y peinada con un moño alto. La abuela le ha prestado un pasador de plata y nos ha dejado ponerle algo de colorete para que en la iglesia no la tomen por un ánima en pena.

—Me he forjado esta cadena en vida. Eslabón por eslabón —cita lúgubrementemente el abuelo a Dickens cuando nos escucha decirle a Lena que está pálida como un fantasma.

—¡Abuelo!

—¿Qué? Es la noche antes de Navidad. No puede venir más a cuento.

—Paparruchas —le secunda mi padre.

La abuela intenta poner su mejor cara de severidad pero no puede. Esta noche está feliz de tenernos a todos con ella, de saber que mañana volverá a tenernos con ella, sentados a su mesa, disfrutando de su comida. Su sonrisa de hada que vela por nosotros le asoma por la comisura de los labios. Somos su mejor regalo de Navidad y eso hace que me sienta muy bien. No conozco sus oraciones ni sé qué rezará cuando estemos en la iglesia, pero sí sé que dará las gracias por este momento perfecto. Por la sonrisa de mi padre, por las mejillas sonrosadas del abuelo, por el bebé de Lena. Y por su nuera ausente.

—Gracia, ¿en qué piensas? —Me sorprende la abuela.

—En nada, en que estamos todos juntos. En que falta mamá.

Me arrepiento de haber dicho eso en voz alta y miro con miedo a mi padre. Pero él me sonríe de nuevo y alarga la mano para coger la mía por encima de la mesa. Lena se pone a llorar y la abuela la abraza como puede.

—No falta, cariño —nos dice—. Mientras sigamos recordándola estará aquí siempre con nosotros.

El abuelo carraspea nervioso, desacostumbrado a encontrarse frases solemnes lejos de la Odisea o la Ilíada.

—Lena, hija, ¿cuándo vamos a ser uno más? ¿De verdad vas a hacernos esperar tanto? En la fábrica presumía de que este año tendría el mejor regalo navideño de todos: un Jesusito.

—¡Abuelo!

—Traian.

—Mamá, estaba pensando que quizás mañana no te importaría si invitase a Teresa a comer en casa —dice mi padre.

—Claro, Petre, no hay problema. También le he dicho a Cesare que venga, no me gusta nada que pase las fiestas tan solo.

—Pero que no se traiga a esa mula nueva que tiene, por favor —se queja Lena.

—Yo he invitado al capitán Denninson.

—¿Abuelo! —Me sobresalto—. ¿Por qué?

—Porque también está solo y es Navidad.

—Oh, venga ya. No está solo. Tiene un montón de amiguitos soldados y seguro que prefiere celebrar el día de acción de gracias o algo así.

—No podemos invitar a todos los soldados —se queja otra vez Lena—. Estaremos muy apretados y yo necesito espacio. Mucho espacio.

—¿Crees que necesitaremos un espacio extra? ¿Para Jesusito?

—*Bună*, dile que no puede traerse al capitán Denninson —insisto.

—A mí me parece bien. No sé por qué te pones así, Emil me dijo que os vio pasear por la plaza de la Biserică muy amistosamente.

—Ese chismoso.

—El capitán Denninson es amigo mío —interviene el abuelo contento con la polémica—. Y vendrá a comer mañana a casa y a celebrar el día de acción de gracias con nosotros.

—Navidad, abuelo.

—Paparruchas.

—¿Por qué lloras, Lena?

—Es que no quiero que llaméis al bebé Jesusito.

La abuela nos deja discutir un rato más, encantada por el bullicio de nuestras voces al otro lado del cristal de una cafetería de Cluj. Se levanta, paga la cuenta y nos mete prisa con los abrigos —alguien tiene que ayudar a Lena a ponerse el suyo— y las bufandas, porque ya va siendo hora de entrar en la iglesia. No entiendo cómo he podido vivir todos estos años tan sola, tan ciega, tan muda, en Londres.

La iglesia romana de Cluj es una hermosa construcción del siglo XVII, ajena a ningún orden arquitectónico conocido pero siempre fiel al encanto bucurestino de los tejados de pizarra y a las elegantes torres que desafiaron al imperio otomano de todos los tiempos. Hace años que no vengo, pero sé qué busca la memoria impresionable de mi retina. En la fachada, un enorme ángel terrible, de mármol blanco veteado, con la espada desenvainada, mata al dragón. Es el arcángel Miguel. Y esta noche se parece extrañamente al capitán Cole Denninson de la tercera división de los marines de los Estados Unidos.

Los abuelos entran cogidos del brazo, erguidos, casi sonrientes, con el recuerdo compartido de la primera vez que recorrieron ese mismo pasillo como marido y mujer. La abuela tiene porte de emperatriz y el abuelo parece haber rejuvenecido desde que los helicópteros americanos aplastaron parte de la cosecha de heno de Cesare una noche sin luna.

Me siento entre Lena y papá, lejos de los abuelos, en los últimos bancos de la iglesia casi llena. Parecemos refugiados a medio camino de una huida que nos ha desubicado. Como si fuéramos a salir corriendo por la puerta más cercana en cuanto el órgano empiece su lastimero himno de apertura. Lena me coge de la mano.

—¿Qué vas a pedir por Navidad? —me susurra sin dejar de admirar las columnas de piedra y los hermosos arcos ojivales de las naves laterales y el altar. La luz artificial que entra por las ojivas la hacen parecer menos pálida.

—Paz en el mundo.

A Lena se le escapa la risa y papá nos fulmina con la mirada.

—¿Te acuerdas de cuándo éramos pequeñas y yo siempre decía eso? Me parecía el colmo de

la sofisticación porque lo había visto en una peli de Disney.

—El abuelo siempre decía que eso era como desear que el ser humano no fuese humano sino extraterrestre.

—Y entonces sacaba un libraco rojo de su biblioteca

—*La guerra del Peloponeso*, de Tucídides. Todavía tiene todos los tomos, los he visto.

—Y nos leía un fragmento.

—Yo pensaba que lo hacía para que nos entrara sueño y nos fuéramos de una vez a dormir.

Lena vuelve a reírse y apoya su cabeza sobre mi hombro. Huele a vainilla y caramelo, a la esencia de jazmín del perfume que mi abuela nos ha prestado esta noche.

—Chicas, por favor —nos riñe mi padre.

—*Tătic* —contraataco—. ¿Estás saliendo con Teresa?

Le he pillado a traición, lo sé. La iglesia me parece territorio neutral pero el abuelo me ha enseñado bien a jugar la carta de la sorpresa.

Lena levanta la cabeza de mi hombro y espera atenta la respuesta. Nuestro padre enrojece y se toca el cuello del abrigo, como si de pronto hubiese subido diez grados la temperatura. Una nubecilla blanquecina se forma delante de su boca cuando suelta el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

—¡No! —Consigue decirnos en voz demasiado alta. Dos señoras con las cabezas cubiertas con pañuelos negros se giran indignadas desde el banco de delante—. ¿Por qué dices eso?

—¡Shhhhhhhh! —Nos riñen las señoras.

Lena se levanta torpemente, me pisa, me aplasta, y consigue sentarse al otro lado para abrazar a papá.

—No pasa nada, *tătic* —le dice sonriente—. Está bien, nos alegramos mucho por ti.

—Y por Teresa —añado divertida.

—Gracias... Creo —añade algo confuso—. Pero no salgo con Teresa. En serio. No sé de dónde habéis sacado esa idea. Si he hecho algo que pudiera...

—Pues, ¿cuál es el secreto? —le susurro.

—¿Qué secreto?

—Gracia cree que pareces misterioso. Como si te hubieses comido al canario o algo así.

Las señoras enfurruñadas vuelven a girarse para fulminarnos con sus miradas sancionadoras. Lena les saca la lengua en cuanto sus cabezas de medusa empañueladas nos muestran su lado más amable.

—Ya hablaremos —sentencia papá.

La liturgia acaba de empezar y todos los feligreses se ponen en pie a nuestro alrededor. Algunos nos miran molestos por nuestros indiscretos murmullos. Me quedo un rato más, cogida firmemente de la mano de papá, pensando en que los querubines de la bóveda sobre nuestras cabezas se parecen un poco a Nicolai. Cuando me vence la inquietud, salgo sin hacer ruido de la iglesia.

El frío de la noche por fin ha recluido a todos los paseantes nocturnos en sus casas. Las calles de Cluj están vacías, salpicadas por las luces de la decoración navideña. Pero el aire no huele a humo de leña, ni a heno recién cortado. No hay policías en bicicleta, ni la mirada escrutadora a la vuelta de la esquina de un farmacéutico cotilla. Desde aquí no puedo oír el aullido de los lobos, ni el borboteo de un canal de la antigua Dacia transportando las aguas de un afluente del Danubio.

Siento la mirada del arcángel Miguel sobre mi cabeza. Protectora, la oscuridad terrible de la sombra del capitán de los ejércitos celestiales me pide una rendición incondicional que todavía no estoy dispuesta a concederle.

X

Feliz Navidad, conciudadanos. Georghe Antonescu desde Radio Mic-N II retransmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Apenas un saludo para compartir con todos vosotros este día. Anoche pudo verse a un tipo gordo, vestido de rojo y con barba blanca, surcar los cielos de Mic-Napoca a bordo de un trineo tirado por ciervos voladores. Espero que todos tuvierais las chimeneas apagadas. ¿Qué se habrán encontrado hoy los soldados norteamericanos en los calcetines?

Existe una ley no escrita que no prescribe nunca en ningún lugar: no hay nada más hermoso que una mañana de Navidad. No importa si afuera llueve o está oscuro o caen cenizas o un tifón está a punto de arrasarlo todo. No importa que este año no haya nevado todavía, ni que nos falten algunas personas a las que amamos.

He convencido a Natasha de que venga a casa con Nicolai para abrir los regalos. Están todos bajo nuestro ancestral árbol de adornos viejísimos y parpadeantes, y me puede la impaciencia. La abuela ha subido a despertar a Lena, papá y el abuelo comparten secciones distintas del mismo periódico de ayer, y Nicolai y yo damos saltitos sobre las puntas de nuestros pies. Nuestros vasos de leche con galletas mordisqueadas se han quedado olvidados en la cocina, pero estamos vestidos, peinados, guapísimos. Nicolai huele a champú infantil y a contagiosa alegría. Sus padres llegarán esta noche, pero hace tiempo que encargaron a Santa Claus los regalos de su único hijo. Me pregunto si serán conscientes de que se están perdiendo lo mejor de este niño rubio como las espigas en verano, que es capaz de anclarte a la tierra con una sola mano de deditos tenaces y llenarte los sueños de vacas amarillas.

Por fin aparece Lena, enorme, somnolienta, envuelta en una bata azul, y baja las escaleras lentísima. Nicolai y yo nos cogemos de la mano mientras la miramos. Creo que tenemos ganas de correr a tirar de ella para hacerla avanzar más rápido, pero somos disciplinados.

—Traian, Petre —llama la abuela—. Vamos a empezar.

Los hombres se acercan aparentando una indiferencia que sé que no sienten.

—¡Primero el señor Bratianu! —Estalla Cesare, que se ha colado desde muy temprano en nuestra casa vestido con su mejor traje, el de los entierros, y con el pelo repeinado en una raya en medio.

—Primero Nicolai —sonríe mi abuelo. Me guiña un ojo y sé que todavía recuerda las primeras Navidades de sus nietas, cuando el comedor estaba siempre repleto de risas y gritos. Ahora apenas queda el eco de añoranza de esas mismas paredes.

—Ven, Gracia, ven conmigo —me dice bajito el niño rubio que tira con sorprendente fuerza de mi mano.

Me arrodillo junto a él y le ayudo con los regalos. Pero apenas veo a través de las lágrimas.

La abuela orquesta el coro de ahs y ohs de admiración y sorpresa, y empieza a repartir el resto de paquetes entre los demás. Nicolai grita extasiado con sus camiones, sus coches, sus libros de cuentos y sus lápices de colores. Todo está lleno de color, de ruido de papel rasgado, de caras sonrientes y de emoción. Lena abre un montón de paquetes llenos de cosas diminutas y suaves para el bebé. Hace pucheros, se ríe, se abraza a la abuela y nos besa tantas veces que nos duelen las mejillas. Cuando veo su cara, roja, redonda, sus ojos húmedos tan llenos de luz, sé que no quiero estar en ningún otro sitio.

El abuelo estrena su nueva pipa con un tabaco especiado y aromático que perfuma el salón en un instante. Papá tiene un montón de jerséis nuevos colgados de un brazo mientras ojea interesado la colección de clásicos que le hemos regalado al abuelo. Nicolai juega en un mundo distinto, donde las carreteras cruzan los suelos de madera y las barreras están hechas de mazapán. Cesare se ha probado su abrigo nuevo, orgulloso por el regalo, algo intimidado por los piropos de la abuela.

Espero a que todos estén distraídos y subo las escaleras hacia mi habitación cargada con los tesoros que me han regalado esta mañana. Un vestido de lana gris, leotardos, zapatos y sombrero de parte de los abuelos, *para que te vayas aclimatando a este invierno, querida, que esto no es Londres*. Un colgante delicadísimo, casi tejido en oro, con un único diamante pequeñito y una sonrisa tímida, *para mi hija mayor*. Un conjunto hermosísimo de tetera, tazas y surtido de té, *para que no eches de menos a los ingleses*. La huella pringosa de una manita infantil en mis palmas, el calor de la chimenea, el olor a tabaco de pipa, la risa brusca de Cesare, voces queridas pronunciando mi nombre.

—Gracia —la abuela golpea suavemente la puerta—. Tendrías que ir a buscar a Teresa y al capitán.

—Claro, enseguida bajo.

Se sienta en la cama, a mi lado y me pasa un brazo por la espalda. Entierro la cara en la cálida línea de su cuello.

—¿Tan malo ha sido? —me pregunta mientras me acaricia el pelo.

—Pues no. Creía que tenía una buena vida, me gustaba mi trabajo, salía con los amigos, iba al cine y al teatro, planificaba fines de semana en Escocia. Ha sido ahora, *bunã*, al volver aquí, al estar de nuevo con vosotros. Al caminar con Nicolai por las calles del pueblo, al saludar al *primar* Vernia y comprar en la tienda del señor Visi y escuchar el cacareo de todas las señoras ¿Cómo he podido pensar que estaba viva lejos de Mic-Napoca, lejos de vosotros?

—Sé que estas cosas sueles hablarlas con tu abuelo...

—No pasa nada, *bunã*, me gusta hablar contigo.

—Aunque pienses que yo no te entiendo como él, Petre y yo también te hemos echado mucho de menos. Y cuando te he visto abajo, con Nicolai, con Lena, creo que empiezo a comprender alguna de las razones por las que quieres quedarte aquí.

Pero sé que no acaba de entenderlo, que le resulta difícil convencerse de que no estoy equivocada al renunciar a mi vida de Londres, a mi trabajo, a mi vocación.

—Gracias, *bună* —le digo de todas formas. Porque de verdad aprecio su sincero esfuerzo.

—Pues ahora abrígate bien y no vuelvas sin nuestros invitados. Georghe ha dicho por la emisora que hoy es el día más frío del año.

Solo conozco un refrán oriundo de Mic-Napoca: Si lo dice Georghe, entonces es cierto. Así que me sacudo la tristeza, sigo los consejos de mi abuela y me envuelvo en capas de ropa hasta que solo pueden vérseme los ojos, evito tropezar con nadie en el salón —tarea sencilla porque todos siguen concentradísimos en sus respectivos botines navideños— y salgo a la calle. Me dirijo primero al *Sinaloa* pero Teresa sale a mi encuentro antes de llegar a la plaza de la Biserică.

—¡Feliz Navidad, cariño! —Me saluda feliz.

Lleva dos botellas de lo que espero que sea vino o *champagne*, una en cada mano, e intenta infructuosamente encontrar algún pedacito de piel descubierta en mi cara para darme un par de besos. Finalmente desiste y se conforma con hacerle carantoñas a mi bufanda.

—¿Llego tarde? —Se preocupa—. Siento que hayas tenido que salir a buscarme con este frío.

—No, no pasa nada, no llegas tarde. Es que mi abuela no quiere tenernos merodeando por la cocina y nos encomienda misiones. Ve, serás más que bienvenida. Yo tengo que acercarme al campamento de los americanos a buscar al capitán Denninson.

Teresa sonrío divertida ante lo que espero que sea mi mejor mirada de fastidio. Es difícil que los demás se percaten de que pones cara de mártir cuando estás tapada por bufanda, orejeras y gorro.

—Creo que es un buen hombre —me confiesa a media voz, como si Emil Cordenú pudiese estar escuchándonos escondido tras los setos de la calle principal—. Se comió el cruasán y disfrutó con la nata del café. Dale un respiro.

Quiero hacerme la interesante y preguntarle de quién está hablando pero Teresa pronuncia su última misteriosa petición y sale corriendo camino de la casa de mis abuelos.

—¡Te veo ahora! —grita agitando las botellas y sin mirar atrás.

Desde la noche en la que los helicópteros aterrizaron en las tierras sembradas de Cesare y vomitaron a un montón de marines armados y peligrosos no he vuelto a acercarme por la zona. Por eso me sorprende encontrarme ante lo que debe ser un campamento militar americano del siglo XXI. Las tiendas son enormes y de un material extraño, tan consistente y firme que ni siquiera se mueve al ritmo del viento frío que ha empezado a soplar esta mañana. Una alambrada rodea todo el perímetro y cuatro torres bastante altas marcan los puntos cardinales de su reserva. Pienso en los campamentos romanos de los cómics de Asterix e intento imaginarme a Cesare con un menhir a cuestas y una mula pequeñita siguiéndole a todas partes.

—¡Capitán! Tiene visita —grita uno de los soldados desde el otro lado de la alambrada.

Los centinelas de las torres están armados pero parecen indiferentes a mi presencia. Me entristece no suponer ninguna amenaza.

Cole Denninson aparece desde detrás de una de las tiendas y me saluda levantando una mano enguantada. No va vestido con uniforme y, sin embargo, me parece todavía más amenazador que la noche en la que se me acercó con una pistola en la mano y la oscuridad de su lado. Cuando se acerca, con media sonrisa en los labios y la mirada azul sujetándome a la tierra —como si pudiera irme a ningún sitio—, se me aflojan las rodillas. Ángel vengador, hueste de la destrucción,

terriblemente hermoso, cincelado en el mármol más duro y áspero de la tierra.

—He venido a buscarte.

No sé por qué digo eso. Suena trascendente, cargado de significado.

—Espera un minuto, por favor. Enseguida salgo.

Como si pudiera moverme, como si pudiera irme a ningún sitio.

En el campamento se respira un aire alegre, festivo. Algunos soldados salen y entran de las tiendas. Ríen y conversan, se paran a saludarme, me desean feliz Navidad y me miran curiosos. De la cantina salen voces y canciones, y olores que me recuerdan que empiezo a tener hambre. Echo de menos las galletas olvidadas en la cocina de la abuela. Y el vaso de leche. Y también las galletas de Nicolai. No quiero estar allí de pie, delante del campamento romano. Quiero volver a casa, donde el único destacamento militar en este rincón de lo que una vez fue la Dacia son los ejércitos del emperador Trajano en los libros polvorientos de mi abuelo.

El capitán Denninson aparece a mi izquierda con una botella de *whisky* y separa una sección de alambrada que vuelve a colocar después de traspasarla. Se acerca y me ofrece el brazo. Paso mi mano obediente por el brazo ofrecido y echamos a andar. Sí, todavía puedo andar. Qué alivio.

—Desde Bucarest nos han enviado un montón de comida para el banquete navideño.

—Ha sido un bonito detalle.

—No creas, los chicos hubiesen preferido un buen cocinero.

—Debe ser duro pasar las Navidades tan lejos de casa y de la familia.

—Estamos acostumbrados, y no siempre nos toca a nosotros. La administración suele ser bastante justa en este sentido y tienen muy en cuenta las solicitudes de traslado y permisos. Nadie quiere tener un montón de votantes enfadados porque su marido/hijo/padre/sobrino o lo que sea, pasa todas las Navidades en la otra punta del mundo o bajo fuego enemigo.

—¿Y a ti? —Me sorprende a mí misma preguntando—. ¿Quién va a echarme de menos en Geinte Heighs?

—Mis padres. El día de Navidad siempre lo pasamos en casa de mis padres. Tengo dos hermanas y un hermano, todos casados y con hijos pequeños. Entre tanta algarabía de nietos correteando y peleándose por la casa, tendrán menos tiempo para pensar en mí. Por suerte.

Cruzamos la plaza de la Biserică y Emil Cordeniu, que ya está cerrando la farmacia, se apresura a sonreírnos exageradamente y a felicitarnos las fiestas. Se le nota que tiene ganas de preguntar a dónde vamos y, solo porque es Navidad y me siento generosa, decido regalarle el sabroso cotilleo de que el capitán está invitado a comer en casa de mis abuelos. Le hago inmensamente feliz.

—He hablado esta mañana con mis padres —me dice mientras seguimos andando y dejamos atrás al alegre farmacéutico—. Parecían sinceramente agradecidos con tu familia, por invitarme a su casa el día de Navidad.

—¿Les has dicho dónde estás?

—No, ¿qué importa eso? Saben que no estoy en zona de conflicto activo y que una familia católica me ha invitado a comer con ellos el día de Navidad. Debe ser lo más parecido a lugar civilizado que puedan imaginar fuera de Geinte Heighs.

Hemos llegado. Mic-Napoca resulta desesperantemente pequeño cuando se pasea del brazo de un hombre terrible y oscuro con una botella de *whisky* y ganas de abrirte su corazón. El mismo hombre terrible y oscuro que ahora se inclina imperceptiblemente hacia mí para escudriñar mis

ojos esquivos. Levanta una mano enguantada y atrapa un mechón fugado de mi gorro de lana londinense. Sonríe. Se me olvida el frío. Y está a punto de decirme algo cuando la puerta ante la que nos hemos parado se abre de improviso y me sobresalta. Mi pelo huidizo, mi gorro y yo nos apartamos con rapidez del capitán Denninson.

—Ya era hora —nos gruñe Lena desde el umbral—. ¿Dónde has ido a buscarle, a Afganistán? Tengo hambre.

Me gustaría disculparme por el humor hormonal de mi hermana pero Cole parece distraído mientras me empuja levemente para que entre antes que él en la casa.

La comida navideña de mi abuela es espectacular, digna de entrar en el libro de las delicias culinarias de todos los tiempos de la familia Bratianu, los estómagos más exigentes de toda la región transilvana. Asado, cremoso puré de patata, ensalada con salsa vinagreta, albóndigas picantes, pan de ajo y cebolla, *mămăligă* —una especie de pan de polenta muy típico de la gastronomía de la región—, alitas de pollo, verduras rebozadas... Las fuentes llenas de comida pasan de unas manos a otras y el ruido de entrechocar platos y cubiertos suena de fondo de las conversaciones más animadas. La mayoría de la cocina tradicional de mi abuela es fácilmente reconocible por el capitán Denninson, que ha aprendido a dar las gracias y a decir *delicioso* en nuestro idioma para hacer feliz a mi abuela. El abuelo se dirige a él en ruso y el resto del tiempo procuro traducirle el sentido de la charla de los demás para que no se sienta excluido. Cole me lo agradece con un guiño cómplice y media sonrisa, parece muy a gusto pese a las enormes cantidades que empiezan a acumularse en su plato por culpa del entusiasmo de la cocinera.

Cesare come con moderación y brinda a menudo por todos y por cualquier cosa. Su nariz empieza a estar colorada y papá le pone agua en la copa de vino cuando no mira. Teresa se ha sentado frente a él y les sorprende hablando en clave y dándose pataditas de escolar bajo la mesa de vez en cuando. Lena parece concentrada en remover sin ganas el plato de verduras y asado de cordero que le ha servido la abuela. Me pregunto dónde se habrá metido el hambre canina que la embargaba hace unos momentos.

El abuelo está contento. Se le nota porque no deja de cortar rebanadas de pan y de asado, y de servir a todo el mundo con muecas espantosas y comentarios sobre el colesterol y los médicos. Papá y yo no le hacemos ni caso, hasta que llegan los postres, el café y el momento de las hazañas históricas de nuestro Ulises.

—Abuelo, cuéntanos que hacías en la resistencia —le anima una Lena resucitada por el bizcocho de chocolate de Teresa.

Cole me mira, interesado, parece haber reconocido la palabra.

—Mi abuelo ayudó a salir del país a algunos desafectos políticos del régimen de Ceacescu —le explico.

Mientras el abuelo explica una de sus aventuras y todos los demás le escuchan con atención, aprovecho para explicarle al capitán Denninson su pasado de activista político.

—Al principio de su mandato, el abuelo, como muchos de los empresarios y burgueses de la época, no lo vio con malos ojos. Incluso prestó su apoyo en algunas situaciones y se benefició de sus ventajas. Pero cuando algunos conocidos de la capital que eran contrarios al régimen empezaron a desaparecer o a perder sus posesiones o a ir a la cárcel por motivos dudosos, mi abuelo se fue a Bucarest a investigar. Cuando volvió lo hizo con varias personas a las que ayudó a salir del país. Disidentes ideológicos.

—Pero él se quedó.

—Mi abuelo nunca ha puesto un pie fuera de las fronteras de este país. Ni siquiera vino a verme a Londres, pese a que se lo pedí muchísimas veces. Me hubiese encantado enseñarle la ciudad. Hubiese disfrutado siguiéndole la pista a Winston Churchill, uno de sus personajes históricos preferidos.

—Me sorprende, un hombre tan culto, tan... de mundo. La mañana siguiente a mi llegada nos dio a todos una lección de diplomacia y logística que nos dejó de piedra. Y cuando digo a todos, incluyo a la delegación del gobierno y de las fuerzas armadas que vino desde Bucarest.

—Bueno, es que lee mucho —le sonrío.

—Es todo un personaje, un hombre sabio.

—En realidad es, o era, un hombre de acción. Estuvo en el ejército durante algunos años, pero no suele hablar sobre ello. Y, aunque ya era mayor por aquel entonces, no dudó en llegar hasta Timisoara para echar una mano en las revueltas de 1989.

—¿De dónde es usted, capitán Denninson? —Se interesa la abuela.

—Nací en un pequeño pueblo de Whashington, en Geinte Heights —Cole habla despacio, con pausas entre frase y frase para que pueda ir traduciendo lo que dice—. Tenemos un alcalde tejano que habla con tanto acento que los plenos municipales son un galimatías; hay una población de perros, gatos y mascotas casi más numerosa que la humana; en verano tenemos piscina, en invierno trineos de nieve, y durante todo el año una escuela y un instituto en donde cuando éramos pequeños nos conocíamos todos. Mis padres tenían una tienda de frutas y verduras, pero ahora están jubilados y se dedican al golf y a la jardinería.

—Es estupendo crecer en un sitio así, ¿verdad? —Le sonrío Teresa.

—Sí, es cierto. Creo que pasé más tiempo de mi infancia en el pequeño parque que había frente a la tienda de mis padres, jugando con mis amigos, que no en casa o en la escuela. Era un pueblo modesto, pobre en cierto sentido, pero perfecto para los niños. Recuerdo que a la hora de la merienda extendíamos una hoja de papel de periódico, o un pañuelo, o lo que tuviéramos más a mano, y poníamos allí todo nuestro botín: bocadillos, barras de chocolate, caramelos, galletas, lo que fuese. Todo se partía en dos trozos y cada uno de nosotros elegía por riguroso turno qué pedazo se iba a comer. El resto, se sorteaba. A veces, mi padre contribuía con una manzana o una naranja, era todo un festín. Corría la década de los años setenta y la recesión económica hizo hincapié en algunas zonas rurales, creo que alguno de esos niños nunca llevaba nada para merendar porque en casa apenas tenían para una comida diaria. Me gustaba pensar que con ese método de repartición del tesoro todos podíamos disfrutar de alguna golosina de vez en cuando.

—En las comunidades pequeñas es más fácil echar una mano a quién lo necesita —reflexiona el abuelo en voz alta.

—Gracia y yo también solíamos jugar mucho en la calle cuando éramos pequeñas. Nos gustaba salir de excursión al bosque en busca de castañas o de setas o de lo que tocara según la época del año —apunta Lena—. Los niños ya no pueden jugar en las calles de las grandes ciudades, no es seguro.

—Ni siquiera es bueno para sus pulmones —interviene papá.

—Eso no ocurrirá aquí.

—¿Por qué? ¿Porque pronto no habrá niños o porque nos alcanzará la globalización planetaria?

—Ya estamos globalizados, ¿qué otro lugar del mundo tiene su propio destacamento de marines a su disposición a las afueras del pueblo?

Se ha hecho tarde. Cesare dormita en el sofá, mientras mi padre, Teresa y el abuelo siguen hablando, cada vez con menos entusiasmo, ante diminutas copichuelas de *visinatã*. La abuela y Lena hace tiempo que se han ido a la cocina a limpiar y recoger los restos de la batalla campal navideña. La orquesta de Glenn Miller suena bajito en el reproductor de música de la abuela. Es *Serenata a la luz de la luna*.

El capitán Demninson parece cansado. Le he arrastrado junto a la chimenea y estamos sentados en el suelo, entre cojines, con un vaso de *whisky* en las manos y la intimidad que proporciona el tener un idioma propio solo para los dos. Le he hablado de mi infancia en el pueblo, de la vida en Londres. Tenemos la sensación de conocernos desde hace mucho, como si esta noche nos hubiésemos empeñado en explicarnos tanto. Glenn Miller crea la ilusión de una despedida o de un reencuentro; un valiente soldado americano destinado a Europa en los años cuarenta y la chica de la película.

Apartados de la mesa, de la luz, en esta penumbra el resplandor del fuego dibuja sombras inquietantes en la cara del hombre temible que aterrizó una noche en los campos de heno de Cesare para volverme las tripas del revés cada vez que tropiezo con sus manos o se nos enredan las miradas.

—Hace poco, mi abuela me contó que cuando los hombres cansados se reunían alrededor del fuego se contaban un cuento, una *noctalia*, para darse consuelo y esperanza.

—*Noctalia* —dice mientras mueve despacio el líquido ambarino de su vaso.

—Hacen falta tres condiciones indispensables para que el cuento se convierta en *noctalia*: que sea de noche, que haga frío y que todos alrededor del fuego estén cansados.

—Entonces no puedo librarme —me sonrío—. Hubo una vez dos exiliados que se encontraron en Mic-Napoca. Venían de lugares distintos pero habían regresado por los mismos motivos.

Le miro sorprendida. Me quita el vaso de las manos, deja el suyo justo al lado, y se acerca peligrosamente a mí. Siento su aliento cálido en la mejilla cuando inclina la cabeza hasta casi rozarme. Ninguna parte de mí se atreve a tocarle pero tampoco podría separarme ni un solo milímetro de este cuerpo enorme y sombrío.

—La primera vez que te vi, en medio del caos de los reflectores y del viento de los helicópteros, pensé que eras lo más hermoso que había visto nunca.

Siento su respiración serena, su calor, su mejilla casi rozando la mía. No puedo moverme, no ahora.

—Sé por qué has vuelto —susurra. Su voz arrastra cierta ronquera, un tono profundo e inquietante.

—¿Por qué?

—Por el cansancio y la soberbia. Lo sé porque yo también lo siento.

Me separo de él unos centímetros para poder mirarle a los ojos. El azul es tan oscuro que casi parece negro.

—¿Te sorprende que seamos tan parecidos?

—No somos parecidos —me indigno—. Somos opuestos. Yo juré preservar la vida y tú destruirla. Quiero decir que...

—¿Qué?

—Qué seguro que has matado.

—Entonces es eso. Eso es lo que te da miedo de mí.

Parece aliviado, incluso podría escapársele media sonrisa sino fuese porque el capitán Denninson nunca sonríe. Ni siquiera estando fuera de servicio.

—Sí, soy el monstruo que crees que soy —me dice tranquilo—. Responsable de la muerte de algunas personas, aunque mi país lo llama «daños colaterales» o «evitar un mal mayor». No he empuñado personalmente el arma que ha puesto fin a la vida de alguien, pero sí he sido responsable de que ocurriera.

Termina de un largo trago su *whisky* y vuelve a dejarlo en el suelo, junto al fuego.

—Sí, Grace —mi nombre en sus labios, en su voz, me tranquiliza—, tengo las manos manchadas de sangre. Como tú en el quirófano, aunque sea por distinto motivo. Pero no somos tan diferentes, porque los dos, en un momento preciso, hemos tenido el poder de decisión sobre la vida o la muerte, hemos tenido ese poder. El poder de dar, de cambiar, de mejorar la vida de muchas personas. Y eso te hace soberbio. Y también responsable, de una manera tan intensa que nos desgasta en poco tiempo.

—La soberbia y el cansancio.

—Sí —toma una de mis manos y desliza su pulgar por la cara anterior de la muñeca dibujando lentamente círculos pequeños. Las pulsaciones por minuto se me disparan y tengo que hacer un esfuerzo enorme por no levantarme y salir de allí corriendo—. Por eso estamos aquí. Por eso me licencio en unos meses, por eso has vuelto a Mic-Napoca. Porque en la consulta de tu padre ninguna decisión volverá a ser de ese calibre.

—Puede ser —me tiembla la voz—. Pero también he vuelto porque estaba harta de sentirme siempre tan sola. Pese a los amigos, pese a la ciudad, pese a los pacientes. Me gusta sentirme en casa, estar con los abuelos, con papá, con Lena. Me gusta pasear por estas calles que tan bien conozco y tropezarme con Gregor en bicicleta o con las preguntas insidiosas de Emil Cordenu. Me gusta conocer el nombre de todos los que me encuentro en el mercado, conocer su historia. Hasta el día en el que volví no me di cuenta de lo mucho que echaba de menos la piedra de estas calles y casas, el olor de leña de las chimeneas, el aullido de los lobos las noches de invierno, la canción de Nicolai. ¿De qué sirve ser la mejor cirujana de Londres si te has vuelto invisible?

—Lo comprendo.

Apenas dos palabras. Pero encierran todo un mundo. Dos palabras que dicen tanto.

—Lo comprendo —dice—. Te comprendo.

Así de sencillo. Así es la magia a orillas del Danubio. Ese es el sentido de cualquier *noctalia*. Me pondría a llorar de puro alivio, pero apenas puedo respirar mientras Cole siga acariciando la piel, súbitamente hipersensible, de la palma de mi mano, de mi muñeca. Como si pudiese leer los pensamientos —quizás sea otra más de sus habilidades— suelta mi mano y se endereza, apartándose de mí. Me recorre un escalofrío.

—Voy a acompañar a Teresa a casa —nos dice mi padre mientras se pone el abrigo.

Me levanto para despedirme de los invitados y de Lena, que se quiere ir a dormir. Y acompaño a papá y a Teresa hasta la puerta. Siento como si el tiempo, que se había parado junto a la chimenea, se haya puesto otra vez en marcha.

Y cuando me vuelvo, aturdida, ya no queda nadie en la sala, excepto Cesare, a quien alguien ha tapado misericordiosamente con una manta y ronca feliz en el sofá. Podría enfadarme porque

todos se han ido sigilosamente, sin despedirse, dejándome sola a propósito con quien bien podría haber sido, con quién seguramente es, un ángel de la destrucción. Como si todos, incluido el silencio culpable de Glenn Miller, fueran cómplices de una trama para entregarme a los oscuros designios del capitán Denninson y su espada vengadora.

—Nos hemos ido a dormir, cariño —me susurra la abuela desde el descansillo de las escaleras—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, abuela.

—Feliz Navidad, señora Bratianu. Gracias por la cena —acierta a decir el capitán Denninson en nuestro idioma mientras se levanta con desgana—. Ya me voy.

—Me alegro de que haya disfrutado, capitán —mi abuelo aparece por la puerta de la cocina y le tiende la mano a Cole—. Espero verle mañana, antes de que salgan hacia Bucarest.

—No creo que sea posible, señor. Salimos al amanecer.

—¿Te vas? —pregunto como la niña desamparada que ahora mismo debo parecer.

—El capitán Denninson y sus hombres tienen que hacer una primera inspección sobre el terreno de los arsenales y tropas de reserva de la capital. No les llevará más que un par de días —explica mi abuelo.

—Se suponía que eso era información reservada —se queja Cole.

—Es información reservada —el abuelo nos guiña un ojo y empieza a subir las escaleras hacia su habitación—. Feliz Navidad. Nos vemos en un par de días, capitán.

—Abuelo —protesto débilmente. Pero ya me ha dado la espalda y está subiendo las escaleras camino de su dormitorio mientras agita una mano a sus espaldas a saber con qué mensaje.

—Bien —dice Cole mientras recoge su pesada parca del perchero de la entrada y se prepara para salir a la noche invernal—. Entonces, hasta dentro de un par de días. Si lo dice el gobernador, habrá que atenerse a sus planes.

Abre la puerta y se detiene. El aullido de un lobo solitario nos llega nítido a través de la noche. Al poco, su manada le contesta algo más lejos. El capitán Denninson escucha con atención, se vuelve y retrocede hasta donde estoy. Con rapidez, como si temiese que alguien fuese a impedirselo, llega hasta mí y hunde las manos en mi pelo. Me mira una vez más, sin soltarme, y me besa.

—Feliz Navidad, Grace —dice antes de volver a besarme.

Cuando abro los ojos, me he quedado sola frente a una puerta cerrada y tengo tanto frío que tardo en darme cuenta de que sigo dentro de la casa.

—Gracia, cariño —me sobresalta la abuela desde lo alto de la escalera—. Creo que deberíamos esperar a tu padre en la consulta. Lena se ha puesto de parto.

XI

Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Esta tarde se mantienen las temperaturas y no se esperan precipitaciones en los próximos días. El primar Vernia ruega a los ganaderos que se pasen cuánto antes por la Casa del Primar para completar el censo de terneros y lechones. La señora Prudence Oviescu dice que toda ofrenda de flores a la imagen de la virgen de la montaña que ha puesto en su balcón debe ser previamente consultada con su propietaria, es decir ella misma, la señora Oviescu. Por supuesto, un cariñoso saludo a la familia Bratianu: le deseamos lo mejor a su nuevo miembro, que lleva el insigne nombre de su gran bisabuelo, Traian Bratianu. Ah, y si alguien encuentra un botón verde oscuro, le ruego que pase por emisora a traérmelo. Mi madre me echará de casa si vuelvo con la chaqueta...

Traian Petre Bratianu pesa tres kilos cuatrocientos gramos y ha nacido a las diez y siete minutos del 26 de diciembre de 2004. Es, sencillamente y a falta de un término médico o anatómico que lo describa con precisión, perfecto. Larguirucho, arrugadito y casi calvo. Nos mira con los ojos abiertos de par en par, como si pudiera vernos y le sorprendiese encontrarnos aquí.

El parto de Lena finalmente derivó en una cesárea. El bebé estaba atascado, no avanzaba por el canal y ni mi padre ni yo, a falta de equipo para monitorizarle, quisimos esperar más. Ha sido la primera vez que he compartido quirófano con mi padre y ha estado bien. Carola vino a echarnos una mano en cuanto amaneció y los abuelos, sorprendentemente obedientes, se quedaron esperando en los sillones desparejados de la consulta. Mi padre se convirtió en anestesista y me cedió el bisturí con un gesto seguro y confiado, aunque sé que tenía el móvil en el bolsillo y que había puesto en marcación rápida el número de un obstetra de Cluj y el de las ambulancias de urgencias. No importa cuánto confíe en mí como profesional, al fin y al cabo no es más que un padre velando por su hija más pequeña. Fue un pacto silencioso en el que nos repartimos a madre e hijo: el bebé para papá, la mamá para mí. Lena no dejó de sonreírnos durante todo el tiempo, pese al dolor y al cansancio de las últimas horas.

Hemos trasladado a Lena y al pequeño a casa en cuanto lo hemos creído conveniente y pasamos todo el día en un duermevela excitado y novedoso en el que nos olvidamos de comer al

mediodía. Apenas he descansado, me encuentro extraña, entro un millón de veces en la habitación de Lena para ver a mi sobrino y termino enredada en mi chal favorito, el granate de grandes flores entrelazadas, dormitando a ratos en el sofá, con la televisión encendida y papá roncando a mi lado.

Un día después del nacimiento, los abuelos, que se han convertido en bisabuelos, todavía parecen a punto de estallar de orgullo y felicidad. No dejan de revolotear alrededor de Lena y del pequeño. El abuelo ha ido a la fábrica a repartir puros y botellas de vino entre sus empleados y amigos. Cuando le preguntan por el nombre del bebé intenta contestar como si le fuera indiferente, pero sé que Lena le ha emocionado hasta las lágrimas cuando ayer cogió por vez primera a su hijo en brazos y dijo.

—Te llamarás Traian. Traian Petre Bratianu.

No voy a preguntarle por el apellido de Iván, supongo que no querrá ponérselo, ni por si va a llamarle para decirle que ha nacido su hijo. Ahora que les veo juntos, algo más descansados, creo que viven en una dimensión paralela en donde nada puede tocarles. Madre e hijo, no cabe nada más.

Lena es buena paciente y se recupera con facilidad. Esta mañana ha soportado mi chequeo sin quejarse y en un par de días le quitaré las grapas de la cesárea. Papá ha hecho los deberes con el pequeño Traian. Ha conseguido arrancarle la promesa a Lena de ir hasta Cluj la semana que viene a hacer los trámites precisos del nacimiento y buscar pediatra.

Por la tarde, la casa se ha llenado de *mic-napoquenses* que quieren ver al recién nacido y felicitar a la familia. Lena se ha instalado en el butacón del abuelo, con reposapiés incluido. La abuela sirve café, té, chocolates, pastas, bocadillos, sonrisas y palabras amables para todos. El retoño de los Bratianu duerme ajeno a las exclamaciones de las señoras. Y yo me siento fuera de lugar, como en una escena de adoración de los pastores.

—¡Pero qué preciosidad!

—Se parece al bisabuelo, es que son idénticos.

—¿Pero qué dices mujer? Se parece a su madre.

—No lo cojas demasiado en brazos, que después se acostumbra.

—Y no le pongas chupete, que se le deformará el paladar.

—Le das el pecho, por supuesto.

—Pues yo le veo más parecido a su abuelo.

—Uy, qué delgado, el pobre.

—Ponle chupete, mujer, que está llorando.

—A ver si coge peso rápido. Lo mejor son los biberones.

—Verás que poco vas a dormir a partir de ahora.

—¿Cómo puedes aguantar todo esto? —le pregunto a mi hermana.

—Shhhhh —me riñe—. Que te oyen.

—No pueden oírme, están demasiado ocupadas escuchando sus propios consejos. Pero mira a esa señora, juraría que no ha tenido hijos en su vida ¿por qué sabe tanto sobre bebés? ¿Y mira a la señora Anna, no tiene cien años? ¿Cómo puede acordarse siquiera de su último parto? Si ha pasado más de medio siglo...

—Abuela —se queja Lena.

La abuela se acerca en rescate de mi hermana. Me coge del brazo y me lleva hasta el otro

extremo del comedor.

—¿No tienes que pasar consulta a las cinco?

—No.

Estoy malhumorada y somnolienta. Me escuecen los ojos, tengo el estómago resentido por los cafés a deshora y el insomnio. Quizás ni siquiera Teresa pueda remediarlo. Intranquila, desubicada, el pensamiento me traiciona con el deseo de volver a ver a Cole. Pero Cole no está, todavía no ha vuelto. Recuerdo sus palabras solemnes y extrañamente certeras junto a la chimenea, la noche de Navidad. Reconozco el tacto de sus manos en la memoria de mi piel porque me falla la disciplina para reprimir tanto desorden. Que el fantasma de Cole me persiga despierta contribuye a mi malhumor. Me siento débil y mezquina, espantosamente vulnerable.

Veo a Nicolai al otro lado del ventanal. Se acerca y aplasta la nariz y las manitas contra el cristal. Es el truco más viejo del mundo pero consigue hacerme sonreír. La abuela se gira para ver qué estoy mirando y le hace gestos a Nicolai para que entre en casa.

—Me dan dolor de cabeza —me quejo.

—¿Por qué no te acercas a la farmacia a comprar algunas cosas para el pequeño Traian?

—Emil me hará un montón de preguntas.

—Pues se las respondes —se impacienta—. Toma, aquí tienes la lista y si se te ocurre algo más en lo que no hayamos pensado, tú misma. Dile a Nicolai que te acompañe.

Cruzo la habitación y le abro el ventanal al duendecillo rubio. Hace frío, pero todos están demasiado ocupados comiendo y con la charla de eminentes pediatras como para darse cuenta de que estoy sabotando la calefacción del interior.

—¿Ha nacido el bebé? —me pregunta Nicolai.

—Sí, ¿quieres pasar a verlo?

Mi vecino mira con preocupación a las señoras cacareantes y da un paso atrás.

—No —me dice. Niño sabio.

—Otro día te lo presento.

—¿Cómo es?

—Arrugado y calvo. Es guapo. No tanto como tú, claro. Oye, ¿me acompañas a la farmacia?

Nicolai mira sus coches abandonados en la terraza de su abuela y duda.

—Luego podemos acercarnos a ver a Teresa, seguro que nos da de merendar.

—Vale.

—Me pongo el abrigo y te acompaño a casa para avisar a tu abuela.

Natasha está encantada de que me lleve a su nieto un rato.

—Así podré pasarme un momento a ver al pequeño —me dice—. Seguro que ahora no hay mucha gente.

Ayudo a Nicolai con su abrigo, sus guantes de soles color ámbar y su bufanda, y prefiero no desengañar a la buena de Natasha. Nicolai me consuela con su olor a champú infantil y silencios compartidos.

Camino de la plaza de la Biserică, un niño rubio como un campo de espigas en verano y una ninfa desorientada comparten una canción sobre una vaca amarilla. Estoy segura de que cielo protector y gris de Mic-Napoca se alegra de vernos juntos.

Emil Cordenu está atendiendo a la señora Ionela pero nos ofrece una sonrisa espantosa cuando nos ve entrar. Ionela Volteanu nos felicita por el nacimiento del pequeño Traian y nos asegura que

va camino de casa de mis abuelos para conocerle aunque primero tenía que pasar por la farmacia, su reuma, y su estómago, ya se sabe. Calza zapatillas de piel cordero, una bata zarrapastrosa le cuelga por debajo del abrigo y su enorme moño parece un pajar caótico en el que una docena de ratones hayan anidado durante el otoño. Pero aún así, pasará por la casa de mis abuelos, es inevitable. Cordeniu le pone sus medicamentos en una bolsa de papel reciclado —en Mic-Napoca también se preocupan por la sostenibilidad del planeta, aunque este ignore sus desvelos desterrándonos de los mapas— y la despacha diligente. En el fondo sé que debo agradecerle que me evite escuchar el completo cuadro patológico de la señora, pero me lo va a hacer pagar con creces. Tiene un montón de preguntas incómodas para mí.

Nicolai sale de la farmacia con una flamante piruleta sin azúcar y una honda concentración que le permite sostenerla en su pequeña mano enguantada con manopla sin que se caiga. Yo no salgo tan bien parada. Llevo un montón de cachivaches para mi sobrino y me arden las mejillas de hacer frente a las insidiosas pesquisas e insinuaciones del boticario. Y para mí no ha habido piruleta.

A través de los ventanales del *Sinaloa* veo a mi abuelo con sus habituales compinches de dominó: el *primar* Vernia, el jefe de *polizei* Razvan y el gerente de la fábrica de cerveza Cosmin. Parecen enfrascados en el juego, pero todos levantan la vista de sus fichas y saludan muy serios cuando Nicolai y yo entramos en la cafetería. Me acerco a darle un beso al abuelo y todos se apresuran a felicitarme por mi vuelta y por el nacimiento del hijo de Lena. Son educados, discretos, entrañables. Pienso que me gustaría recordarles siempre así, sentados a la mesa de madera destartalada del *Sinaloa*, con un palillo entre los dientes, un licor siempre a mano y montones de partidas de dominó acumulándose en su memoria. Mi abuelo me lee el pensamiento y me guiña un ojo. A través del cristal, a sus espaldas, la plaza de la Biserică pasa impertérrita a través de los tiempos.

En la mesa del fondo hay un anciano pensativo removiendo pausadamente un tazón de leche. Es Anton Illeascu, el único habitante del pueblo que luchó en la Segunda Guerra Mundial y que habla de ello como si fuese el hecho más relevante de su vida. Sé por papá que Anton no ha superado su psicosis de guerra pero que se niega a recibir tratamiento en Cluj. Sus vecinas se turnan para llevarle un plato caliente al día y airearle la casa de vez en cuando. Hoy parece extrañamente en calma, relajado, casi somnoliento.

Nicolai ha conseguido deshacerse de su bufanda y sus guantes, pero mantiene una encarnizada lucha con la cremallera de su anorak. Acudo en su ayuda y nos sentamos a la barra, sobre los altísimos taburetes de Teresa, ajenos a la sombría presencia de Anton. Ella no tarda en aparecer y nos pone delante un par de tazas de chocolate espeso y humeante, acompañadas de una tentadora bandeja de bizcochos de limón. La sonrisa de Nicolai y el primer sorbo de chocolate me reconcilian con el mundo.

—¿Cómo está la madre primeriza? —me pregunta Teresa.

—Feliz. Y sorprendentemente rebosante de santa paciencia.

—Creo que eso forma parte de los misterios de la maternidad. Toma, llévale esta tartera de arroz con leche que preparé anoche.

—Muchas gracias, es el postre preferido de Lena.

—Lo sé.

—Creo que si hubiera sido niña le habría puesto tu nombre.

La risa de Teresa es ronca, nos sirve de arrullo. Se va a atender las mesas y Nicolai y yo nos

quedamos solos y en silencio. Saborear este chocolate con bizcochos requiere de toda nuestra concentración. Me gusta el bigote de cacao de mi duendecillo rubio.

—Teresa, ¿cuántos años hace que llegaste a Mic-Napoca? —le pregunto a nuestra anfitriona cuando vuelve a ponerse detrás de la barra.

—Pues muchísimos. Creo que más de treinta. Dejé de contarlos en cuanto decidí no envejecer más.

Ciertamente, resulta muy difícil determinar la edad de Teresa. Le supongo en la misma generación que mi padre, pero no sabría afinar más la puntería.

—¿Por qué viniste?

No sé si va a contestarme. O si lo hará con una evasiva. La llegada de Teresa y el nacimiento del *Sinaloa* siempre han sido un misterio, interesante tema de especulación durante las tardes lluviosas de los habitantes del pueblo. Creo que intento establecer lazos afines con otra náufraga, comprender cuál es la fuerza gravitatoria de este rincón del mundo, convencerme de que no ha sido una huida cobarde en lugar de una legítima búsqueda de oxígeno.

—Quizás, cuando las dos seamos viejecitas y nos sentemos al sol como Natasha, o llevemos pajares enteros en la cabeza como Ileana, te contaré la historia. Ahora solo te diré que vine huyendo del horror y el espanto, y que solo aquí me sentí a salvo. Mic-Napoca no fue el primer lugar en donde intenté quedarme a vivir, pero sí el único en el que me aceptaron sin hacer demasiadas preguntas y en donde al fin me convencí de que lo que me perseguía no podría alcanzarme.

Teresa me mira, atenta. Reconoce mi desaliento.

—No te sirve —me dice—. Tú naciste aquí. Tu infancia todavía corre por estas calles. Cada una de estas piedras lleva grabados tus recuerdos y tu risa. Creo que podrías ser feliz en cualquier otro sitio. Pero solo aquí es imposible que seas desgraciada.

Los acertijos de Teresa me tranquilizan. Yo no tengo el alma de poeta, pero todavía sé envolverme en el chal granate de mi abuela y encontrar caminos en las canciones infantiles de Nicolai. Aún estoy a tiempo de ser rescatada, aunque sea por la mano inclemente de un capitán norteamericano que silenció el aullido de los lobos al aterrizar en el campo de heno de Cesare.

Volvemos a casa colgados cada uno de un brazo del abuelo. Me siento cansada por la falta de sueño y la inquietud de la ausencia, pero caminar por las calles del pueblo con mi abuelo es uno de los pequeños placeres de la vida que no quiero perderme por nada.

—¿Has probado la conexión a internet de la consulta de Petre? ¿Tienes noticias de Londres?

—Todavía no he abierto el correo, no me apetece.

—Tendrás que despedirte de los amigos. Mantener la amistad. Puedes invitarlos a venir aquí de vacaciones.

—No sé.

No me imagino al equipo de cardiología del Royal Marsden Hospital de turismo por Mic-Napoca, con el irritable decano Harrison y el soporífero doctor Marjala, jefe de cirugía, a la cabeza de la expedición. Me asalta la imagen de todos ellos, camilleros incluidos, cargados con sus esquís en busca del funicular que los lleve hasta la cima más cercana de los Cárpatos, desorientados en medio de la Biserică, tentados por los olores del *Sinaloa*. Me pregunto qué les serviría Teresa.

—Ya veremos —dice misterioso—. A ver Nicolai, ¿cuándo vuelves a la escuela? Tantas

vacaciones van a reblandecerte la cabeza.

Nicolai se toca su gorro, preocupado. Voy a echarle mucho de menos cuando vuelva al colegio.

—No sé —dice prudente—. Tengo que jugar con los juguetes nuevos.

El abuelo levanta el brazo y Nicolai se columpia, encantado.

Nos asomamos cautelosos por la puerta de casa. El comedor parece felizmente en calma, hemos logrado evitar la horda de señoras cacareantes. Nicolai se despide con un beso pegajoso y el abuelo le abre la puerta del patio para que cruce hasta la casa de Natasha.

—La abuela está en la cocina —nos dice Lena desde la penumbra de su cómodo trono. No se ha movido del butacón del abuelo y parece a punto de caer dormida bajo una cálida manta infantil que alguien ha rescatado del altillo.

El abuelo se acerca a besar a su biznieto y se va a la cocina a echar una mano.

Lena parece en paz con el mundo. Mira por la ventana del jardín, aunque poco puede verse, hace tiempo que el crepúsculo ha dejado paso a la oscuridad sin luna de este diciembre agonizante. Mi sobrino duerme con el sueño despreocupado y satisfecho de los bebés recién alimentados.

—¿En qué piensas?

Mi hermana me mira y se encoge de hombros. Me siento a sus pies.

—¿Piensas en Iván? ¿En qué algún día querrá conocer a su hijo?

—A veces. Casi nunca. Es curioso, en Bucarest me sorprendía echándole de menos, pese a todo, pese a que sabía que nos iría mejor por separado. Pero desde que estoy aquí...

—Lo sé. Aquí se curan todos mis males.

—Yo también voy a quedarme, ya lo he decidido. Quiero estar con vosotros, quiero que Traian crezca aquí. Como Nicolai.

—Ah, Nicolai, ese ladronzuelo de corazones. ¿Me dejas coger un poquito a mi sobrino?

—Claro, ven.

Vuelvo a sentarme en el cálido suelo de madera de mis abuelos con Traian en mis brazos, apenas un paquetito de tres kilos y medio envuelto en mantones de lana suave. Le beso su cabecita casi calva. Huele a todo lo bueno que hay en el mundo.

—¿Y has pensado qué vas a hacer? —le pregunto a Lena.

—¿Y tú? Supongo que con la pasta que siempre has ganado en Londres podrías vivir aquí el resto de tu vida sin hacer absolutamente nada.

—Umm, puede ser, no lo había pensado. Los precios del señor Visi son muy asequibles al cambio de libras esterlinas.

—Siempre que soportes sus miraditas de sapo y esos aires de galán rancio.

—Y ese bigotito espantoso.

—Lo digo en serio.

—Ya. No lo sé. Quiero ver la casa de la tía abuela Ileana. Si Cesare me dice que puede restaurarse, le haré una oferta a la abuela y me iré a vivir allí. De momento, ayudaré a papá a pasar consulta, si le parece bien. Luego ya veremos.

—Quizás tenga un empleo. El día de Navidad, Teresa me dijo que necesitaba más tiempo para ella y que no le vendría nada mal tener ayuda en el *Sinaloa*.

—Ah, Teresa, la misteriosa cómplice de papá.

—¿Aún sigues con eso?

—Se traen algo entre manos. Anoche no paraban de intercambiar miraditas raras entre ellos. A lo mejor papá nos mintió y están enamorados.

—Bueno eso explicaría las miraditas raras que dices.

—Sí.

—Y las del capitán Denninson.

—El capitán Denninson no hace miraditas raras. Es militar.

—Es verdad, no son raras. Creo que quiere comerte —se ríe Lena.

—No es cierto, es que él mira así a todo el mundo.

—¿Así, cómo? ¿Cómo si estuviese a punto de besarte? No me parece que mire así a todo el mundo. Al menos a mí no. Y al abuelo tampoco.

—Ni al señor Visi, espero.

Lena se ríe. Me parece que su risa ha cambiado, tiene una alegría nueva.

—Oh, cállate. No tienes ni idea —le riño.

—Claro, la experta en miraditas eres tú.

Lena sigue sonriendo cuando se vuelve de nuevo hacia la ventana. Yo intento disimular mi nerviosismo acunando al pequeño Traian. Le tarareo la canción de Nicolai sobre la vaca amarilla pero no me sé todas las notas.

—¿Cuándo se irá? —Rompe Lena el cómodo silencio.

—No lo sé. Pronto —le contesto en voz baja.

—¿Te acuerdas de aquella historia sobre demonios que nos contaba la abuela? «Vendrá de la oscuridad para llevarte con él», o algo así.

Me sorprende que Lena también piense en el capitán Cole Denninson como un personaje oscuro, amenazador.

—No voy a irme con él. No voy a irme de Mic-Napoca.

—Entonces —dice mirándome con ojos de sibila—. Volverá a buscarte.

XII

Buenos días, de parte de Georghe Antonescu. Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. Los americanos han vuelto de su misión secreta (¿e imposible?), en Bucarest y seguimos sin tener una explicación oficial de por qué están aquí. De todas formas, si queréis pasar a saludarles o llevarles comida y dulces como gesto de buena voluntad (sí, señora Volteanu, su guiso de carne con verduras también se considera «buena voluntad»), no hay ningún impedimento. El capitán Denninson ha dicho que las cercas metálicas estarán abiertas para todo el que quiera visitarles. Recordamos que hoy es día de mercado y que los tractores y los animales de granja deben mantenerse lejos de la plaza de la Biserică. Y sí, el campeonato de petanca seguirá celebrándose esta tarde a las cinco pese a la lesión de pulgar del señor Visi.

—¿Qué buscas? —Me gruñe el abuelo desde su butacón.

Lleva un buen rato leyendo otro de sus tomos antiguos, creo que es *Vida de los doce césares* de Suetonio, y le estoy molestando con tanto mirar por los ventanales del jardín.

—Nada.

—Si esperas a Nicolai, hoy no saldrá a jugar. Sus padres llegaron anoche de vacaciones y se lo han llevado a no sé dónde a pasar el día.

Menudo fastidio. Odio a los padres de Nicolai.

—Abuelo, he pensado que quizás podría pasarme a ver la casa de la tía Ileana.

—¿Para qué? Debe estar hecha una pena. Hace más de quince años que nadie vive ahí.

—Ya, pero puedo echarle un vistazo con Cesare. Quizás se pueda reparar y recuerdo que era bastante bonita.

El abuelo deja el libro y se quita sus gafas para mirarme. Una sonrisa le baila en los ojos.

—¿Vas a vivir allí?

—Si a la abuela y a ti os parece bien.

—¿Qué tiene de malo esta casa?

—Nada, pero ya soy demasiado mayor para seguir viviendo con mis abuelos y mi padre. Además Lena y el pequeño Traian también se quedan, empezamos a ser demasiados.

Sostiene mi mirada y parece gustarle lo que ve porque asiente y se reclina en su butacón viejísimo.

—Si eres paciente, Cesare puede dejarla como nueva. Esa casa tiene buenas paredes y está bien protegida del viento.

Me acerco al abuelo y le doy un beso en la frente.

—Yo no tengo las llaves —me advierte—. Creo que Petre las guarda en la consulta junto con las copias de las llaves de la fábrica y del trastero y demás.

—Pues voy a pasarme un momento.

Voy camino de mi habitación para abrigarme cuando su voz me da alcance.

—Se irán antes de año nuevo —me dice.

—¿Quiénes? —Aunque ya sé de qué está hablando, por supuesto.

—Los americanos.

Bajo las cuatro escaleras que había subido y me acerco a él. Pero el abuelo no me mira. Se ha vuelto a poner sus gafas y simula seguir leyendo.

—Sé por qué están aquí. La administración estadounidense sabía que iniciar negociaciones en frío sería mucho más largo y costoso que enviar a los marines y decir que todo había sido un error de aterrizaje. Se trataba de distender las relaciones y acceder a una inspección previa a la entrada en la OTAN. Ya es pura formalidad, estamos dentro.

—Tenías razón, después de todo. Ya lo dijiste la noche en la que llegaron.

—Podrían haber aterrizado aquí como en cualquier otro pueblecito. Pero ha sido aquí —levanta los ojos y me mira, pensativo—. Ha sido aquí.

—Me voy, abuelo —le digo suavemente.

Antes de año nuevo.

Salgo a la calle temerosa del frío inclemente de diciembre pero me sorprende una mañana apacible y gris, sin apenas viento y con una temperatura soportable. La niebla rodea Mic-Napoca, los Cárpatos apenas se adivinan tras su amortiguadora cortina. Hoy es día de mercado y desde aquí se oyen los gritos alegres de los vendedores, el vaivén de gentes de las calles transitadas por los compradores.

En la consulta de papá hay un par de señoras esperando visita, y Carola, que se levanta para saludarme.

—¿Vienes a echarle una mano al doctor Bratianu?

—No, no. Pasaba a buscar las llaves de la casa de la tía abuela Ileana. Mi abuelo me ha dicho que seguramente estaban por aquí.

Carola asiente y me hace un gesto para que la siga por el pasillo del fondo. Me guía hasta un pequeño armario lleno de llaves pulcramente colgadas en sus ganchos.

—Todas llevan escrito el nombre de lo que abren, será fácil encontrarla.

—Aquí —le digo contenta—. Es esta que pone «casa Ileana». Me la llevo un momento.

—No hay problema.

—Gracias, Carola. Luego me paso a devolverla.

La casa de la hermana de mi abuela es una modesta pero sólida construcción de dos plantas al final de una de las calles menos céntricas de Mic-Napoca. Está camino de la ermita y siempre me ha gustado porque tiene cierto aire a las casitas bretonas de Francia, con sus piedras encaladas y las vigas de madera oscura. Me imagino viviendo allí y se me pinta una sonrisa tontorróna en la

cara. Quizás hasta podría adoptar un gato o un perro. O un capitán de los marines. Me riño a mí misma en cuanto me asalta una visión de Cole descalzo, en calcetines, junto a la chimenea. Con disciplina, intento visualizar de qué color sería mi gato.

Aunque no me coge de paso, decido atravesar la plaza de la Biserică y disfrutar del ajetreo de un día de mercado. Pero apenas me paro en el primer puesto de verduras cuando María Cordenu, sofocada y sudorosa pese al frío, se cuelga de mi brazo y empieza a tirar de mí.

—Ah, suerte que has venido, Gracia María. Ven a salvarnos de los colonizadores.

Pero el dramatismo cinematográfico de su frase se viene abajo cuando suelta otra vez esa risita nerviosa que tanto le cuesta dominar. El humor de María Cordenu me sigue pareciendo un misterio.

Me arrastra unos metros hasta la vuelta de otra de las paradas y me encuentro con un grupo de soldados americanos discutiendo acaloradamente con tenderos y compradores. Parecen más frustrados que enfadados, pero todos gritan muchísimo. Me fijo en que no van armados. Bien.

—¿Qué ocurre? —pregunto en inglés.

Todos se giran y el vocerío pierde intensidad. Cuando me reconocen parecen visiblemente aliviados.

—Doctora —me dice un chico rubio jovencísimo—. Menos mal que ha venido. No tenemos manera de hacerles entender que no estamos robando nada.

—Hemos cogido unas chocolatinas, íbamos a pagarlas. Pero solo tenemos dólares y no sabemos exactamente a cuánto está el cambio ni si aceptan nuestra moneda.

—Estos imperialistas del demonio —me grita el tendero del puesto de caramelos. Es un comerciante de Cluj que suele acercarse los días de mercado—. Quieren llevárselo todo sin pagar.

—Señor...

—Dibriv, Ion Dibriv.

—Mire, señor Dibriv, debe haber algún malentendido. Los chicos me dicen que no quieren llevarse nada, que van a pagarlo. Pero solo tienen dólares.

—¿Entonces por qué se están comiendo mis chocolatinas? Aún no las han pagado. Y no sé qué demonios me dicen.

Después de algunas traducciones precisas, descubro que los soldados preguntan por una caja entera de chocolatinas para llevarse al campamento. Es cierto que algunos están masticando el chocolate antes de haberlo pagado, pero no es más que la estupidez de un puñado de personas que no comparten el mismo idioma y que tienen ganas de gritarse para liberar tensiones. Observo que se ha formado un buen grupo de mirones con muchas ganas de dar su opinión alrededor de los norteamericanos.

—Quieren robarnos todo, no hay derecho.

—¡Americanos!, se creen los dueños del mundo.

—Empiezan por los caramelos y quién sabe qué será lo próximo.

—¿Qué ha pasado? ¿No les gustan nuestras chocolatinas? Pues que se vayan a su país.

—¿Qué hacen todavía aquí? ¿Es que el gobierno no va a enviar tropas, no van a protegernos?

—Hasta que no pase alguna desgracia...

Los marines están acostumbrados a lidiar con turbas furibundas civiles, me imagino. Se les nota porque han formado un grupo compacto detrás de mí y simulan ignorar a los vociferantes

energúmenos que nos han rodeado. Se concentran en su problema con el tendero, que sigue detrás de su puesto con el ceño fruncido, aunque cada vez más esperando en hacer una buena venta cuando le explico que necesitan una caja entera de chokolatinas. Empieza a entender que todo va a tener un final feliz. O casi, porque por el extremo del pasillo se oyen gritos de sorpresa y alarma.

—¡Grace!

El capitán Demninson, a la cabeza de un grupo de marines —esta vez sí que van armados—, se abre paso hasta nosotros. Aunque controla cada músculo de la cara en una expresión pétrea, envidia de los mejores jugadores de póquer, ha empalidecido al verme y unas gotas de sudor le perlan la frente. Su entrada en escena no puede ser más espectacular. Solo le ha faltado aparecer entre la niebla espesa que ya se ha instalado en el bosque cercano.

—No pasa nada —le tranquilizo—. Ha sido un malentendido. Por el idioma.

—Ya está, señor —le confirma el soldado rubio—. No ha pasado nada. Solo estábamos comprando y la doctora nos ha ayudado con el señor Dibbi.

—Dibriv —corrige sonriente el tendero.

—A ver, ¿qué ocurre aquí? Dispersaos, por favor, dispersaos. Dejad los pasillos despejados entre los puestos —es Gregor, el joven policía. No lleva la bicicleta pero parece muy eficiente poniendo orden entre los autóctonos, que se van alejando entre murmullos de protesta, decepcionados porque hoy no correrá la sangre por la plaza de la Biserică.

—¿Todo bien? —le pregunta a Cole en un inglés bastante aceptable.

Pero el capitán Demninson todavía no puede hablar. Sigue pálido, con los ojos clavados en los míos, agarrotado como la estatua de piedra en la que quizás se convierta para suplir la ausencia de héroes en nuestra plaza.

—Todo está muy bien, señor *polizei* —interviene el feliz Ion Dibriv—. Estaba cerrando una venta con aquí mis amigos americanos y hemos tenido algunos problemillas con mi inglés de Oxford.

Gregor me saluda, respetuoso, con una inclinación de cabeza y luego se lleva la mano a la gorra mirando a Cole. El capitán por fin reacciona y se obliga a saludarle. Cuando el *polizei* se va, despide a los marines armados que siguen a sus espaldas e intercambia algunas frases furiosas pero en voz baja con el soldado rubio, que parece muy arrepentido de su afición al chocolate. Los soldados recogen la caja de chokolatinas del señor Dibriv, le pagan con dólares americanos, y se marchan rápidamente sin esperar el cambio.

Cole me coge por el brazo con fuerza. La presión de su mano es tan fuerte que incluso a través del abrigo y del jersey tengo la sensación de que sus dedos fríos se clavan en mi piel. Me guía fuera del mercado, lejos de la plaza de la Biserică. Tengo que correr para mantener su paso. Si sigue apretándome tanto mañana tendré un buen cardenal.

—Espera —le digo—. Para, no puedo ir tan deprisa.

Se para en medio de una pequeña calle. Unos niños juegan a pelota un poco más adelante. Atrás, en un extremo de la plaza, Anton Illeascu, el único combatiente de la II Guerra Mundial, contempla pensativo y relajado la retirada de los marines a su campamento. Quién sabe qué debe pasar por su cabeza, aunque parece en paz y una sonrisa beatífica apunta maneras en su cara de mil surcos.

—Lo siento —dice. Pero sigue sin mirarme.

—Eh, oye —le pongo una mano sobre el brazo, súbitamente conmovida—. No ha pasado nada.

Era una tontería, ya sabes cómo le gusta a la gente pelearse por nada.

—No quiero conflictos de ninguna clase con los civiles —me dice—. Esto es una misión diplomática, nada de conflictos. Y menos con el pueblo —repite.

—Cole, esto es Mic-Napoca. Lo más peligroso que puede sucederte es encontrarte cerca de la nueva mula de Cesare, en serio. O probar el guiso de la señora Volteanu.

Se gira hacia mí. Parece que ha salido de su parálisis de guerra. Me da miedo pensar qué otros recuerdos le han asaltado en el mercado, qué otras tensiones tan distintas. Se acerca despacio, cómo dándome la oportunidad de dar un paso atrás, de apartarme. Pero no lo hago. Quizás siga teniendo miedo, quizás siga pareciéndome imponente, pero tampoco soy capaz de alejarme. Se inclina sobre mí y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Me has llamado Cole —sonríe.

—Me habré equivocado, capitán Denninson —susurro contra sus labios.

Debe ser hermoso y terrible vernos desde fuera: el ángel de las tinieblas se cierne sobre su presa. Pero no quiero estar en otro sitio que no sea dentro de mi piel, a una centésima de segundo de besar a este marine a punto de partir de regreso a casa.

De pronto soy consciente de algo más. No hay viento. El aire se ha parado, quieto, congelado. El tiempo se ha quedado en suspenso y no se oye absolutamente nada. Un par de latidos, un instante, todo se ha quedado inmóvil. El aire es espeso, mullido como una nube de azúcar, la niebla casi ha desaparecido.

—Espera —le digo.

Me deshago de su abrazo, camino unos pasos. Sé lo que viene.

—Grace... —protesta él.

—Shhhhh. Espera.

Y ocurre. Al fin. Justo en el momento más hermoso del día. Se rompe la quietud y el tiempo retoma el tic-tac predecible de los relojes. El mundo vuelve a ponerse en marcha.

Está nevando. Los primeros copos de nieve de este invierno a orillas del Danubio.

Radiante, feliz, miro a Cole con una sonrisa enorme y extendiendo las palmas de las manos hacia el cielo para sentir el leve beso frío de los copos.

Él mira hacia las montañas azules, hacia el bosque oscuro y más allá, a través de jirones de niebla y una fina cortina de motitas blancas que se irá intensificando durante el día.

—Ven, acompáñame. Tengo que ir a un sitio.

Me coge de la mano y se deja guiar. La nieve no desanima a los habitantes del pueblo, que siguen moviéndose contentos por el mercado, entrando y saliendo de sus casas sin apartar la mirada del cielo plomizo. Los primeros copos del año siempre tienen ese toque de ilusión, de alegre bienvenida del invierno. Por la tarde, los más pequeños, como siempre impacientes, sacarán los trineos.

Nos detenemos delante de una de las últimas casas de Mic-Napoca, en la calle que lleva hasta la ermita de cruces ortodoxas que tanto intriga a Lena. Por fuera tiene buen aspecto: no faltan piedras en la fachada, las vigas de madera parecen saludables y vigorosas, y la pequeña puerta, que el abuelo pintó de color azul cobalto una tarde de rebeldía artística, mantiene su solidez. Me gusta.

Saco las llaves del bolsillo y la puerta se abre sin dificultades. La cerradura funciona con suavidad, no hay rastros de óxido.

—Pasa —le digo a Cole—. Es la casa de mi tía abuela Ileana, la hermana de mi abuela Constanza.

El tiempo y las estaciones transilvanas no han sido tan clementes con el interior. Para mi desolación, los azulejos del suelo están casi todos rotos, hay rastros de muebles y de ratones repartidos por todo el salón principal y algunas de las habitaciones tienen un papel estucado espantoso, medio derretido sobre las hermosas paredes de piedra, maltratado por la humedad y el olvido. En algunas esquinas ha empezado a crecer la hierba y la barandilla de la escalera que lleva a los dormitorios ha desaparecido en algunos tramos.

Pero lo peor de todo es que el salón tiene su propia luz natural, una claraboya involuntaria: parte del tejado de pizarra brilla por su ausencia.

—Bonito sitio para vivir —dice Cole después de diez minutos explorando la casa.

Mi cara debe reflejar todo el desánimo y la tristeza que se ha ido apoderando de mí, porque el capitán Denninson se planta a mi lado con un par de zancadas y me obliga mirarle a los ojos. Me cuesta despegar la vista de tanta ruina.

—Eh —me dice—. Lo digo en serio. Es una casa estupenda.

—No te rías. Está peor de lo que pensaba.

Y como para darme la razón, una ligera bocanada de viento helado nos acaricia por detrás. Cuando me giro, me doy cuenta de que algunos de los postigos están colgando y de que los cristales de dos de las ventanas están rotos. Al menos los gatos habrán podido entrar y salir a su antojo, de ahí que solo queden los excrementos de ratón, sin el ratón.

—No está tan mal. Necesitas un buen carpintero.

—Y poner suelos de madera en toda la casa.

—Que te reparen el tejado. Creo que en su totalidad.

—Y hacer desaparecer todo el estucado y el papel. Que se vea la preciosa piedra original de las paredes.

—Cristales nuevos.

—Cocina nueva. De hecho debería prenderle fuego a todo lo que hay ahí dentro y en su día fue una cocina.

Mientras pensamos en voz alta, Cole se acerca a la puerta que da al patio interior y la abre. Sale al exterior y le pierdo de vista. Creo que hay un montón de arañas viviendo en los armarios de la cocina.

—¿Grace? —Me llama desde el jardín interior—. Creo que deberías venir a ver esto.

Parece un poco asustado.

—No sé si me atrevo a salir ahí fuera —le digo mientras voy en su busca—. Debe haberse convertido en una selva en miniatura poblada de criaturas terroríficas.

—No exactamente.

Me quedo en el umbral de la puerta del patio, totalmente paralizada.

—¿Pero qué...?

Cole está en medio de una inesperada vegetación que ocupa todo el espacio del patio interior. Las plantas, lustrosas y bien cuidadas, le llegan hasta la cintura. Es la primera vez que me encuentro con semejantes especímenes, pero no hay lugar a dudas. La tía abuela Ileana tiene una hermosa plantación de cannabis a título póstumo. Me pregunto si en el testamento se la legó a la abuela junto con el resto de la casa.

XIII

Pocas son las cosas que pasan en Mic-Napoca sin que el abuelo tenga conocimiento de ellas. De todas formas, me resisto a creer que se haya convertido en productor de marihuana. Por un momento, me asalta la alocada idea de una nueva cerveza negra con extracto de cannabis. Podríamos contratar un buen abogado e intentar comercializarla, sería todo un éxito. Pero no conozco a ningún abogado, ni bueno ni malo, y no creo que el abuelo esté dispuesto a diversificar el negocio a estas alturas de su acomodada y feliz vida entre las páginas de Homero y sus aromáticas cazoletas de pipa.

Sé quién puede hacer un buen uso de la plantación que he encontrado. No hace falta ser Sherlock Holmes para asociar ideas cuando las llaves de la casa de la tía abuela estaban en la consulta de mi padre.

Cuando llego a la consulta, Carola está recogiendo sus cosas y poniéndose el abrigo.

—Hola, ¿cómo está la casa?

—Psicoactiva.

Carola me mira con extrañeza y esboza una sonrisa de compromiso. Debe pensar que Londres me ha vuelto una excéntrica. O que tengo problemas de vocabulario, quién sabe.

—¿Está mi padre con alguna visita? —le pregunto señalando la puerta cerrada del despacho.

—No, ya ha terminado.

Me despido de ella y doy unos golpecitos en la puerta de mi padre.

—Adelante.

Papá está peleándose con su portátil. Mira la pantalla como si estuviese desafiando a su peor enemigo y golpea las teclas con concentrada precisión furiosa. Me doy cuenta de que estoy extrañamente conmovida de haber sorprendido la vulnerabilidad tecnológica de mi padre.

—*Tătic* —le digo con suavidad—. Vengo de ver la casa de la tía abuela Ileana.

Veo cómo se encoge detrás de la pantalla del portátil. Se toma un par de segundos antes de ponerse bien las gafas y mirarme algo compungido.

—Es para uso medicinal —me dice.

—Ya, papá, ya lo supongo. Pero aún así, ¿cómo se te ha ocurrido? ¿De dónde lo has sacado? Cole se ha quedado alucinado cuando lo ha visto, podrías haber avisado.

—Oh, no. ¿El capitán Denninson estaba contigo cuando lo has descubierto? Qué desastre. Los americanos son muy poco tolerantes con este tipo de cosas.

—*Tătic*, la ley de cualquier país civilizado, incluido este, es muy poco tolerante. Eres médico, arriesgas muchas cosas, más que cualquiera que no lo sea.

—Siéntate, por favor.

Papá se tira hacia atrás en su silla de respaldo alto. Se quita las gafas, las limpia, y vuelve a colocarlas sobre su nariz. Necesita tiempo para saber por dónde empezar a explicarme sus nuevas aficiones de jardinería.

—Hace dos años, a Teresa le diagnosticué una leucemia.

—No lo sabía. Lo siento —me apena que la vital Teresa esté enferma. Aunque ahora entiendo su corte de pelo.

—No tenías por qué. Lo ha llevado con mucha discreción y fortaleza. La mandé a Cluj, conozco a un buen especialista. Respondió bien al tratamiento y remitió, pero hicieron falta varias sesiones de quimioterapia. Las náuseas, el malestar, la debilidad... Era demasiado para ella. Una de las enfermeras de Cluj le pasó una pequeña plantita con discreción. Ella vino a verme, me pidió consejo.

—Y os montasteis un jardín botánico. No hacía falta, la verdad. Teresa podría haberse apañado bien con esa única plantita.

—Yo llevaba tiempo preocupado por la psicosis agresiva de Anton Illeascu, no sabía qué hacer y había empezado a atacar a algunas personas sin motivo aparente. Sabes que no quiere ir a ver a un especialista y casi se muere del susto un día que le acompañé hasta una clínica. Ni siquiera fui capaz de hacerle entrar, se puso a llorar desconsoladamente y no tuve corazón para internarle, ni siquiera sé si tengo potestad legal para hacerlo. Estaba empeorando. Encontré varios estudios sobre el alivio del cannabis en los procesos inmunodepresivos y psicodepresivos. Consulté con algunos colegas de psiquiatría y trauma de Bucarest.

—Ay, no, ¿usaste a Anton como conejillo de indias? —Me viene a la mente las últimas veces que me he cruzado con el anciano soldado. Parecía tranquilo, sumido en sus pensamientos, satisfecho y relajado.

—Le proporcioné saquitos para hacer infusiones. Se la preparan sus vecinas después de comer. Creo que ha mejorado.

En eso tengo que darle la razón, Anton Illeascu parece sensiblemente más feliz con sus infusiones.

—También he conseguido que vaya una vez al mes a hablar con un psiquiatra geriátrico amigo mío.

—¿Has tratado a alguien más con marihuana?

—Por favor, Gracia, no lo digas así. Me haces parecer el doctor Mengele.

Estoy a punto de sonreír, pero entonces recuerdo las risitas tontas de la esposa del farmacéutico.

—¿Le has hecho tomar esas infusiones a María Cordenu?

Papá se sobresalta y me mira con aire de culpabilidad.

—¿Cómo te has dado cuenta? A mí María Cordenu siempre me ha parecido un poco chiflada.

—¡Por dios, *tătic*! Se ríe sin motivo, parece feliz.

—Quizás es que es feliz.

—Se casó con Emil, no puede ser feliz.

Mi padre se rinde a la evidencia.

—No fueron infusiones, a ella le proporcioné grajeas. Le dije que era un medicamento provisional, en fase de pruebas, y que por eso no podía cobrárselo ni encontrarlo en el mercado. Teresa me ayudó a hacer las pastillas con gelatina y harina de sémola. No es complicado.

—¿Y de qué se suponía que la estabas tratando?

—Insomnio, ansiedad, nerviosismo injustificado, histerismo, llanto repentino.

—Menopausia.

—Hace años que dejó atrás la menopausia. Se trataba más bien de un cuadro nervioso depresivo. Ahora está mucho mejor, y solo una de cada cinco pastillas que toma lleva cannabis. Le he ido bajando la dosis con placebos.

Me dejo caer en una silla sin saber qué decir.

—No hay nadie más —me dice mi padre—. Solo fueron estos casos, cosas puntuales y medidas desesperadas.

—Les has engañado.

—No, he mejorado sus vidas. Escucha, hija, hablemos sin hipocresías. Las farmacéuticas envasan y venden auténticos venenos que se venden legalmente y que recetamos a nuestro pesar. Venenos que curan, pero a veces, por desgracia, venenos que tienen efectos secundarios preocupantes. Utilizar una hierba...

—Una sustancia peligrosa.

—No más peligrosa que el prozac o el litio, maldita sea.

—Está bien, no quiero entrar en esa discusión contigo. Quiero restaurar la casa de la tía abuela Ileana para vivir allí. Necesito que vuestro jardín de las maravillas desaparezca.

—Me ocuparé de ello, no te preocupes.

—Gracias.

Me voy. Salgo de la consulta a toda prisa con la furia devorándome el estómago. Salgo a las calles frías y en calma de Mic-Napoca y ando con rapidez hacia ningún sitio. Ahora nieva con intensidad. Me subo la capucha del abrigo, hundo las manos en los bolsillos y sigo caminando. Creo que ha sucedido, por primera vez he invertido los papeles con mi padre. A cada paso que doy, en dirección al bosque, la rabia se va convirtiendo en tristeza. Qué nos queda cuando descubrimos los pies de barro de nuestros maestros y consejeros. Un barro del que ellos siempre han admitido estar hechos pero que nosotros nos hemos empeñado en ignorar porque solo su infalibilidad nos iluminaba.

Sigo el camino del sur y dejo atrás las últimas casas del pueblo. Me adentro en el bosque de coníferas centenarias y helechos gigantes que esconde el murmullo del río, el aullido de los lobos al amparo de las sombras. Seguramente el mismo bosque que he pisado tantas veces antes en busca de setas, de espárragos para la tortilla de la cena, de castañas para la merienda, de hojas multicolores para el colegio, de frutos silvestres para la mermelada de la abuela. Las copas más altas ya acumulan porciones de nieve blanquísima y el musgo de los troncos pierde su intenso verde casi fosforescente en favor de los níveos copos que empiezan a cuajar. Mis pasos se dibujan cada vez con mayor claridad sobre el camino de grava. Veo las nubecillas de mi aliento, siento los pies helados, y sé que pronto me calará el abrigo y me mojaré.

Solo árboles, musgo, plantas y helechos a mi alrededor. Verde intenso, frondoso, naranjas, rojos y marrones otoñales, vida exuberante que se deja acariciar por pinceladas blancas. Ya no veo las casas. He llegado hasta el río, ese pequeño afluente del Danubio que Trajano llegó a

cruzar tantas veces camino de la Dacia. Tropezco con las raíces enormes de un cedro gigante. Me parecen brazos abiertos, esperándome. Si me detengo un segundo a pensar, sé que no lo haré, por eso me apresuro a acostarme bocarriba sobre las nudosas raíces. Una gruesa para la cabeza, dos para las lumbares, otra más elevada para que los pies no toquen el musgo empapado. Me dejo mecer por un movimiento de cuna imaginario.

Completamente estirada sobre las faldas del cedro, miro a través de sus ramas en busca de un pedacito de cielo. No se ve más que una suave lluvia de copos blancos por entre las hojas de distintas tonalidades de verde, naranjas y las ramas grisáceas. Aquí estoy, tumbada a los pies de un árbol acogedor en medio de la primera nevada del invierno. Quizás solo para demostrarme que sigo siendo menos madura que mi propio padre. O quizás porque la espesa niebla de algunas tardes de Londres se me ha instalado en la cabeza y me ha llenado de bruma el pensamiento.

No me apetece volver al pueblo. Doy un pequeño rodeo y me acerco hasta el campamento de los norteamericanos. Lo he hecho sin pensar, en busca de consuelo, esquivando mis pensamientos desconcertados. Por entre las tiendas, asoman pequeñas columnas de humo y un prometedor aroma a estofado le recuerda a mi estómago que es la hora de comer. La nieve ha cubierto parte de la alambrada y las torres de los vigías. Sin apenas mirarme, el marine de guardia grita al verme.

—Capitán Demminson. Tiene visita, señor.

Cole sale de una de las tiendas más cercanas y me ve.

—Un minuto —me dice—. ¿Puedes acercarte a la puerta?

Camino hasta la breve entrada en donde se interrumpe la alambrada y espero. Estoy empapada y me duele la espalda por culpa de mi pequeño romance con las coníferas. Pero Cole ya viene en mi ayuda, haciéndome olvidar mi lamentable estado. Se acerca, abre la alambrada y se planta muy cerca del alcance de las nubecillas blancas de mi aliento entrecortado. Si algún vestigio de sol se colase entre el cielo encapotado, podría sentir el escalofrío de su sombra cayendo sobre mí.

Extiendo mis manos agarrotadas por el frío, consigo bajar la cremallera de su pesada parca militar, paso mis brazos por detrás de su espalda y escondo la cara en el hueco perfecto de su esternón. Es aquí donde quería estar. Nada de cedros centenarios.

Cole me devuelve el abrazo en cuanto supera el efecto sorpresa. Siento cómo se estremece al contacto con mi cuerpo helado. Me quedaría así durante años, incluso a riesgo de convertirme en un cómico muñeco de nieve al que Nicolai sin duda le pondría un sombrero de paja como el que Cesare lleva para la siega.

—¿Has hablado con tu padre?

—Sí.

—Ahora tengo que irme —casi puedo imaginarme su esquiva sonrisa cuando me escucha gemir bajito—. No puedo verte hasta mañana.

—¿Quedamos para desayunar en el *Sinaloa*?

—Claro —y suena a promesa—. A las diez.

Toma mi cabeza entre sus manos y me obliga a salir de mi escondite. Me mira a los ojos con atención, como si pudiera leerme el pensamiento a través de ellos. Nos besamos. Y se va.

Una vocecita en mi interior me avisa de que piso terreno peligroso.

—Mira bien su espalda, es lo último que verás en cuánto se vuelva a Estados Unidos —dice la vocecilla insidiosa.

—Es una espalda magnífica, no me importa mirarla.

—¿Tampoco te importa que esté a punto de salir corriendo para no volver?

—Oh, cállate, vocecilla insidiosa.

Llego a casa empapada y tiritando, pero no hay nadie. Creo que los abuelos y Lena están en Cluj, de compras. Espero que no tarden en regresar porque la nevada promete volver impracticables las carreteras. Me deshago de mis ropas mojadas, me doy una ducha caliente para entrar en calor y me visto con la ropa más abrigada que encuentro en el armario. Me envuelvo en mi hermoso chal granate y me siento junto a la chimenea encendida.

La ha encendido mi padre.

—¿Sigues enfadada? —me pregunta cauteloso desde el sofá.

Me giro, le sonrío y niego con la cabeza.

—Claro que no, *tătic*. Comprendo por qué lo has hecho. No sé si yo habría hecho lo mismo, pero lo entiendo.

Yo he estado estirada sobre las raíces de un árbol que me parecían acogedoras y después he ido a besar a un marine que está a punto de marcharse al otro lado del océano. Eso te da una perspectiva algo distinta de lo que resulta o no comprensible en la familia Bratianu.

—Eso es lo que pasa en estas pequeñas comunidades. De repente los pacientes dejan de ser pacientes, se han convertido en tus amigos, en tu familia. Harías cualquier cosa por no verles sufrir, por no perderles.

Papa se levanta, pone a su colega Frank Sinatra en el reproductor de cedés y viene a sentarse en el suelo, justo frente a mí, al otro lado de la chimenea. *Fly me to the moon* nos invita de manera prometedora *La Voz*.

—¿Vas a echarme una mano?

—Pensaba que no me lo pedirías nunca —le sonrío.

—¿Te apetece que asaltemos la despensa de la abuela para firmar la paz?

—¡Sí! Me muero de hambre. El primero en encontrar el jamón se come las natillas que sobraron anoche.

Lena, el pequeño Traian y los abuelos llegan poco después. Frank sigue cantando y el abuelo, una vez liberado de su bufanda y abrigo, no puede resistirse a enseñarnos un par de pasos de baile que no se ven en la región por lo menos desde los años cuarenta del siglo pasado. No han tenido problemas con el tráfico y están habladores, felices. Mi hermana parece algo cansada pero los abuelos han rejuvenecido diez años de golpe. Comprendo cuánta vida les hemos aportado Lena y yo desde nuestra llegada, el cambio que ha supuesto considerar nuestra visita como algo permanente.

Cuando anochece y terminamos de cenar, el abuelo se apoltrona en su confortable butacón armado con sus gafillas de concha y *La guerra del Peloponeso*.

—¿Por qué no lees a Tolkien? —le pregunto.

—¿El de los elfos? —Me gruñe.

—El profesor J. R. R. Tolkien estuvo en la Primera Guerra Mundial, fue voluntario civil en los bombardeos de Londres de la Segunda, frecuentó los círculos literarios e intelectuales de la época, ¿pero qué digo? Él fue la élite intelectual y lingüística de la época, captó como nadie la tristeza del cambio de paradigma en la destrucción humana. Tenía una imaginación prodigiosa,

respetaba a los clásicos tanto como tú, y ejerció un montón de años de profesor de literatura de una de las universidades más prestigiosas de Europa. Era peculiar, maniático y excéntrico como tú, y tenía pavor de que alguna editorial americana le ilustrase el *Hobbit* con dibujos *Disney*. Llamarle «el de los elfos» me parece quedarse un poco corto. Y creo que te habría caído bien.

El abuelo me mira impresionado por encima de sus gafillas de concha.

—Levántate y coge el tercer volumen de la segunda fila de la estantería empezando por la derecha.

—*Cartas de Tolkien* —leo sorprendida.

El abuelo se ríe y le entra tos. Es demasiado guapo para ser Gandalf y algo mayor para resultar un Aragorn convincente.

—Y además también fumaba en pipa. También tenemos eso en común.

—Quizás tenga alguna nieta sabelotodo.

—Ven aquí —me dice sonriente.

Me acerco, me dejo estirar del brazo hacia abajo, a regañadientes, y el abuelo me estampa un sonoro beso en la frente.

—Déjame leer.

Subo a la planta de los dormitorios en busca de Lena. La encuentro cambiando a Traian para ponerlo a dormir. Me sorprenden sus movimientos sosegados y expertos, como si hubiese repetido esos gestos toda su vida. Besamos al pequeño unas trescientas veces cada una, y su madre lo deja en nuestra cuna familiar.

—Lena —le digo mientras seguimos arrobadas mirando al bebé—, he descubierto el secreto de papá y de Teresa.

—¿Tienen una aventura?

—No, estaban drogando a la población.

—¿A todos? ¿A los 300 habitantes de Mic-Napoca?

—Bueno, solo a dos... Que hayan confesado. Uno era Maria Cordenu.

—Entonces no cuenta. Alguien tenía que aliviar los sufrimientos de esa pobre mujer.

—Lena, estoy hablando en serio. Papá y Teresa tienen una plantación de cannabis.

—Gracia, tú tienes un capitán de la marina acampado en los campos de Cesare. Quién esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Me empuja fuera de la habitación y se ríe. Nos sentamos en las escaleras y hacemos piecitos con nuestros gruesos calcetines de lana. Sigo envuelta en mi chal granate.

—Cuando vives con otras personas, tienes que aprender a ser tolerante y no meterte demasiado en los asuntos del otro. Ni siquiera en sus asuntos profesionales. La convivencia es respeto —me alecciona mi hermana menor.

—Voy a irme a vivir a casa de la tía abuela.

—¿Has ido a verla? ¿Cómo está?

—Hecha una ruina. Pero mañana mismo llevaré a Cesare para que me dé su experta opinión. En serio que me gustaría muchísimo repararla, sigue siendo estupenda pese a los escombros y la mugre.

Lena apoya su cabeza en mi hombro. Me gusta el olor a talco y a champú de su pelo.

—Lena.

—Sí.

—He besado al capitán Denninson.

—Bien.

—Varias veces.

—Ajá.

—No quiero que se vaya.

Mi hermana pequeña me pasa un brazo por la espalda y me acaricia. No estoy segura de si me está compadeciendo o es que intenta consolarme de mi propia estupidez.

—¿Por qué no te sorprende nada de lo que te estoy contando?

—La noche de Navidad, el abuelo entró en la cocina y le dijo a la abuela que había visto al capitán Denninson sonriéndote. La abuela le contestó que nunca había visto sonreír al capitán.

—¿Crees que Cole querrá vivir en una casa sin tejado y con tierra quemada en el jardín?

—Depende.

—¿De qué?

—De si tú también estás en esa casa.

XIV

Buenos días, mic-napoquenses. Georghe Antonescu para Radio Mic-N II retrasmitiendo en directo desde el pajar de Georghe. A nadie ha sorprendido hoy el paisaje blanco que vemos desde todas las ventanas después de la enorme nevada de ayer. Los datos que nos llegan desde Cluj apuntan a 2cm/hora de nieve durante la noche. Y a estas alturas de diciembre, los campesinos auguran buenas cosechas y mejor cerveza (alabado sea Traian Bratianu). En otro orden de cosas, apenas quedan dos días para que se acabe el año, ¿ya tenéis claros vuestros buenos propósitos para 2005? El primar Vernia me ha confesado en exclusiva que el año próximo tendremos grandes sorpresas en lo que a transportes se refiere (¿dos autobuses para Cluj?), y os recuerda que, como siempre, estáis todos más que invitados a recibir el nuevo año en la plaza de la Biserică, el visinată corre de su cuenta.

Me despierta el llanto de mi sobrino en la habitación de al lado. Podría volver a dormirme con el arrullo de la voz de Lena consolándolo pero a través de los postigos labrados de las ventanas se filtra el sol. En el reloj de la mesita son las ocho y veinte de la mañana, y parece que ha dejado de nevar. Cuando giro la cabeza hacia la puerta me topo con una hoja de papel que huele a ceras. Es un dibujo de Nicolai de unos monigotes naranjas y amarillos deslizándose en trineo bajo una estupenda noche estrellada. Van Gogh se hubiese muerto de envidia.

Me ducho, me visto, me seco el pelo, me lavo los dientes y me maquillo ligeramente. El espejo me devuelve la mirada feliz de alguien que empieza a gustarme mucho más que hace un par de semanas. Me dejo el pelo suelto, largo y brillante moviéndose con suavidad sobre la espalda, acariciando mis hombros y mis mejillas. Mi pelo de tiempo de destierro.

A mitad de las escaleras me llega el aroma del pan caliente y el café recién hecho de la abuela. La abuela y Natasha conversan animadas mientras comparten una taza humeante en la cocina. Nicolai está sentado junto a ellas, extrañamente silencioso.

—Buenos días —les digo.

Las señoras me devuelven el saludo y me ofrecen café, pero prefiero esperar y desayunar con Cole en el *Sinaloa*. Me inclino para besar a Nicolai y agradecerle su estupenda sorpresa

pictórica. Mi duendecillo desprende un calor excesivo y su aliento huele a cerezas maduras. Mis labios se posan en su frente.

—Natasha, Nicolai tiene fiebre.

La señora deja con rapidez la taza sobre la encimera y se acerca para observar a su nieto.

—Pobrecito mi ángel —dice poniendo una de sus cálidas manos sobre la frente de Nicolai.

—Me lo llevo un momento a la consulta. Aquí no tengo nada.

—Os acompaño.

—No quiero una inyección, ¿vas a ponerme una inyección? —Se queja Nicolai con los ojos brillantes y cara de enfado.

—Claro que no. Solo un jarabe de jabón para que te haga pompas en la barriga y unas pastillas de estornudos de jabalí y caca de lobo.

Nicolai sonrío un poquito y se deja llevar tranquilo a la consulta de mi padre. Carola nos dice que el doctor está haciendo una visita en el pueblo y que tenemos el despacho a nuestra disposición.

Después de un termómetro, cinco minutos de auscultación, una observación de amígdalas y orejas, y una batería de preguntas a Natasha, concluyo que se trata de una gripe. Todavía no puedo extender recetas en Mic-Napoca, pero hago una breve lista de la compra para la farmacia y se la entrego a la abuela de Nicolai.

—Es gripe —la tranquilizo—. Tiene fiebre bastante alta, así que esto es para bajársela. Y esto otro —le digo señalando lo que he apuntado en el papel— es para ayudarle a que respire mejor cuando aparezcan los mocos, que aparecerán. No te preocupes por la receta, le diré a mi padre que te la extienda, no hay problema. Mete a Nicolai en la cama, no le abrigues demasiado, mucho líquido (agua, zumos y sopa) y que duerma lo que necesite.

—Gracias, doctora.

Me giro hacia mi duendecillo exhausto y le doy un beso de hada sanadora en la frente. Huele a champú infantil y a azúcar quemada.

—Tendrás que ir a dormir un poco, Nicolai.

—Pero no me pongas una inyección.

—Nada de inyecciones, te lo prometo.

—Tampoco quiero las pastillas de caca de lobo.

—Está bien, solo el jarabe de fresa.

Sellamos el pacto con un choque de manos. Salimos juntos de la consulta y Natasha se vuelve una vez más a darme las gracias.

—De nada, mujer. Pasaré a verle más tarde. Pasa por la farmacia con el papel que te he dado, dile a Emil que mi padre te extenderá la receta más tarde.

Llego tarde a mi cita con Cole. Cuando entro en el *Sinaloa* le encuentro sentado en una de las mesas del fondo, hablando con Anton Illeascu. Va vestido de uniforme y parece más serio que nunca. Me gustaría poder decir que sus ojos brillan de manera especial cuando me ve entrar, o que se le escapa una sonrisa o un gesto agradable cuando repara en mi presencia, pero no ocurre nada de eso. El capitán Denninson sabe perfectamente que he entrado en el *Sinaloa* pero ni un músculo de su cara se mueve para demostrarlo.

Teresa me intercepta antes de que pueda acercarme a la mesa de Cole y rescatarle de las, por suerte relajadas, garras de Anton.

—Tu padre no tiene la culpa, fui yo la que le metió la idea en la cabeza el año pasado.

Por un momento no sé de qué me está hablando. Parece que cada vez que me encuentro con los ojos profundamente azules de cierto capitán de los marines, se me vacía el cerebro. Teresa nota mi desconcierto y se apresura a suavizar el tono de su voz.

—El cannabis —me susurra—. Lo haremos desaparecer esta misma tarde, no te preocupes.

—No hay prisa, no creo que pueda entrar a vivir en la casa hasta dentro de muchos meses. Necesita reparaciones a granel.

Teresa me coge del brazo y me acompaña.

—Tu padre es un buen hombre y un gran médico. Solo quería ayudar, se preocupa de verdad por las personas. Cuando me diagnosticó la leucemia y durante todo el tratamiento... No sé qué hubiera hecho sin él.

—Lo sé, Teresa —la tranquilizo—. Hemos hablado y de verdad que lo comprendo. Me alegro de que estés mejor, que lo hayas superado. Y también me alegra ver que Anton está mejor, que va a terapia —le digo señalándole con la cabeza al interlocutor de Cole.

Teresa asiente, se suelta de mi brazo y se acerca a Anton. Le aprieta suavemente el hombro y se lo lleva hacia la barra mientras le cuenta a media voz algún misterio que solo en el *Sinaloa* puede ser posible. Al pasar junto a mí, me parece ver un guiño cómplice en Teresa, pero no estoy segura. Lo cierto es que solo estoy segura de que el suelo está bajo mis pies y de que tengo que acercarme a ese hombre serio que me mira inescrutable.

—Grace —me dice.

Se levanta, me besa fugazmente por si tenemos público y me ayuda a quitarme las capas de abrigo. Nos sentamos y nuestras manos se entrelazan sobre la mesa. Siento sus dedos fuertes apretando los míos, sus palmas ásperas protegiendo mis manos ligeras de cirujana exiliada.

—Grace...

Teresa aparece a mi espalda trayendo chocolate caliente, espeso y aromático, y una montaña de bizcochos de limón y minicruasanes de crema.

—Que aproveche, chicos.

Cole espera a que Teresa vuelva detrás de la barra y lo intenta de nuevo.

—Grace, anoche llegó un comunicado...

Mi abuelo y Cosmin, el gerente de la fábrica de cerveza, entran a tomar el café de media mañana. Nos saludan contentos y coloradotes por el cambio de temperatura y se acodan en la barra. Por suerte, sus oídos quedan fuera del alcance de nuestra mesa. Cole vuelve a intentarlo.

—Anoche hablé con Washington para reportar...

Georghe Antonescu se abalanza sobre la puerta del *Sinaloa* y entra a paso de oso desbocado seguido de una bocanada de aire frío. Clava sus ojos en nosotros y se planta ante Cole en un par de ruidosas zancadas. Me pega un buen golpe de cadera en la cabeza, y se esfuerza tanto por hacerme desaparecer que tengo que apartar su anorak de mi nariz para poder seguir respirando.

—Capitán Denninson, ¿sería tan amable de venir esta tarde a la emisora para una breve entrevista en directo?

—Georghe, no sé si ahora. No es un buen momento, hablamos más tarde.

—Sí, claro, pero solo serán dos o tres preguntas, algo muy breve, de verdad. No pienso entretenerle demasiado.

Cole se impacienta.

—Luego te digo algo, ¿por qué no te pasas por el campamento?

—Sí, por supuesto. No quería perder la ocasión de...

—Después, Georghe.

—... Hablar con usted antes de que se vayan.

Ahora Cole está enfadado. Sus ojos desprenden una ira fría e implacable. Se levanta, coge nuestros abrigo de un manotazo descuidado y me rescata de entre los pliegues del anorak de nuestro famoso locutor de radio. Sin soltar mi mano, me arrastra fuera del *Sinaloa*. Apenas me da tiempo de decir adiós con la mano al abuelo. Dejamos atrás a un Georghe tartamudeando excusas y, lo que es peor, nuestro aromático chocolate intacto. Cole apenas me suelta para dejarme poner el abrigo. Camina furioso, a grandes zancadas, respirando a bocanadas el aire limpio y frío de esta mañana de diciembre, pisando sin piedad la nieve todavía limpia de las calles.

—¿Entonces, te vas?

Me aprieta la mano cuando nos cruzamos con una sonriente María Cordenu que nos detiene para explicarnos no sé qué sobre los excedentes del ejército que, siempre en su humilde opinión, el capitán debería hablar con sus superiores. Para mi alivio, Cole asiente, como si la hubiese entendido, deja de apretarme la mano como si quisiera romperme todos los huesos y tira de mí para que sigamos andando. A la vista de la muralla, se relaja, ralentiza el paso y salimos del pueblo por la carretera de Cluj.

—Quería decírtelo yo, antes de que lo supieras por cualquier otro. Pero en este pueblo es imposible. Nos vamos mañana, a primera hora.

Andamos un poco más, en silencio. Sin atrevernos todavía a estar seguros de que estamos solos, de que nadie más va a boicotear nuestra intimidad. Cole decide detenerse en un cruce enorme de piedra gris jaspeada de líquenes y musgo. Las tres cruces ortodoxas sobre cinco altos escalones parecen menos siniestras en un día soleado. En otoño, bajo la lluvia, en contraste con los colores del bosque espeso y sombrío, recuerdan las leyendas más negras de Transilvania e inquietan a los viajeros despistados. Me pregunto por qué no ofrecen paz y consuelo a los caminantes en lugar de terror y ganas de salir corriendo con la sensación de que uno o más vampiros aparecerán por allí de un momento a otro.

Nos sentamos en uno de los escalones intermedios.

—Grace, voy a decirte algo —el corazón se me desboca—. Pero no porque quiera una respuesta sino porque necesito decírtelo.

Se acerca un poco más y me pasa un brazo por la espalda para hacerme girar. Estamos tan cerca que tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos. Me gustaría que el tiempo se detuviese en este mismo instante.

—Te quiero —me dice con sencillez y en su lengua—. Estoy total y completamente enamorado de ti. Creo que lo sé desde la misma noche en la que te vi en medio del campo de heno de Cesare, intentando sacar de allí a una mula terca pese a los gritos de mis soldados y al miedo que te daba mirarme a la cara.

Sé qué tengo que decir algo. Abro la boca, pero ningún sonido sale de mis labios. En ningún idioma.

—No voy a pedirte que vengas conmigo. Conozco la respuesta. Pero voy a volver, si tú quieres.

Cole alarga la mano y la posa suavemente sobre mi mejilla. Sus dedos tocan mi oreja, mi pelo,

su palma se queda justo al lado de mi boca mientras me besa. Sé que por muchos años que siga viviendo, por muchos más inviernos que recuerde en Mic-Napoca, no habrá otro beso como ese. Una ola de calor me recorre el cuerpo desde los labios hasta la punta de los dedos de los pies.

—Sí —susurro contra su boca— quiero que vuelvas. Por favor —añado educada, por si acaso.

Cole sonrío, por primera vez sin reservas, una sonrisa franca como nunca antes he visto en su cara. Creo que voy a convertirme en la primera cirujana cardiovascular a la que le explote el corazón en brazos de un marine estadounidense, a los pies de tres cruces ortodoxas espantavampiros, en medio de un lugar que ni siquiera sale en todos los mapas.

Volver a casa nos cuesta un mundo. Cole me promete pasar a la hora de la cena para despedirse de todos.

—Pero no vengas al campamento mañana. Nos iremos antes de la salida del sol.

—No creo que pueda dormir.

—No creo que pueda irme si te veo allí.

Vuelve a besarme delante de la puerta de la casa de los abuelos. Pero ya todo tiene sabor a despedida, la ceniza de la nostalgia nos tiñe cada gesto.

Buenas tardes desde el pajar de Georghe. Georghe Antonescu para Radio Mic-N II retransmitiendo en directo. Hoy tenemos con nosotros al capitán Denninson, del tercer cuerpo de marines de los Estados Unidos. Los mismos marines que han estado acampados en nuestros campos de heno y que se marchan mañana.

—Buenas tardes, capitán ¿Siente marcharse tan pronto? ¿Se ha sentido bienvenido en nuestro pueblo?

—Buenas tardes, Georghe. Por supuesto que nos hemos sentido bienvenidos. Incluso a pesar del guiso de carne de la señora Volteanu.

He avisado a los abuelos de que Cole pasaría para despedirse. Por eso, la mesa está preparada para seis y el abuelo ha salido antes de su partida de dominó en el *Sinaloa*. Papá llega tarde, tenía una visita de urgencia en casa de los Perç. Lena ya ha acostado al pequeño Traian y comparte conmigo una copa de vino blanco muy frío.

—He ido a merendar al *Sinaloa* —me confiesa mi hermana con las luces de nuestro árbol de Navidad reflejándose en sus hermosos ojos—. Creo que Teresa sí está enamorada de papá.

—¿Tú crees? —Me sorprendo.

—Me ha explicado toda la historia de su enfermedad y del cannabis. Se siente fatal por lo que puedas pensar.

—Ya he hablado con ella, creía que estaba aclarado.

—Lo que puedas pensar de papá, porque es médico y porque es papá.

Pienso en la insistencia de sus palabras, en la cara preocupada de Teresa, en el brillo de sus ojos cuando me habla de papá y de lo mucho que le ayudó tenerlo a su lado.

—No sé, Lena. Se me da mal saber qué siente la gente.

—Tantos años con los británicos te han atrofiado —se ríe ella.

Oímos voces en la entrada y el abuelo aparece en el comedor hablando animadamente con Cole en su ruso contundente.

—Aunque te las has apañado bastante bien con el marine.

—¡Shhhhh! —le riño. Noto ardor en las mejillas, debo estar colorada. Lena vuelve a reírse y se acerca a saludar al recién llegado.

—No puedo quedarme a cenar —se lamenta Cole—. Solo puedo pasar a saludar un momento, tengo que supervisar un montón de cosas. Ni siquiera debería estar aquí.

Traduzco para la abuela, que se entristece y vuelve a la cocina tras apretar cariñosamente el brazo del capitán Denninson. Seguramente va en busca de una tartera gigante para llenársela de comida para llevar.

Lena, siempre práctica, nos insta a intercambiar números de teléfono y correos electrónicos. Besa al capitán en la mejilla y le invita a subir a conocer a su hijo. Cole se deja conducir al piso de arriba y me lleva tras él. Desde que ha llegado se resiste a soltar mi mano.

El pequeño Traian duerme feliz en su cuna prestada. Está muy guapo a la suave luz de la lamparita azul que le ha comprado el abuelo. Ya no está arrugado y aunque tiene el ceño fruncido y un bracito por encima de la cabeza, parece tranquilo, satisfecho, hermoso como solo pueden serlo los bebés recién nacidos. Cole me sorprende inclinándose y besando a Traian en su cabecita casi calva. El gesto enternece a las hormonas hipersensibles de Lena y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Encantado de conocerte, pequeño Traian —le dice Cole.

—¿Cuándo volverás? —le pregunta mi hermana.

—Dejo el ejército en marzo del año que viene. Espero estar aquí en abril.

Sé que debo traducir para Lena pero Cole me ha respondido a mí.

—En abril, hará mejor tiempo —se adelanta Lena que reconoce el nombre del mes—. Podréis llevaros a Traian a pasear.

—¿Te ofreces a contratarle como canguro?

—Calla —me reprende ella—. Queremos que vuelva, ¿entendido?

Les empujo fuera de la habitación antes de que nos pongamos a llorar todos y bajamos al comedor. Mi abuelo le ofrece vino a nuestro fugaz invitado y lo secuestra para una misteriosa e intensa charla de la que no entendemos nada. La abuela aparece con una enorme bolsa de papel blanco llena de provisiones que el capitán Denninson no halla forma humana de rechazar.

Pero Cole tiene que irse, lo sé, y no encuentra la manera de decirme adiós. No quiero que lo haga. Le acompaño hasta la puerta entre despedidas, deseos de buena voluntad, recuerdos para sus padres, porciones de suerte legendaria y promesas de regreso. Quiero salir afuera, pero hace frío y él me detiene antes de que abra la puerta. Como si al traspasar el umbral rompiese algún límite establecido por su propia fuerza de voluntad.

Me envuelve entre sus brazos y acomoda mi cabeza bajo la línea firme de su mandíbula.

—Dile a Cesare que me espere para reparar la casa de Ileana —me dice.

—Claro, no hay prisa.

—Y que deje el campo de heno despejado, por si vuelvo en helicóptero.

—Ah, el regreso del héroe. Será difícil superar el efecto de la primera vez que llegaste.

Me besa a traición, con fuerza, con rapidez, y sale de casa.

—Hasta pronto —dice caminando hacia atrás, manteniendo la mirada fija en mis ojos.

Se da la vuelta y desaparece en la noche. El aullido de los lobos devora el sonido de sus últimas pisadas sobre la nieve.

De madrugada, cuando los lobos se hayan ido a dormir, el silencio se quebrará con la vorágine de los mismos helicópteros que una vez trajeron a un capitán de los marines para acelerar el ritmo de la historia y volver mis sueños del revés.

XV

Mic-Napoca está cubierta de nieve, es el enero más frío que recuerda Cesare y nos lo repite cada mañana. Papá está enfadado con él porque su mula se ha comido el sombrero de paja que suele usar en verano. Era su sombrero favorito.

El abuelo fuma su pipa mientras lee a Homero tras sus gafillas de concha. De vez en cuando levanta la vista y mira por la ventana el bosque cercano y, más allá, los Cárpatos nevados. Lena mece a su bebé y le canta una extraña mezcla de sonidos a medio camino entre las nanas reivindicativas de mama y la última canción de moda con la que Georghe Antonescu nos bombardea diariamente. La abuela ha salido con Natasha y me han prestado a Nicolai, para que nos hagamos mutua compañía mientras nos recuperamos de una gripe galopante que nos ha tenido guardando cama desde la partida de Cole. A veces, mi duendecillo rubio como las espigas de trigo en verano me pregunta por él.

—Volverá en primavera, Nicolai. En abril.

Pero Nicolai no entiende de estaciones ni de tiempos verbales y algunas mañanas se escapa de su casa para salir al patio a esperarle. A veces nos impacientamos.

Papá todavía no se cansa de preguntarme hasta cuándo me voy a quedar. Disimula su alegría haciéndose a la idea de que todo es provisional y de que cualquier día volveré a Londres. Lena ha empezado a trabajar en el *Sinaloa* y sospecho que tiene planes románticos para Teresa que tienen mucho que ver con nuestro padre. Me pregunto cuándo pensará informar a ambos.

He empezado a tejer mi propio chal. Es de color verde manzana y tendrá capullos de rosa color violeta. De momento, me enredo con los hilos y pido ayuda a la abuela cincuenta veces al día. Pero disfruto del baile del ganchillo aquí, junto a la chimenea, con el fuego arrancando reflejos anaranjados del hierro, mientras Nicolai juega con sus coches por encima de mis pies y tararea una canción sobre una vaca amarilla.

El abuelo nos mira por encima de sus gafas de concha. Tiene el libro de Homero abierto por una de las páginas del final y sonríe pensativo.

—Penélope espera —me dice cuando se da cuenta de que le devuelvo la mirada.



MÓNICA GUTIÉRREZ ARTERO nació y vive en Barcelona.

Es licenciada en periodismo por la Universitat Autònoma de Barcelona y en Historia por la Universitat de Barcelona.

Su carrera profesional siempre se ha desarrollado en el ámbito de la comunicación y la enseñanza. Se inició en la escritura de ficción de la mano de cuentos, relatos y poesías. Desde hace un tiempo también escribe novela. Siempre en busca de una realidad alternativa y mucho más amable, es una contadora de historias con final feliz. Una arquitecta de palabras atenta a la delicadeza de las imágenes que evoca cada frase, paciente hiladora de ficción.

Su primera novela, *Cuéntame una noctalia*, autopublicada en Amazon, obtuvo muy buenas críticas y desde hace años en su blog literario comparte las lecturas que más le han gustado.